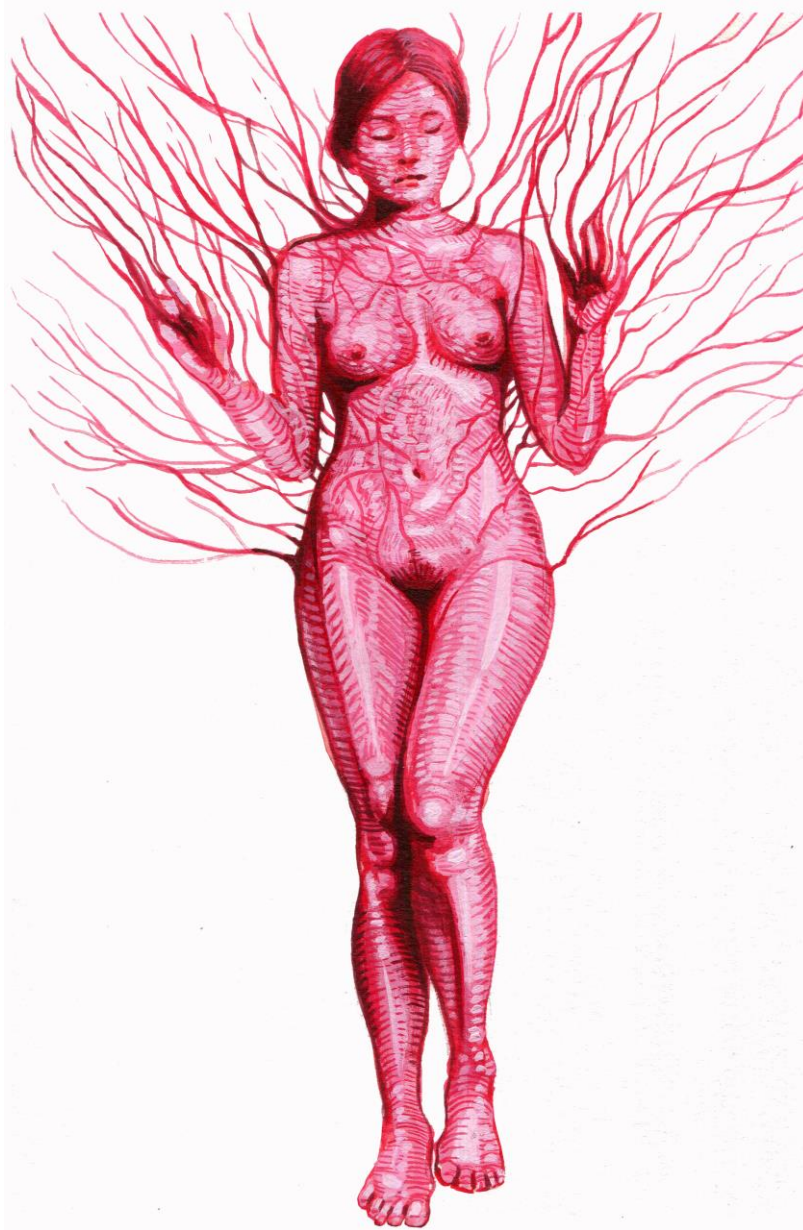


# Vértebras de lo ignoto



**Sugey Navarro**

**Tish Roque** ○ **Beatriz Manguen** ○ **Dana Herrera**

Junio, 2023

Ilustraciones:

- Rogelio Silva Cerna ○ Portada y pp. 24, 49 y 62
- Dana Herrera ○ p. 78 y Anexo III

Colaboraciones escritas:

- Tish Roque
- Beatriz Manguen
- Dana Herrera

Este trabajo fue elaborado gracias al Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico (PECDA) Colima 2022

## Índice

A manera de introducción a <i>Vértabras de lo ignoto</i> . . . . .	7
El mundo que se digiere por adelantado . . . . .	25
En busca de la estación perdida (Colaboración con Tish Roque) . . .	51
El recorrido de los caminos inciertos. Flâneur moderno. (Colaboración con Beatriz Manguen) . . . . .	63
Postales desde la liminalidad (Colaboración con Dana Herrera) . . .	79
Anexos . . . . .	109
Semblanzas . . . . .	149
Bibliografía . . . . .	153
Agradecimientos . . . . .	161



**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

SISTEMA DE APOYOS  
A LA CREACIÓN Y  
PROYECTOS CULTURALES



**COLIMA**  
Gobierno del Estado

Secretaría de  
Educación y Cultura  
Subsecretaría de Cultura





Para Margarita Bernal Ugalde.  
Por ser el mayor ejemplo de fortaleza,  
dedicación y constancia.



**A manera de introducción a**

***Vértebras de lo ignoto***

## Actividad craneal

No hay luz en lo habitual. No hay conciencia en los movimientos que consideramos ordinarios, hasta que cualquier apartado de nuestro organismo muestra una interferencia, un acto que sobresale en la regularidad de los días. El cuerpo en contra –en huelga– respinga al menor contacto, cual si hubiera renunciado a su funcionamiento.

Solo entonces, salimos de nosotros para analizarle: desincorporamos la conciencia de habitarlo. De ser posible, reintentamos el movimiento en busca de la identificación del punto fallido, de la causa o de un alivio pronto. Ante el desconocimiento, intentamos situar al *yo* fuera de nuestro cuerpo, con el fin de que éste precise el estudio objetivo; acudimos a la repetición consciente.

Quien entrena físicamente se propone el autoanálisis, o al menos se ve encontrado por la conciencia de las partes y sistemas que lo conforman. Pero lo común es pasar por alto la naturalidad con la que los brazos andan sin una guía estricta –o al menos voluntaria–, acompasados al caminar, se balancean para dotar de impulso y equilibrio a la estructura musculo-esquelética; sumado a la percepción del espacio: el avance. Obviamos la manera en que quienes conducen provocan mediante la coordinación de sus manos, el giro del volante, implican la extensión de los brazos desplazándose y a veces como una consecuencia natural, la inclinación del torso parece indispensable en la maniobra de activar lo que es ajeno a nosotros: la fusión en un todo auto-humano.

Dentro del individuo, el tejido nervioso situado en el interior de la cadena de vértebras articuladas que nos sostiene



erguidos, es un centro importante de movimientos reflejos y contracciones musculares. A partir de los impulsos enviados desde los dos cerebros<sup>1</sup>, la columna vertebral es una estructura de intercomunicación que hace llegar la señal al resto del cuerpo. Visualizarla como una torre de control remite a una estructura industrial pero contrasta con la imagen de la sustancia medular, con el líquido que le envuelve para protegerle. Se acerca a la savia de las plantas desdoblándose como raíces y hojas; entonces resalta la distancia de lo sintiente: la composición de seres humanos y animales que guardan en las vértebras la configuración ancestral del movimiento.

Muchas actividades que consideramos cotidianas exigen la coordinación que requeriría un baile; el conteo de los billetes de forma manual hace que el movimiento pase de las yemas de los dedos separando con agilidad del papel moneda al ritmo de las muñecas, que en un ir y venir cambian de página. Drexler canta *los músicos no bailamos*, y contrasta con el grado de coordinación que se requiere para tocar un instrumento, que además de cierto ritmo interno, implica el control de estas herramientas del sonido que se vuelven extensiones de las manos<sup>2</sup>. La sincronización pasa desapercibida ante la costumbre.

---

<sup>1</sup> *El intestino y el cerebro están estrechamente conectados en una comunicación bidireccional, que en estudios recientes ha puesto atención en puntos clave, como que la serotonina (neurotransmisor que regula funciones como el humor o el comportamiento, por mencionar algunas) se produce en el intestino y la microbiota intestinal participaría también en este misterioso diálogo que implica el funcionamiento cerebral.*

<sup>2</sup> *Pienso en un joven Edward Scissorhands y su dificultad para controlar los objetos punzocortantes que hacían de manos, inseparable a sus extremidades.*

## **Manipulación. Del arte de operar un objeto**

Manipular, del latín, se aplicaba a *la acción de tomar un manojo de hierba con una mano para cortarla con la otra*; hoy, gente en trabajos de oficina, frente a las computadoras y su resplandor de eterno día, comienza a manifestar dolores y formas adecuadas a la constancia de las horas en la postura adoptada para el uso de los aparatos electrónicos. En *Cuerpo y capitalismo*, Cabañas Osorio habla de cómo los ritmos mecánicos y motores utilizados en la jornada laboral se *introyectan*, invaden y modifican los cuerpos.

Del anuncio *eres lo que comes* al cuerpo adecuado a los avances tecnológicos; el trabajo como base de la pirámide alimenticia, pues traspasa la línea de simplificar las tareas cotidianas o laborales, hasta rayar en lo indispensable. Pienso en el término *comida* como un símil genérico de lo necesario, aunque solo un porcentaje (alrededor del 60%) de la población mundial tiene acceso a la tecnología. Los aparatos electrónicos, completando el círculo de la imagen inconclusa, de la *manipulación*, trasladada a la actualidad, se vuelven la hierba-alimento que tomamos para subsistir.

En la industria manufacturera, la agilidad de los procesos implica la especialización en uno de los puntos que lo integran. La repetición infinita, la perpetuación del mito de Sísifo; el desprendimiento de la idea, de la acción de pensar, para dar paso al actuar automático, constante. El poeta Xu Lizhi, que entregó la etapa productiva de su corta vida a alguna empresa ensambladora China, habló de morir de pie:

*El papel se hace difuso delante de mis ojos.*

*Con una pluma de acero esculpo un negro irregular  
lleno de palabras de trabajo.  
Taller, línea de ensamblaje, máquina, tarjeta de fichar, horas  
extra, salario.  
Me han entrenado para ser dócil.  
No sé cómo gritar o rebelarme,  
quejarme o denunciar.  
Sólo sé sufrir en silencio hasta el agotamiento...*

Imagino el ritmo de Xu Lizhi, aletargándose, detenido unos segundos la línea de producción y el despertar de regreso que hiciera evidente el atraso; diría que la línea se quedó a la espera, pero en países donde han sido criticados por medidas extremas que incluyen los limitados permisos para satisfacer necesidades básicas como reponer energías o ir al baño, no hay pausa para el individuo contra el monstruo de acero que no detiene el hambre de producción, no paraliza su avance, no conoce la noche como sinónimo del descanso: humanos funcionando como estas pequeñas aves que destinadas al crecimiento acelerado, son sometidas en pequeñas jaulas o vitrinas, a días completos de luz cálida y cercana, para que estén siempre despiertas en busca del consumo.

A Herta Müller de niña le fue inculcado que en el actuar de su día a día, entre los procesos del campo y la comunidad: *Lo que se hace no requiere ser duplicado por la palabra. Las palabras entorpecen los movimientos de las manos, son un estorbo para el cuerpo...* Aunque Solo desde lo externo se piensa en la separación de estas acciones, la imposibilidad de ejecutarles simultáneamente, cuando se acercan más a esto que Ingrid Solana dice de: *ESCRIBIR: (...) Significa que el sujeto que enuncia está fundido con lo que escribe; no hay separación entre el cuerpo y su tarea; todo sucede en ese*

*ligero vórtice que transita de la ficción a la vida recorriendo los peldaños lentamente.*

Todas parecen lecciones inamovibles cuando somos pequeños. Tanto Xu, como Herta, lo escuchaban sin necesidad de palabras: el entorno donde que crecemos, susurra la lista de *lo que debería ser*. Las agitaciones del espíritu y la necesidad de hacer el verbo mediante la escritura, en ambos, eran más fuertes que cualquier frontera física.

### **La columna abre sus fauces al día**

Hablamos del cuerpo sano con una neutralidad que asusta. Si fuimos primero que las máquinas, sus creadores, y éstas han intentado ser a imagen y semejanza del humano, perfeccionando la velocidad y precisión de sus acciones; no necesitan tener formas humanoides para asemejar brazos, ¿cuándo comenzamos a comparar al cuerpo con una máquina? ¿Inició ahí la competencia contra la invariabilidad de su funcionamiento, la negación de lo diverso, el listado de los únicos posibles males y la clasificación de sus formas para identificarlos<sup>3</sup>?

---

<sup>3</sup> *El genetista Francesc Palau aborda en su obra Qué sabemos de las enfermedades raras. Ciencia y realidad de la rareza en medicina la singularidad con que se deben analizar los síntomas en casos de difícil clasificación, cuando dice: Podríamos acudir al aforismo: “Cuando veas huellas de pezuñas u oigas el golpeteo de cascos, busca caballos, no cebras”. El mensaje advierte a los médicos que la mayoría de los hallazgos clínicos pueden explicarse por enfermedades comunes. No obstante, los médicos deben comprender que las cebras también existen, y que las enfermedades raras, si no siempre, sí en ocasiones han de formar parte del mencionado diagnóstico diferencial. Pero, además, junto con las manifestaciones inusuales de los*

¿Existe un cuerpo sano? si acaso, hay cuerpos carentes de síntomas o con los niveles óptimos para funcionar sin causar problemas relevantes. Pero desconocemos lo que urde en los registros del cuerpo. La pregunta resulta un atrevimiento en épocas donde los comentaristas de las redes sociales parecen dividirse entre gente que defiende lo diverso y los *preocupados* por la salud, quienes creen tener la autoridad para evaluar, en un vistazo, la calidad de vida de los otros, sin admitir que hablan desde –privilegio poco reconocido– la genética de su metabolismo y demás elementos que hacen encajar su fisionomía dentro de lo normativo.

¿Está realmente distante de la enfermedad quien guarda en su código genético la predisposición a ciertas condiciones médicas? ...cuando el interruptor está a un descuido –o azar temporal– de ser activado. Su mirada de radiografía y escaneo de química sanguínea solo funciona con lo que nos han inculcado como evidente y, aunque lo aseguren, no representa el estatus médico de una persona; como si no hubiera cambiado con el paso del tiempo la representación del cuerpo ideal, como si juzgáramos con el mismo rigor lo propio, que lo que está fuera de nosotros.

Este conjunto de ensayos tiene como foco central la relación entre cuerpo y movimiento, no sólo en lo individual, sino también como parte de un sistema capitalista que lo reduce a compararlo con una máquina: de accionar cíclico, predeterminado e inequívoco. Se adentra en las diversas formas de existir en el mismo, ángulos desde los que se

---

*trastornos comunes o las enfermedades raras poco reconocidas, hay otra categoría de équido que cabe tener en cuenta: el unicornio.*

experimenta el movimiento –voluntario o no–: Trastorno de la motilidad intestinal (Síndrome de Intestino Irritable), Síndrome de Charcot Marie Tooth y Encefalomiелitis Miálgica (o Síndrome de Fatiga Crónica), Distonía generalizada y Fibromialgia.

Pues a veces olvidamos que como cuerpo, nuestra composición va más allá de los hábitos que aprendimos –o decidimos ir mejorando–, que somos también la fotografía de la fotografía y no es posible conocernos, pues únicamente tenemos información de nuestras generaciones más cercanas, el color de los ojos de los abuelos, la estatura aproximada de sus padres, algunas causas de muerte. ¿Qué hay acerca de las afecciones que no llegaron a detonar en quienes se fueron antes de ver la transformación del cuerpo?

Hay gente que está naciendo sin apéndice o muelas del juicio, cuando el cuerpo actual ha incurrido en la necesidad de extirpar esos entes casi de carácter residual. Nuestra estructura, el andar erguido, necesitó años de evolución que nos hicieron fabricar utensilios y herramientas; pero es la misma estructura que guarda la impresión de los impulsos que hubieren marcado el funcionamiento de los antecesores. Alejandro Tarrab señala de forma poética que: *El hueso de la almendra contiene la savia de todos los bosques por venir. En la espina medular de un solo ser reside el alma de las legiones* y pienso –burda aunque inequívocamente– en las proyecciones de la forma en que cambiará nuestro cuerpo por la constante postura a la que los celulares nos han amoldado durante las últimas décadas.

Decimos *nutrición* o *ejercicio* como si fuera la fórmula infalible y única, como si nuestra existencia fuera un producto

creado en laboratorio, en la asepsia que nos distancie del mundo y su aire compartido, del origen de lo que consumimos; como si arrancara de tajo la historia que tan propia compartida como los rasgos faciales, lleva el sello de un encuentro y las familias implicadas en nuestra concepción.

Somos el experimento de alguien que ha olvidado el plan inicial; la masa madre que se sigue alimentando y reproduciendo en el fermento de los días... hay una esencia de quienes fueron hace mucho tiempo, sumando hábitos y carencias, siendo moldeados por el entorno y eso no nos dice mucho: nuestros genes son como un álbum de fotografías; donde algunas imágenes aparecen veladas y otras. Se busca, con el ensayo, que con cierta sobreexposición, ahonden en lo que el ojo no hubiera captado a simple vista.

### **En los interiores de la caja torácica**

Más que el algoritmo de las redes sociales, me gustaría pensar que la *sincronicidad* de la que habla Carl Jung es la que me llevó a compartir una publicación donde aparecen mujeres en un espacio abierto realizando símbolos que fluían a través de pinceladas, sin un código predeterminado que apunte a su interpretación, como sucede con los idiomas que conocemos. Reconozco las similitudes de las formas. Me remite al experimento psicológico donde colocan a varias personas recostadas en círculo de manera que sea su cabeza la que forme el interno: el contagio de la risa está asegurado.

La escritura asémica se incrusta en mi curiosidad. Agradecí el encuentro virtual –casi accidental– con esto que creo haber realizado con anterioridad y sin embargo no entiendo del todo, pues lo descubrí de forma inconsciente; su explicación queda flotando en mi apartado mental de maravillas: *es la escritura del cuerpo*, resume Elisa a mi expectante acercamiento. Los ideogramas<sup>4</sup> sin repetición, como huellas, se posan danzantes sobre el papel. No sé si esto es un oxímoron, cuando su identificación parte de lo simbólico que atraviesa la constancia de su presencia en el día a día.

O al hablar de escritura, cuerpo y enfermedad, debiéramos remitirnos a la grafología, que no busca la impresión de los trazos como si se tratara de rastrear una fuente de computadora o máquina de escribir, sino el pulso, la intención, muestras de la presión en el trazo, los elementos que unen a una persona con su firma en papel o cualquier garabato atribuible a su persona, más allá de lo idéntico, ¿una ciencia busca el alma que ponemos en las acciones? Como la enfermedad, donde más que una huella rastreable en el ADN, o verificable en análisis que determine la presencia de algún componente en el organismo; se ven implicadas las particularidades del cuerpo que habita y su entorno; configuran una identidad propia y única. La enfermedad es una personalidad en sí misma, conformada por diversas circunstancias geográficas, de alimentación, emocionales, otros padecimientos, el paso del tiempo sin ser identificada.

---

<sup>4</sup> Felipe Cussen explica que: *Al desprenderse de los paralelos fónico y referencial, esta escritura nos obliga a prestar atención a otros mensajes, que aquí parecieran esconderse en la energía que sostiene los trazos, en la velocidad y las detenciones que se reflejan en la cantidad de tinta absorbida por el papel.*



Estos días no hago más que girar en torno al tema, intento escribir con el cuerpo, más que con la mente; tomar conciencia de la postura, los movimientos y sus afecciones; desde la ironía de no entender a plenitud el entramado del espacio que habitamos. No hay lecciones previas como referencia, partiendo de que incluso las de personas cercanas son experiencias distintas, secretos debajo de la piel que no suelen compartirse, más que con la convivencia, ante la intimidad con otros.

Como si de vivir dentro del bosque, o en una isla desierta, de pronto fuéramos insertados en un departamento, que a la par de las comodidades propias de una casa-habitación, requiere las obligaciones y las condiciones básicas del mantenimiento para hacer habitable el espacio. Este sitio, en todo caso, tiene instrucciones que, correctas o incorrectas, terminan siendo –elemento de crianza– la principal referencia de *lo que debería ser*.

Deseo indagar como si no lo hubiera cuestionado en otros momentos, como fue antes del medicamento, de los diagnósticos fallidos, de las dosis incorrectas, de las acusaciones, de la incomprensión, del desconocimiento. Intento volver a sentir lo que rehuí y esta vez hablarlo con otras personas que, en escenarios distintos, experimentaron recorridos similares; que hablo en pasado como si hubiera cerrado una etapa y no con el impulso real de aprender a vivir con ella.

## **Ombbligo. Cintura como punto de fuga o de los cuerpos como máquinas...**

En yoga, la respiración ayuda a profundizar las posturas; se inhala para retomar fuerza en la cercanía de la posición inicial y durante la exhalación se intenta avanzar un poco más lejos, los ángulos se obtusan y contraen de acuerdo a la necesidad de las *asanas* y las posibilidades de los músculos y articulaciones. Las actividades físicas encaminan a la conciencia de cómo nuestra cintura logra ser vértice o punto de fuga. La coordinación entre la postura, la respiración y el movimiento, amplifica las posibilidades.

Los cuerpos dedicados a la danza o la interpretación buscan la voluntad de movimiento llevada a cada parte posible del cuerpo, no hay extremidades dando latigazos sin orden: hay dominio. La estética dicta el control en la flexibilidad de las articulaciones, con el fin de mantener la línea que precise la longitud de del brazo o pierna. La respiración se sincroniza con la motricidad; no es una la que delimita el compás de la otra, sino su complicidad las que encaminan a la armonía; la danza dentro de la danza.

Incorporar parte etimológicamente de *meter cualquier cosa en el interior de un cuerpo o conjunto estructurado, y hacer que forme cuerpo con él*. Así, los movimientos que parecen naturales en la danza, son arte de la repetición y perfeccionamiento; de la memoria del cuerpo que en la práctica ante un espejo, sepa reproducir la pose aún sin él como soporte visual, por el mero reconocimiento del espacio y las formas; en el movimiento, vamos construyendo un

molde imaginario en que el cuerpo podrá diluirse de forma controlada; fluir dentro de un espacio finito pero cambiante, adaptable a las necesidades, como el pensamiento en la flexibilidad de la mente, cuyo entrenamiento tiende a la expansión.

Al principio se aprende simulando la delimitación del cuerpo a partir de su cintura, se llena el pecho de aire mientras se va avanzando en los fragmentos que lleven a la postura final, se exhala para volver el punto de partida y hacer posible seguir llenando los tiempos musicales. El regreso es siempre sutil. Sumado a la práctica, hace parecer que la extremidad siempre se ha movido con la gracia natural de las ramas mecidas por el viento o de una tela de organza que se ondea entre la luz del día. Si el comienzo fue con la parte superior a la cintura, se habrá de combinar con los pasos que de la cintura para abajo, han sido practicados de forma independiente: desde la marcha natural y el conteo, hasta las variaciones que puedan implicar el desplazamiento, giro o modificación de las formas básicas. Pasos. Figuras. Tiempos.

Quienes estamos fuera de estas disciplinas físicas, rara vez nos abocamos a la atención de los movimientos que hacemos de forma casi automática; como cuando profesores de idiomas, comentan que los exámenes que acreditan el conocimiento de una lengua extranjera, podrían ser reprobados por los nativos, quienes conocen dicho lenguaje desde la cuna, antes de que tal conocimiento pueda ser atravesado por la educación en las reglas gramaticales. Como en todas las ciencias alrededor de lo humano o la tecnología de lo que nos facilita el día a día, esto es el simple pasar por alto lo cotidiano, la falta de especialización...

## **Prótesis y otras asistencias a la motilidad: qué pasa con lo que está fuera de la norma...**

La riqueza del mundo está en sus diferencias. ¿Contradigo al cuerpo regular del que hablo en el apartado anterior? Pienso en el movimiento de un cuerpo que consideramos *común* porque cuenta con extremidades y funciones en el entendimiento de lo que consideramos normal por mera costumbre, cuando se estima que quince por ciento de la población mundial vive con alguna discapacidad. Se ha hablado desde la generalidad y trato de repasar lo andado, regresar; ¿se puede corregir lo nombrado?, la escritura es más de los tachones y enmendaduras, de las ideas que se fueron puliendo; la construcción del diálogo puede partir también del error o de trazar el camino, para delimitar una dirección.

¿Qué pasa con los cuerpos que hacen uso de aparatos para movilidad asistida (prótesis, órtesis) y la tecnología asistencial? Volviendo al punto de la especialización, hay avances que no habrían tenido lugar, de no haber indagado en las particularidades de las múltiples ramas de una ciencia; sin embargo, esta delimitación centra el ojo en un espacio específico, pone luz en punto pero abisma la sombra de otras realidades.

\* \* \*

Es innegable el punto de referencia temporal en que se ha convertido la pandemia. Para muchos, el aislamiento confrontó nuestra visión del mundo; muchos dejamos de hacer lo que formaba parte de nuestra identidad. En una visión capacitista, consideramos la necesidad de explorar nuevas pasiones e intereses. Fue muestra de cómo lo

particular se volvió universal al vivir una emergencia que implicaba el encierro; pero también acentuó las necesidades que tenían ciertas minorías, cuyo confinamiento ya era obligatorio: la disidencia involuntaria.

Pienso en la literatura de la enfermedad y, sin que constituya una queja, dimensiono que se ha hablado de cáncer más que de otra cosa; como lo palpable-mesurable-identificable y desafortunadamente común; tanto en la localización de sus formas en el cuerpo, como en los recursos e información destinados a entenderle. Hay que poner la luz en lo que sale de lo cotidiano, abonar en la visibilización de sujetos y circunstancias cuyas necesidades especiales existían desde el origen de su padecimiento, pero se pusieron en evidencia con el confinamiento pandémico, al colocarlos en una lista de espera de lo postergable; cuando la integridad física y mental, así como la sobrevivencia en los días, depende de su atención y tratamiento puntual.

Este proyecto es la búsqueda de tender puentes entre lo literario, estético y las posibilidades que permite el ensayo, hasta los temas que se han abordado poco en la literatura. Si bien ha sido explorada la temática del cuerpo enfermo con obras magistrales, hay escasez en lo que respecta a disfunciones relacionadas con lo motriz y la motilidad, que – volviendo a la referencia de la pandemia–, no se les consideró urgentes, dejándoles de lado como cualquier otra revisión rutinaria.

## De las enfermedades raras...

Además del instituido desde 2008 *Día de las enfermedades raras* que la OMS considera *aquellas que se presentan en menos de cinco personas por cada 10 mil habitantes y existen más de siete mil* de este tipo, cada vez resulta más necesaria la visión transversal de las políticas públicas. La literatura no tiene como objeto ser educativa o formadora, pero brinda la oportunidad de explorar condiciones que siguen entre las sombras del desconocimiento.

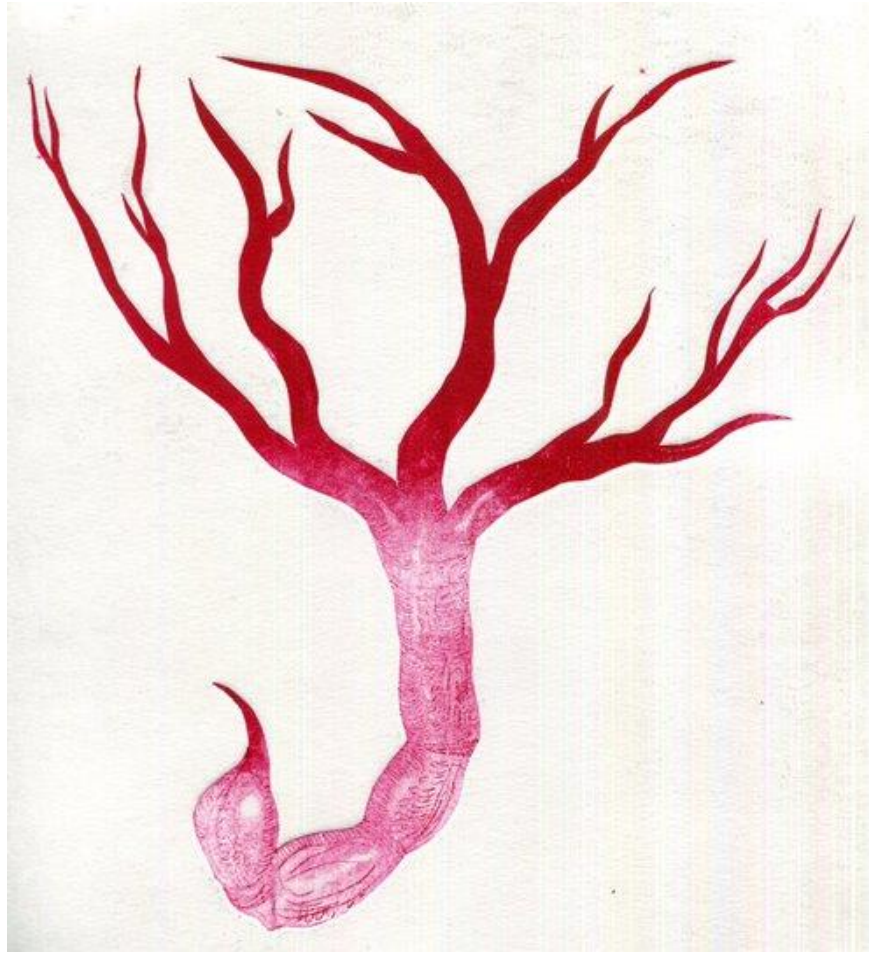
Desde lo particular, hablo por el andar entre personal de la salud, diagnósticos y tratamientos fallidos, en busca de respuestas; desde la desesperación de no ser escuchada o de ver disminuidas y menospreciadas las explicaciones de lo que me aquejaba, por quienes (médicos, instituciones de salud, de educación) en su momento representaron la única esperanza de ser puente entre la *anormalidad* de lo interno y la cotidianidad de ser un ente social. Parto desde el extrañamiento con que por años he vivido dentro de este cuerpo y su manera de integrarse a las exigencias del entorno; desde la que fui durante los años de mi vida académica, cuando a pesar del amor al estudio, me sentí orillada a abandonar la escuela, por la dificultad de pertenencia y necesidad de condiciones especiales, la vergüenza de hablar sobre lo distinto e ignorar la inestable interacción intestino-cerebro, que hasta ser nombrado comenzó a encontrar algunas respuestas, pero sigue andando el interminable camino.

Así me acerco a la colaboración con Tish Roque, desde la poesía y su incipiente activismo acerca de la Distonía

generalizada, que por casi diez años la separó de la vida social y actividades físicas, académicas, entre otras; a Dana Herrera desde el activismo con sus diarios y collages de su Encefalomiелitis Miálgica (o Síndrome de Fatiga Crónica) y el Síndrome de Charcot-Marie-Tooth; así como a Beatriz Manguen, desde el ensayo y la poesía acerca de su recién diagnosticada Fibromialgia, su camino hacia el diagnóstico.

Identifico este encuentro con *la cosa* con que la protagonista de *El huésped* se enfrenta en el libro de Guadalupe Nettel; aunque vale repensar la enfermedad no como la criatura desconocida que se implanta en el cuerpo enfermo, sino en el ente en que se sitúa, como vivencia dentro del núcleo familiar, o ganando espacio sin revelar su verdadera naturaleza. Se acerca más a la *Casa tomada* de Julio Cortázar en que los hermanos van clausurando los cuartos, absteniéndose de habitar con libertad su propio hogar. O por qué no, como el ente violento en que se tornó *El huésped* de Amparo Dávila, invitado sin justificación por uno de sus habitantes, la fuerza que les mantiene a ellas cohabitando con la desgracia. De qué sería imposible salir si no es del propio cuerpo.

Hay diagnósticos que tardan en llegar, por la imposibilidad de aceptar que se ignora o se sale del campo de estudio de algunos médicos, por la negación y el señalamiento de la sociedad que observa nuestros movimientos. Este es quizá el esbozo de camino a reconocer que *las anormalidades son más cotidianas* de lo que creemos; que sólo somos asimétricos en relación al mundo en que pretendemos encajar, ante la publicidad de lo normativo.





**El mundo que se digiere por adelantado**

## **Ingestión**

No es azaroso el uso del término *digestión* para referirse a la forma en que procesamos la información o el mundo; los libros de autosanación hablan de cómo el intestino que se aletarga, el acumulador y estático, representa la incapacidad de permitirse fluir y soltar. Hablan de la dificultad para descomponer los sucesos que engullimos a través de los sentidos; proponen el desapego, poner en práctica el desprendimiento. Nadie habla del extremo contrario, de lo que se acerca más al exceso. No encontré la página que refiriera al intestino que no descansa ni aguarda a responder a los estímulos exteriores o a la caída del alimento, que actúa por cuenta propia y por si acaso, sin pausa; a la intrépida hazaña de procesar incluso al vacío.

Hipermotilidad intestinal: el sistema que se propone digerir al mundo incluso antes de que sea materia, descomponer el aire, la idea, el sentimiento que no ha sido racionalizado, un elemento no tangible. A veces he temido que el estómago se encuentre a sí mismo, en sus paredes espejo se entienda víscera que no le diferencie de la de otro animal, cuando la carne es carne, y comience el camino de la autosarcófaga. Aunque es difícil que una serpiente confunda su cuerpo con el de otros animales, el estrés, un hipermetabolismo y la desesperación de encontrar alimento, puede llevarle a morder su propia cola: Ouróboros del hambre eterna.

Laura Sofía Rivero desarrolla en el ensayo *La nutria tiene cosquillas* las expresiones para ir al baño, el tema tabú, la normalidad de excretar y el esmero y creatividad con que le renombramos ante la necesidad de ocultarlo. Habla desde lo

hilarante y a veces logro reír también; excepto cuando incluso reír duele. Cuando las capas de ropa y de piel no logran cubrir al órgano que se siente expuesto. El órgano doblemente descubierto, rojez que brilla en medio de la noche, ardor que no se detiene, punción que no se encuentra en la lista de lo cotidiano. Triplemente perverso, como lo desconocido, como las películas en que la tensión se concentra en los intentos por resolver el nombre del demonio para confrontarle.

Me descubro en el rodeo con que me alejo del tema que me atañe. En *Dios tiene tripas*, donde Rivero le da espacio para crecer y ramificarse al tema de la digestión y los baños, hay una naturalidad con que toca la historia, datos duros y anécdotas propias o ajenas que traspasan el límite del decoro y las convenciones sociales; pienso en la genialidad de comparar el acto de creación con el de excreción, siguiendo el hilo de ideas planteadas por Montaigne, para destinarle un libro. Después de varios estallidos de carcajadas, me doy cuenta de que, aunque quisiera escribir con más ligereza, algo sigue doliendo, sigue sonrojando por personal. Porque no tengo la distancia de hablar desde una tercera persona, lejana y en muchos casos distante en décadas o siglos.

## **Propulsión**

Nunca vi en las películas, series o libros a alguien que tuviera que disculparse por requerir con urgencia el uso de un inodoro, a menos que fuera para incorporar una situación cómica o desastrosa. Las escenas de gente en el sanitario, casi siempre tienen que ver con encerrarse a llorar o pasar el trago amargo de un comentario incómodo, un encuentro accidental,

no deseado –o deseado, furtivo y casi siempre prohibido– para discutir o poner los puntos sobre las íes de lo amatorio, incluso, en temas un poco más actuales, para el consumo de alguna droga...

No es fácil reconocer el temor a los momentos felices o tranquilos. Tanto se acostumbra uno a cierto desasosiego, que duda de cualquier periodo luminoso que se extiende y se adapta con comodidad a los días: sabe que lo único probable y constante es la incertidumbre. Que, en medio de una algarabía, un retortijón en el estómago –ese hueco que otros reconocerán como el que se experimenta al recibir una noticia lamentable o el desamparo de una verdad que nos deja desnudos de todo lo que creímos–, lo podrá hacer dejarlo todo para formular un plan de escape.

Qué hacer si la oscuridad llega justo a media celebración. Qué hacer si la tristeza pasa detrás de uno al cuarto de baño en medio de una convivencia, cuando solo se pretendía refrescar el rostro para aclarar el pensamiento. Recuerdo los momentos luminosos, velados por esa marca de la desesperanza, del mal que de antemano se conoce. Entra, me acorrala, me convence de huir, o de quedarme ahí encerrada, sin importar que otros pregunten por mi ausencia.

Es evidente que, como pocas veces muestran la fuente de los ingresos de los protagonistas a menos que sea necesario para la trama, hay una cuestión de economía del lenguaje y una selección mental de las escenas de lo que realmente resulta relevante para la historia. Sin embargo, hay sensaciones o pensamientos que resultan lógicos a partir de nuestras costumbres. En las escenas mencionadas, solo me llevan a pensar que alguien podría necesitar con urgencia ese

cuarto de desechos orgánicos, para su utilidad primera y que estaría ocupado por personas que no tuvieron la delicadeza de citarse en un café (o algún sitio más privado, en caso de encuentros íntimos) para hablar largo y tendido del conflicto –o la pasión– que les mantiene atados a ese espacio cerrado.

Pienso en la prisa y en la punzada de dolor, en las carreras que he emprendido como quien narra la urgencia esporádica de la ocasión en que algo le cayó mal; imprevisto que, en el recuento de los daños, resalta en una lista de lo usual como algo extraordinario: la descomposición, incorrecta desinfección y demás elementos que amenazan directamente a nuestra supervivencia, recordando lo endeble de nuestra existencia frente al alimento como fuente de vida.

Los invocados, pero no enunciados con precisión –dejo la línea en blanco para que ajuste su propia pena–, son malestares que se esperan, más no se sabe cuándo; su visita es incierta, pero lo preciso es que para ciertas personas ya es de una regularidad a la que comienzan a habituarse, sin que se vuelva una costumbre gustosa su recibimiento. Qué daría uno por decirlo: *toma asiento, tomemos un café, una copa, hasta que tengas ganas de marcharte*; hasta que sepa que es solo un visitante al que, si acaso, a punta de costumbre, se le tiene estima [y esta palabra me parece grande e inapropiada y amable, poco sincera]. Como esas personas que más vale tener como amigos que como enemigos, como aconseja el dicho popular. Pero siempre parecen tener algo nuevo; como los adioses, que a pesar de los años y la repetición del acto, siempre dejan en la boca un sabor de distinta amargura.

## **Degradación mecánica**

La indigestión perpetua o la digestión incansable parece la reacción al mundo sin atender; la constante alerta que representaría un peligro real, la descomposición de un alimento, la explosión de los sentidos como si hubiera un enojo visceral y contundente, el riesgo inminente ante una situación extrema: el hueco que se expande en el estallido de adrenalina ante la aventura de lo desconocido.

El adjetivo visceral denota sentir con el vientre, con lo interno, cobra sentido lógico o médicamente explicable cuando después de tanto, se ha encontrado que la cantidad de terminaciones nerviosas se acercan en similitud al centro de control. El intestino se ha venido denominado en los últimos años *el segundo cerebro*, que externa la respuesta al mundo, a los impulsos, como acto de supervivencia, activa las alertas ante circunstancias que considera detonantes: un trastorno de la forma en que interactúan el intestino-cerebro.

*Visceral* refiere a lo que se siente con profundidad y arraigo, pero suele representar una connotación maligna, de quien actúa de forma impulsiva, o reacciona a partir del golpe primigenio del sentimiento, mucho antes que permitir que la sensación se procese por el pensamiento y le vuelva lógica. Encarnar al mundo como lo absorben los sentidos, sin filtro más que las limitaciones de las capacidades cognoscitivas, pensando en el porcentaje de nuestro cerebro que realmente está en funcionamiento, además de las características neuronales que nos distinguen de otros individuos.

Hacer palpable la realidad inasible, el mensaje una vez llegado al destinatario; volver materia a lo efímero del presente, mucho antes de ser entendimiento o idea, de

volverse palabra; que antes de ser el pasado constante, ya ha sido digerido y expulsado del cuerpo; lo que no asegura el proceso de la correcta descomposición, la síntesis. La sobreproducción no es un sobreentendimiento, sino también la ausencia de uno de los pasos en el camino; como si en un rally alguien llegara antes a la meta final evadiendo algunas pruebas o terminar un examen en menor tiempo al designado, cuando se obvió resolver cuestionamientos.

*No hay dolor que dure cien años ni cuerpo que lo aguante; se dice. No hay malestar provisional que pueda explicarse a otros con carácter de definitivo. Pero en las enfermedades crónicas, si algo tiene de previsión este tipo de imprevistos, es el acto de la repetición. En *Teoría de la mujer enferma*, Johanna Hevda remite a la etimología de la palabra para aterrizarlo a la pesadosa realidad:*

*la palabra “crónica” proviene del latín “chronos”, lo que significa “del tiempo” (piensen en cronología), y se refiere específicamente a un ciclo de vida. Así que una enfermedad crónica es una enfermedad que dura toda la vida. Es decir, no se mejora. No hay una cura.*

Porque los adentros no saben de quietud, del silencio necesario a la medianoche, de un descanso reparador, de la calma y el placer de los deberes cumplidos: en mis entrañas siempre es de día. Recuerdo evadir los juegos de la feria por el absurdo de pagar por la sensación que no detengo en el transcurso de los días: el cuerpo siendo enfriado por el temor, el estómago desplazado hacia las extremidades, la sangre bombeando en la nuca y las sienes; porque de nuevo hay dolor<sup>1</sup> y hay urgencia y hay temor a los señalamientos. Porque

---

<sup>1</sup> *Anoto como tarea mental sustituir esta palabra y solo recuerdo un garabato en medio de la libreta de apuntes: El dolor ha vuelto: minificción con ausencia*

el juego no se detiene, como los deberes y los viajes y la vida. Porque mínimo, en tierra, siempre, o casi siempre, hay un sanitario cercano al que llegar corriendo.

Cuando el cuerpo no calla, es imposible detener a la mente formulando preguntas acerca de lo que habita en los interiores; algo que no hayan detectado en los estudios, un tumor que supiera ocultarse de la fluorescencia de las placas que se analizan a contraluz, el pliegue o la curva que rehuyera a la cámara que entra haciendo que con él pasen varios ojos atentos y en busca. Es imposible que deje de pensar en alguna bacteria que hubiera desestabilizado las órdenes del sistema: cuándo debe funcionar y cuándo abandonarse a la calma.

Estos malestares –por generalizar un montón de trastornos, síndromes y padecimientos que en ese costal tienen cabida– no son un accidente, como el animal que se cruza a media carretera cuando se anda a toda velocidad; no son el tronco que cae en medio del camino, reblandecido por la lluvia sin que alguien previera su deceso; no son el rayo que parte en dos un árbol. Conocemos de antemano al enemigo, pero no hemos sabido vencerlo y nos sigue tomando por sorpresa, como la catástrofe, como el desastre natural que llega sin tocar o anunciarse siquiera con piedrecillas en la ventana. Si acaso un sereno que se vuelve tormenta; un resoplar del día, que se torna violento.

Phillip Lopate se sitúa en su propio cuerpo, describe cada una de sus partes, sus funciones e incluso el carácter del que le ha dotado la existencia bajo esas características particulares. Y pienso que soy una mujer en sus tempranos

---

*de brevedad y de artificio. La anotación sin fecha que no importa realmente cuándo se lea.*



treintas, un cuerpo que a primera vista pasa el filtro de lo saludable. Es entonces que nadie entiende que diga *no puedo, no estoy, no quiero*, que me consuman los miedos por lo que *anhelaría o debería* estar haciendo a mi edad: buscando la naturaleza, los viajes, escapar un fin de semana con rumbo desconocido, paseos grupales o acampadas. La lista de limitaciones y el poco entendimiento de los que me invitan a *vivir*, mucho tiempo impulsaron la creatividad de buscar pretextos para ausentarme. Ese afán por ocultarme de lo que ocurre, por el temor a la emoción, a lo que está de moda, a lo que *debería* experimentar, a lo *verdadero*.

Porque ¿qué es más *verdadero* –lo único– sino lo que existe afuera de la casa, de las cuatro paredes en la que nosotros creamos la fantasía de un mundo propio, bajo nuestros términos, con los objetos que consideramos conocidos, de confianza, que artificialmente adaptamos a la comodidad de nuestra existencia? Lo *verdadero* –me explican los otros– es lo que está detrás de esa impostura, la palmera incrustada en el camellón, unos kilómetros más afuera; allá está el campo y su verdor, y la calma y la furia del mar, el punto primigenio. La mente *limitada* que busca indagar en sus adentros, se esconde entre los libros, se oculta entre las sombras y se envuelve en las palabras de su propio pensamiento, se abstrae del conversar con otros.

Entonces, qué es esto que soy, sino furia que cimbra la interfaz de concreto que tomo como un segundo cuerpo, al sentir que este contenedor primario no es suficiente para filtrar en las proporciones justas los impulsos del mundo que transcurre. Esto es lo que soy, solo cuerpo y los secretos de lo indecible, porque ha sido designado a lo íntimo, por el (tinte de) mal gusto del que se ha tildado. Soy un cuerpo que por

varios años arropó en la concavidad<sup>2</sup> de su postura la boca de un monstruo que no calla ni para pasar la noche. La voz que no da tregua ni aunque el sol se esconda, ni aunque la felicidad se asome.

Recuerdo la oscuridad en *El huésped* de Guadalupe Nettel y me pregunto qué es esto que soy, que fui, que sigo siendo, cuando pasaron años para descubrir que el enojo fue la mediación entre la dolencia del exterior, que fui haciéndome de una armadura que me protegía del saludo entusiasta donde la confianza traspasa el espacio personal para avanzar el índice ajeno hacia el abdomen siempre punzante; de una serie de ocupaciones reales o ficticias que disculparan mi ausencia repentina y definitiva en eventos, mi aislamiento total y sin explicación cuando la *realidad* seguía allá afuera y para mis amistades, todo pintaba a que la amargura me había invadido de forma prematura, como si ya estuviera cansada de vivir.

## **Digestión química**

Me preguntaba quién era cuando en pandemia y su presencia virtual, me di la oportunidad de disminuir la cantidad de medicamento que me hiciera funcional, disponible y presente, cuando podía estar en todos lados desde casa. Por poco olvido lo que fui hasta que un descuido me hizo obviar algunas dosis y recordé de golpe el dolor que electrifica las líneas del estómago hacia las extremidades; volví al dolor, a mirar mis pies mientras caminaba abrazada a mi intestino, a ser animal

---

<sup>2</sup> *Animalándose, encorvada, en la contrariedad de lo erguido.*

de caparazón que se envuelve más allá del encierro, a no querer estar o encontrar un no lugar. Nadie habla de los efectos de los medicamentos, del peso de su ausencia, de la abstinencia aún en las más bajas dosis. Nadie habla de la advertencia, porque qué puede ser peor que haber encontrado un remedio.

Pretendo huir de la predisposición y ni por curiosidad me acerco a los manuales que narren la sintomatología de mis aflicciones; no quiero toparme, ni por accidente, con la lista de efectos secundarios de los medicamentos o de una vez iniciados, abstenerme de ingerirlos.

Poco se habla del agotamiento, de la depresión que acompaña a los padecimientos crónicos. La pesadez de los alimentos siendo digeridos por el cuerpo extendiéndose a lo largo del día, incluso, a la hora del merecido reposo; los músculos tensándose ante las descargas de dolor en el vientre, el impulso, el intento de retención, el estremecimiento de las extremidades ante el latigazo de mundo contra el vientre.

No sé cuándo comenzó el conteo, esta sensación de una carrera de obstáculos en que se sabe que cada tanto hay que hacer un alto para retomar energía o recobrar aliento. Tranquiliza dejar de lado, aunque sea por un momento, la única (probablemente) verdad absoluta: la vida no se detiene para esperar a que te sientes a llorar y pueda continuar su paso. Ya ni siquiera pretendo hablar de los sentimientos, de ponerles nombre; en la sombra, parece como si apenas aprendiera el idioma y las palabras se me escapan de su significado, del orden justo para poder dotarlas de sentido. El llanto entumecido por el medicamento siempre está detrás de la puerta, como quien se invita solo.

Se acabaron las pastillas. ¿Es mejor pensar que todo está suspendido en un limbo que se volvería infierno, que unos lánguidos hilos le sostienen? Ya había omitido tomarlas con anterioridad, por mera distracción u olvido; un ataque de llanto y la angustia hacia lo mínimo, los dolores de cabeza, el mareo, el dolor, el dolor, el dolor y la visión borrosa –literal y figuradamente– anunciaban el absurdo: continuar el día a día sin algo a lo que uno ya está acostumbrado, algo que abona a mejorar la calidad de vida. Trasladando el ejemplo a quien no requiere medicamento –más allá de las situaciones extraordinarias– me acercaría si hablo de rupturas y partidas, del cambio de trabajo o ciudades, de extrañamientos; químicos, sustancias y emociones a los que ya somos asiduos.

Coincido con Marta Sanz (Clavícula) cuando dice que no se siente inteligente por el dolor. Saber que ese depende de una dosis para un medianamente correcto funcionamiento. Por momentos, temporadas... casi he estado a punto de olvidar la forma en que las tripas se constriñen, cuando sin saberlo, la ausencia de medicamento deja al cuerpo a su suerte... o que en la constancia de lo crónico, que es sinónimo de eterno, obviar una toma no parece imprudente, hasta que el intestino reverbera exigiendo el regreso a su cauce. Las aguas agitadas, como si la noche del mar fuera eterno, como cuando sube la marea al caer la tarde....

Todo gira alrededor de las tomas y no tengo noción de su ausencia, hasta hoy que me faltan. Me gustaría ignorar, obviar la imagen, no ser consciente de los sentimientos que se agolpan. Recuerdo la eternidad de las horas de insomnio que recurre varias noches, como quien frecuenta el mismo bar esperando encontrar en el fondo de la misma bebida, respuestas distintas.

¿Qué se hace además de intentar dormir para no pensar, hasta que llegue la hora del reencuentro o la aceptación de la despedida? ¿Qué se hace ante el insomnio, acentuado por un temor fundado en la experiencia? ¿Qué se hace sino esperar la siguiente dosis, eternizar alarmas, marcar los calendarios? ¿Qué se hace con los efectos secundarios a corto y mediano plazo, cuya gravedad tiene que ponderarse contra la calidad de vida a la que abonan?

### **Absorción**

Uno no sabe que no está solo, porque en su soledad no pregunta lo que parece obvio; uno mismo es su punto de referencia, el parámetro con que se experimenta el mundo, que si algo influye la forma en que la familia hace de entrenamiento para confrontar los días, hay batallas y cuestionamientos que no se comparten ante la duda de lo que es íntimo o correcto.

“J” también padece de dolor abdominal crónico, un día coincidimos con asombro en el mismo viaje de dolor y años de diagnósticos y medicamentos fallidos. Nuestra historia se supo escuchada y segura en el otro. Estamos a kilómetros de distancia y nos sentimos cerca en el entendimiento de esta incertidumbre; hemos compartido la habitación de lo desconocido: del miedo, la soledad y la depresión, tal vez tatuada en nuestra genealogía sanguínea y esto –único– que no distinguimos en nadie más de la familia. ¿Dónde se sigue el rastro de lo que nadie habla?

J también por prescripción, ingirió Amitriptilina y la inofensiva Fluoxetina; porque hay constancia de que el actuar

de los antidepresivos tienen injerencia en los intestinos: uno pensaría que en este caso donde el problema no es la falta de movimiento o acción, sino su sobrada vitalidad y no necesitaría más impulso, pero pueden mejorar la función motora y sensitiva del intestino.

La duplicidad de los objetos que percibía, dejaba de ser solo visual para sentir que mi propia presencia estaba desfasada en el tiempo o en las dimensiones. Creí que el cambio de casa influía en la forma de experimentar un nuevo espacio, al borde de rozar lo desconocido; pero hice prueba de los espacios y la luz, del movimiento, del andar a ojos cerrados entre las paredes que conformaban un área nueva. No podía ser paranormal la presencia que me acompañaba durante semanas, pero al mismo tiempo tenía la certeza de que por su culpa no podía descansar.

La duplicidad me despertaba en medio de la noche y no había diferencia con las puertas abiertas o la decisión de cubrir o descubrir los espejos en la estancia. Eso fue leve y no el brote psicótico que tuvo J y le llevó al hospital en calidad de urgencia. En la sobriedad del medicamento, encuentro que una página web que hace de vademécum público, advierte sin tecnicismos ni ocultamientos la necesidad de informar al médico las pastillas mencionadas, pues su función se duplica o contrapone.

## **Eliminación**

Como el arte de ensayar del que habla Tedi López Mills, en el *Libro de las explicaciones*, este texto tiene unos ocho

comienzos y en cada uno, estoy segura, exploraría distintos flancos. Lo interesante es que persistía la intención de mantenerme irónica, de abordar con gracia el tema que sí me atañe, como cuando en el *Stand up*, los exponentes dicen hablar de lo que ya han superado; que dan la vuelta a situaciones que resultaron desastrosas o complicadas, cuando han aprendido de la supervivencia, a reírse de sí mismos.

\* \* \*

Repiten que nadie es un diagnóstico, quizá en este afán de volver a humanizar a los médicos que terminan identificando a los pacientes por un número de piso o camilla. Sin embargo, nadie sabe hasta qué punto éste síndrome, o el no tenerlo, ha determinado la personalidad. No lo sabemos. A veces solo somos lo que otros nombran; su percepción de nosotros.

Por años, pretendemos definir quiénes somos, nos presentamos con el nombre o título académico, a veces nuestras obras (libros, hijos, parientes, trabajos) son la carta de presentación y no sé qué tanto se asemeje a un actor señalado por su personaje; lo que lleva, en el gran chismógrafo llamado secundaria, a distinguirse por alguna señal más específica que –no tienen madurez para posarse en alguna virtud, segundo nombre o apellido– en nuestro caso, eran las ocupaciones de la familia. En algún punto logré librar la venta de zapatos con la que siempre ubicaron la casa materna; cuando fue sustituido por la actividad que había podido forjar sola: desaparecer en los periodos entre clases para irme a encerrar al *cuarto seguro*.

En la adolescencia, ese riesgo en que todo es miedo e impulso al arrojarse al desarrollo de la personalidad, donde uno

oscila entre el querer ser invisible y el intento de ser único y diferente, la urgencia de identificación es más grande en quienes nos rodean.

Me había convertido en *la niña que llora en el baño* y me enteré por un amigo y no pretendía desmentirlo, pues tenía un tanto de razón, ante la hipersensibilidad con que de por sí interpretaba el mundo por empatía heredada; la falta de inteligencia emocional que podría atribuir a los años púberes; la adolescencia en plena ebullición y encima, la lista de malestares que no había visto o escuchado en otros y en mí ya sumaban media vida entre médicos y apuestas sobre la razón de mis males intestinales, ansiolíticos y señalamientos de que era lo psicológico la única causa de que la parte central de mi cuerpo se mandara por cuenta propia.

Tampoco supe, sino hasta años después, lo fallido de mi táctica de cruzar corriendo el patio cívico en plena ceremonia, con la actuación de que era el vómito lo que no podía contener y no una necesidad más real –pero que se considera menos apremiante o pueril por incontrolable– de atender al llamado de los intestinos, que con o sin desayuno, anunciaban un desastre. Que en el afán de no dar explicaciones, el mito creció hasta asegurar que era bulimia lo que me aquejaba.

De forma paralela a los actos que apoyaban ese rumor, como mi delgadez y los constantes escapes al sanitario, algunas de las tardes de infancia–adolescencia, fueron destinadas a recurrir a tratamientos homeopáticos, alópatas, y estudios diversos en busca de identificar qué provocaba – además de la hipermotilidad de mi intestino– efectos en mi estado anímico (con tendencia a lo depresivo), la estatura y el



no aumentar de peso en pleno crecimiento. Como en los partidos de fútbol, en que resulta evidente el acierto o desatino de las jugadas propuestas por el Director Técnico, todos creían tener respuestas inmediatas de un diagnóstico que llegó, por descarte de muchos otros, después de quince años de análisis.

Hubiera sido de utilidad que quienes tuvieron antes que yo y la infinidad de estudios, razón de mis malestares, se reunieran, me comentaran o dejaran alguna carta anónima en mi buzón diciendo: esto no es mental. El desconocimiento a veces otorga el valor para hablar porque sí. Los que pretendían abordarme desde lo teórico y *científico*, una y otra vez señalaron la fuerza de mi mente y la somatización de una tristeza *inexplicable* para alguien *que lo tiene todo*.

Pienso en el artículo que no ha abandonado mi mente desde su encuentro: en los medios cuestionando y monitoreando los eventos en que ha hecho acto de aparición la emperatriz Masako de Japón –conocida como *la princesa triste*–, quien durante más de dos décadas ha permanecido inmersa en la depresión o es la depresión que se instauró en ella, como apunta Johanna Hedva (y expone en su formato más breve la profunda sombra de la colonización), no me abandonan y no tengo más que referirla para que ahonden en su discurso, donde no falta ni sobra un ladrillo.

Señalaron como razón de mis padecimientos a la imitación, la réplica y siempre lo he negado con firmeza: se aprende por imitación el acto de lo que se observa, pero mis entrañas no tenían a quién replicar en su independencia, pues ni siquiera pude yo fuera del cuerpo, dissociada de ellas, actuar con la autonomía con que se habían pronunciado. He

anhelado mantenerme dentro. He querido resguardar al cuerpo de mí misma para no hacerle daño, no culparlo por desobedecer. Hablando quizá desde la misma envidia de actuar sin permiso de otras personas.

De pronto el intestino es un punto tan fuera de mí que no sé a dónde corresponde. Con su sensibilidad al entorno, al frío, a la inmensidad, al vértigo a ras de suelo, con la forma en que multiplica la opresión del llanto, la furia de lo visceral. Digo víscera y me rompo en una vasija que no encontrado el filamento de oro que le sane, como el arte del Kintsugi; porque persisten las huequitos por donde sale la luz y ha entrado más oscuridad de la que puede medirse. Sombras que dejan de serlo, que pierden constitución –como el bolo, como el mundo que ha sido procesado antes de ser ingerido– para ser abismo y en la distensión del plexo, cada totalidad deja de ser Pangea para volverse isla. Es indispensable recobrar la forma. ¿Será posible? ¿No es ésta ya la forma, nunca definitiva, siempre variable? Como los continentes que no han vuelto a ser uno. Como las huellas de crecimiento en la piel que han ido aumentando en placeres vida y esperanza

## **Síndrome**

Recuerdo los peores días. ¿Cada cuánto nos preguntamos sobre la primera vez que tuvimos conciencia de la muerte? Al acercarme a los temas delicados que aún es difícil tocar para quienes están dentro y de entender para quienes están fuera y después de *‘Perro rabioso. Noticias desde la depresión’*, vuelvo como ejercicio literario a ese punto del *no estado*:

nunca he pensado en la ejecución de mi muerte, sí en un hipotético listado de impedimentos, pero recuerdo claramente<sup>3</sup> esa necesidad de no estar, para no sentir más lo que describía como *el dolor del mundo*.

Pienso la crudeza con que se leería *apuñalarse el vientre*, en la solemnidad que debería alcanzar para nombrarlo sin que resulte grotesco. Como la muerte de Yukio Mishima y el simbolismo –razones políticas o religiosas– que acompañó dicho acto. No sé en qué punto esto es una trampa de mis temores para no nombrar algo como lo he escrito en diarios y recuerdos, porque no hay otra manera de señalarlo. Rebusco en mi mente también en el absurdo de evadir las formas no literarias de nombrar el dolor, aunque abonen en la belleza del lenguaje y se alejen del intento de reconstruir la escena para otras personas; caigo en los retos virales que llevaron a miles de personas a verter cubetas llenas de agua con hielos, para *igualar* las sensaciones de Esclerosis Lateral Amiotrófica, y en los que continuaron el *trend* perdiendo el objetivo real en la fila detrás del *hashtag*.

Vuelvo al dolor sin título agrandándose en mis adentros; creciendo, pues tenía la certeza de que no paraba de invadirme y que al identificarlo, sería demasiado tarde. Evoca también la necesidad de infligirse dolor que supere al existente.

Estábamos un poco lejos de la era del internet en que todo conjunto de síntomas amerita urgente revisión y es sinónimo de muerte y no sé si eso jugó a favor o en contra,

---

<sup>3</sup> *No puedo decir con claridad, aunque este ejercicio de escritura me acerque a la tristeza, pienso que su recreación para el texto se acerca más a la ficción; que no se trata de exagerar, sino todo lo contrario, tratar de acercarme un poco con la construcción de las frases. Al mismo tiempo, tengo miedo de tocar los bordes, de volver al riesgo de la adolescencia, del vértigo, del miedo.*

pero sé que abonó al intento de ajustarme a las palabras de los médicos. Asistir a consulta es casi un acto de fe; hasta cierta parte de la vida, una persona no sabe que hay más dioses, más religiones allá afuera y la única verdad será bajo la que fue criada, sin importar que la guía espiritual se encuentre en algo más tangible, como las propias personas, el pensamiento filosófico, la ciencia o los valores. El indicado, será el camino por el que decidimos entender al mundo y tratar de explicarlo a través de sus principios.

Así, tuve que ir creyendo en cada cual, poniendo constancia e intención en cada tratamiento, cuidando –aún más– la alimentación, los autocuidados, para terminar escuchando que –antes de aceptar que se salía de sus manos– no había nada más que la psique en contra mi propio cuerpo: mis nervios y una desproporcionada forma de sentir la vida. Por eso era necesario no sentir, por eso consideraron a muy temprana edad y –valorado con posterioridad como innecesario y extremo–, proponerme dosis de medicamento controlado que, aún en mi adultez y con acompañamiento psicológico– me costó entender la forma en que interactuaba con mi ser o cómo eran independientes de mi personalidad.

No entendía cómo podía o debía funcionar con las sustancias que –aún en mínimas dosis– me volvían muerta en vida o contenedor vacío, incapaz de experimentar el día, con un aletargamiento que ponía en riesgo mi concentración, los sentidos con que uno pretende enfrentar los peligros, lo escolar, lo social, lo anímico, el andar en la calle y la vida. Porque los ansiolíticos no apagan la tristeza, sino que tienden a hacerla más profunda, ante el encubrimiento de lo recurrente; el aislamiento necesario al que te obliga la somnolencia, acentúa la separación de la normalidad, de los

otros, de lo real que se vuelve un tanto borroso y en cámara lenta... que seguía doliendo detrás de las capas de bruma y la mente anestesiada.

Abonó la frase mágica tantas veces repetida por familiares, médicos y demás conocidos: *De qué te preocupas, espérate ya que tengas tal edad*. No sé si atribuir a ese consejo el temor a crecer, esa falta de visualización de mi futuro a muy corto plazo; me llevaban a pensar que como un perro, quizá estaba viviendo lo de siete años en uno solo y mi vejez –o deceso– se encontraba cerca como la mañana. Dicen que la ansiedad es exceso de futuro, ni siquiera he resuelto bien cómo vivir en el ahora.

## **Diagnóstico**

El Síndrome del Intestino Irritable, como muchos otros, cuenta con la irregularidad de los efectos, con ciertas crisis, con mesetas en que, aunque en gravedad, una medianamente se acostumbra a lidiar con los síntomas. No sé si la cualidad de madrugadora es algo atribuible a que mi pensamiento despierta temprano, o a las tres o cuatro horas de anticipación que necesitaba madrugar para asegurarme de ganar el baño compartido las veces que considerara necesarias –que a veces oscilaban entre 4 y 7 idas–, que en nada cambiaban las alteraciones, necesidades y urgencias del día completo, que me hacían sorprenderme al saber que muchos otros se levantan una hora antes de los compromisos y llegaban siempre a tiempo.

Hay tiempos inexplicables de aparente alivio. Ahí es donde se inaugura mi no coincidir en la vida; cuando trataba de explicar a los médicos, en mis consultas entre los catorce y veintitantos años (cuando el socializar deja de limitarse a los espacios escolares) que esto no era psicológico. Exponía lo irónico de atravesar periodos de absoluta tranquilidad y paz emocional, con ganas de salir, podían concluir en la cancelación de planes (a última hora), escapar de eventos, pedir que fueran por mí o fingir que ni siquiera tenía ganas, porque el cuerpo había decidido desactivar el impredecible switch que a veces hace que el intestino funcione a la par de la calma mental; así también, que los periodos emocionalmente más turbulentos, podían ser compensados ,sorpresivamente, por la ausencia del dolor o lo *ideal* del actuar intestinal, por encontrarse en los parámetros de lo que se había dicho, era normal.

Vuelvo a dudar de cómo o cuándo se forjó mi personalidad y qué de ello fue el ir moldeando un personaje a prueba de comentarios y basado en pretextos infinitos. Cuántas veces fue la escritura o lectura –por mencionar algunas actividades solitarias– un escape o premio de consolación, una búsqueda de compartir conmigo misma lo que me tenía que privar de otros; porque ya había situaciones vergonzosas que, aunque con gente de mi entera confianza, ya me habían puesto a prueba y amenazaban con suceder entre gente que, si bien resulta divertida para socializar, me devolvería a los diagnósticos que los espectadores ya me habían adjudicado.

Cuántas veces fingí que se trataba de una mera inapetencia por perder el tiempo, cuando el tiempo era una cuestión que se construía en mi cabeza con una cantidad de

cálculos que buscaban cuadrar la duración de recorridos y distancias; cuando la precisión se volvió una necesidad y cualquier imprevisto alteraba mis planes de llegada y búsqueda del espacio que consideraba más seguro: ubicar un sanitario cerca, ver la extensión de la fila, estudiar cuál era el momento más solo para ir en tranquilidad, identificar a las que iban en grupo para evadir su apuntada compañía.

Veo la facilidad con que muchos han descrito su personalidad, que podrían enumerar cinco palabras que construyen el promedio de su forma de ser, con la salvedad de las contradicciones y excepciones que nos construyen como humanos. Pregunto si la imposibilidad de nombrarme o elegir uno de los contrarios (sociable-asocial, optimista-pesimista, platicadora-seria, introvertida-extrovertida) se vio mermada por la imposibilidad de nombrar lo que me había definido sin identificarse; intentando no ser un diagnóstico sino descifrar una condición que va a marcar un horario de medicamentos, alimentación, ciertas reglas para socializar o preguntas indispensables antes de tomar decisiones improvisadas.

Si en algo coincidimos quienes padecemos algún malestar crónico, es en la calma que viene con el diagnóstico, del acto del desprendimiento: el arte de nombrar dota de corporalidad a la idea amorfa, casi en estado gaseoso... de volverle arcilla maleable, manipulable, de hacerle vudú y encerrarle en una caja, fuera de luz y ambiente cómodo y habitable. La duda es un pensamiento que se acomoda en la cálida habitación mental, va tomando tanto lugar que una le piensa tumor y cáncer y tantas cosas; que una tiene la certeza de que la muerte es inminente o la única salida. Y empieza a abrazarse en el silencio de las preguntas; la ausencia de ruido que contraste con el cuerpo sin descanso.

No sé de dónde viene esta frase que no logro rastrear, pero me parece la más cierta para concluir este texto: *No condeno la potencia de mi silencio porque encontré que habla desde lo particular, con conocimiento de lo general. Es cierto, quienes me rodean ven a otra yo, de la que no pude haber rescatado cierta imagen... me sería imposible haber construido sin nombrarme ante ellas.* Porque esta vez preferí hablar más fuerte que el grito ahogado en mis interiores, buscarme en otras formas y otros nombres que me construyan y sean tan identificables como lo que ya lo tiene.







## **En busca de la estación perdida<sup>i</sup>**

Detrás de una ventana alguien recibe directamente al sol; los restos de exterior se filtran en busca de contacto. Ella descansa en la sombra de la quietud prolongada, a donde el dinamismo del día no alcanza. Porque la temprana niña jugó a pisar las banquetas evitando las líneas que dividen el concreto.



*Sentenciado a muerte clama por más horas en el reloj,  
anhela su infancia como aquel niño que mirando una golosina  
saliva sin poder comer.*

*El desahuciado huele a resignación y esperanza;  
mira detrás de la ventana  
los días que le han sido negados\*.*



Tish aguarda en el silencio de la cama. El radio suele parecer una antigüedad incrustada en el ahora, cuando es más común encontrar una televisión rompiendo el silencio de la casa o estamos al alcance de mensajes compartidos por infinidad de vías, de una videollamada, incluso. El paso entre las estaciones radiofónicas antes de situarse en un número predeterminado, recuerda la cualidad de búsqueda. El rastreo en lo invisible pero exacto, la promesa del encuentro.

Desde esa latitud, a esa hora, algo sucede y se hace la voz en un solo sentido; si de este lado la elección no coincide con un canal habitado por la voz traspasando los micrófonos, no hay mensaje transmitido a nuestro oído en espera.







*Pensar en las paredes del hogar puede ser una metáfora de un cuerpo inerte, un cuerpo que no responde a estímulos exteriores, un cuerpo atrapado en quietud y movimiento...*



Los niños exploran las partes de su cuerpo con flexibilidad y sin prejuicios, sin planear la manera en que conocen el mundo, buscan la consecuencia de sus intenciones: avanzar, girar, retroceder, bailar. Un golpe en la rodilla genera el acto reflejo de los puntos implicados, tal vez una sonrisa. El andar no requeriría más que la coordinación entre el deseo de avance y el cuerpo atento a la instrucción. La intención basta para que la columna vertebral entienda el anunciamiento del ahora, y distribuya los impulsos que hagan al avance viable: sobre la vía: hacer el camino: como quien abre los ojos a la par de que su mente despierta.



En preparatoria, un compañero optó por hacer un radio “casero”; ajustaba un hilo de cobre y en cada vuelta se aproximaba a la recepción de las ondas radiofónicas.  *La onda de radio es una señal eléctrica que se propaga a través del aire.*  Corría el año de los dos mil cuando los curiosos alrededor de Carlos, experimentamos un sentimiento quizá de memoria antigua, de la comunicación a distancia que hoy es usual y su eficacia ha mutado.  *El italiano Guillermo Marconi realizó la primera transmisión por radio el 14 de mayo de 1879; fue a través de mar abierto, uniendo una distancia de seis kilómetros...*  Una vuelta más, una vuelta

menos. Aún situado en la era de los celulares, estaba en sus manos que en ese momento de iluminación sonora, un hilo, nos conectara con el mundo. Anacronía.



La noticia sin respuesta: una orden sale de su boca y ella cierra los ojos para ver nacer el movimiento y la búsqueda se vuelve errática, no hay onda donde posicionar la instrucción, la calidad de orden, de deseo. No hay camino y no se hizo al andar. Un día se inició la batalla y esta tampoco fue sobre aviso.



*¿Qué es la pertenencia e identidad para el enfermo?; El enfermo desterrado del ciclo de la vida, vive sus días ausente en ratos de sí mismo, ausente de pláticas, risas, miradas y planes qué sabe que postergará sin tener certeza de días y fechas.*



Dentro del cuerpo de Tish, el altercado los músculos<sup>1</sup>, que en lugar un equilibrio de los claroscuros, confrontaron su existencia, redujeron la conquista a su inacción: la distonía<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Cuando una articulación se mueve por la acción de los músculos que la controlan, el músculo o grupo muscular que realiza la acción principal se denomina agonista; el que se opone a esa acción principal es el antagonista

<sup>2</sup> La Distonía es un trastorno del movimiento caracterizado por contracciones musculares involuntarias que provocan movimientos y/o posturas anormales

parte del error en la comunicación: la falla al entregar el mensaje: el silencio: el error. ¿Cómo es posible que la acción diste tanto del deseo, que no hay quien reciba la misiva?



En la televisión, las noches de insomnio regalaban un viaje por el azul eléctrico y un tapete de colores anunciando NO SIGNAL. Sus músculos buscaban la señal, ella la respuesta.



*la cama se funde dentro de sus huesos y con ello la esperanza  
vuelva dentro de su pecho para migrar a otro cuerpo, la ventana  
y la puerta son la conexión al mundo exterior que cada vez tiene  
menos relevancia, la supervivencia es por la que se lucha en  
medio de tantas sentencias médicas*



El cambio de estación en la radio genera una diversidad de contenido a la misma hora; cada cual enfocado a su público. Los puntos intermedios, las no estaciones hacen la interferencia hipnótica; nadie ha habitado esa frecuencia.

---

*por activación de músculos que realizan acciones opuestas, en muchos casos, acompañadas de dolor y deformidad articular.*



*Clavícula* de Marta Sanz, hace recordar que el dolor físico parece acrecentarse ante la incertidumbre. No hay peor tempestad que la que no puede nombrarse, la palabra que muere en el aire, todo lo que pudo ser. Volvemos a las sombras y el silencio de los barcos que se hunden en medio de las fauces nocturnas antes de pedir ayuda. Antes de la comunicación al punto seguro, en tierra; como cuando con la radio se hizo la luz como la esperanza que atraviesa en medio de las nubes aún en el abismo de la noche, el anuncio incipiente del día. Como rayo que se abre-sol para que la semilla remueva la tierra en su búsqueda, para que logre erguirse: planta, vida, árbol.



¿Qué somos quienes experimentamos un punto intermedio? El camino del dolor y la abstracción de la vida; de una imposibilidad que no se encuentra en estudios de sangre, resonancias, radiografías.

Con el cuerpo frente a la luz en fotografías de oscuridades y transparencias, buscaron la causa del ensombrecimiento, del silencio, la disidencia del tono en la musicalidad natural del cuerpo. La desconexión –no mortal– que ocasiona otras muertes *menos definitivas* como desaparecer de la faz de la tierra.





El sonido a distancia. La lectura que nace en una cabina de radio llegaba hasta la cama de Tish. La radio fue ventana y puente. Me recuerda a Brooklyn Bridge de Mario Bojórquez: *Desde la otra orilla de lo que digo / se tiende un puente para llegar a mi palabra. (...) Habría de arrojar sobre este puente / aquello que no digo, mi silencio, / para que alguna vez vuelva poema.* La palabra se siguió configurando en su descansar forzado



Tish: La primera vez que te vi en el escenario, había una seguridad en tu palabra que denotaba las lecturas y la experiencia; la voz poética y cierta sabiduría de alma vieja, te hacía resaltar del resto que iban a leer, como aficionados, sus escritos a las veladas de literatura. Parecía que siempre hubieras estado ahí.

Todos tenían la misma duda; más que la comprobación de credenciales que respaldaran tu obra, era que en un pueblo tan pequeño, pareciera imposible de comprobar la regla de que estamos a dos personas – enlaces – conocidos, de ubicarnos. No había mapa que nos conectara con tu llegada. Ni misterio que alimentar, solo que no es fácil decir en una presentación, cuando existe el fin de pertenecer, integrarse como si la película continuara en donde quedó:



*Necesité ayuda hasta los 24 años,  
Volví a caminar a los 25,  
Nunca regresé al hospital principal de mi ciudad;  
Tampoco despedí a mis abuelas,  
Nunca caminé por calles y parques,  
También perdí identidad y patria.*



Los canales de comunicación siguen abiertos aún ante nuestra ausencia. La radio apagada no hace que la transmisión de las estaciones dejen de suceder. El silencio aparenta estar de lado de quien se detiene. Afuera, el movimiento de las cosas, la rotación del mundo, continúan.

La luz le hace un cosquilleo cada vez más lejano, como la vida al otro lado de la puerta, como el andar de los días, las pautas temporales comunes con personas de su edad: el paso de los grados escolares, la graduación de ciertas etapas. Conforme se va desconectando de las referencias ajenas, despierta Porque alguien le dice que se ha hecho de día y enciende la radio. Lee con el oído. Viaja. Canta



El carácter es el personaje que se construye inserto en comunidad, ¿qué hay cuando los años centrales, además de los problemas comunes que atañen a los adolescentes, agudizan la vista a los alrededores para procurar un parámetro de lo que es la normalidad? El cambio en el cuerpo

y la falta de entendimiento se suman a lo que no tiene guía, la experiencia compartida; a sus piernas que anduvieron hasta el salón de clases al comenzar el día y los mismos le impiden sostenerse unas horas después.



En *Clavícula*, Marta Sanz narra el viaje de la incertidumbre, el descarte de las frecuencias incorrectas, donde sólo hay silencio, ni una coincidencia. El sonido sordo de la estática que no se traduce en voces.



*¿Qué es identidad y pertenencia para el enfermo que observa su cuerpo consumirse en recuerdos y anhelos?*



El problema de muchas enfermedades crónicas es que su identificación es un descarte de otras, sin que exista un estudio directo para su señalamiento. El problema quizás está más atrás en la determinación de los síntomas; en la credibilidad de la que dotan o prescinden a los pacientes que acuden en busca de ayuda.



*¿Qué es la pertenencia cuando se han pasado los días en la circunferencia de un hogar, que más que hogar parece la última morada?*



Marcan en los tiempos y etapas como irrefrenables e irrepetibles. Ordenan el movimiento constante pero con un supuesto objetivo (cambiante pero definido). ¿Qué hacer desde el limbo, desde la peregrinación?



*¿Qué es la identidad cuándo un agente extraño habita dentro de las arterías, órganos, huesos y genes, cuándo la identidad muta con la enfermedad?*



Los músculos tienen la particularidad de estar activos aún en reposo; atentos al mundo, responden al estímulo de los sentidos, se activan y extienden o contraen en busca de movimiento. Hay un ritmo natural como el del corazón latiendo, como el respirar de los pulmones cuando existimos.



*¿Qué es la pertenencia cuándo la enfermedad ha puesto un lazo en el cuello y tira cuesta abajo para dejar de ser y migrar a otros cielos?*



Alguien estuvo en un salón de clases, en una fiesta. Tish se vuelve el recuerdo de una niña incrustada en fotografías de gente que ya no conoce.



*Nunca pertenecí a la danza de la vida,  
Tampoco escalé montañas,  
Nunca pertenecí al ritmo y tiempo,  
Tampoco recuerdo cuando los días  
Dejaron de ser nombrados.*

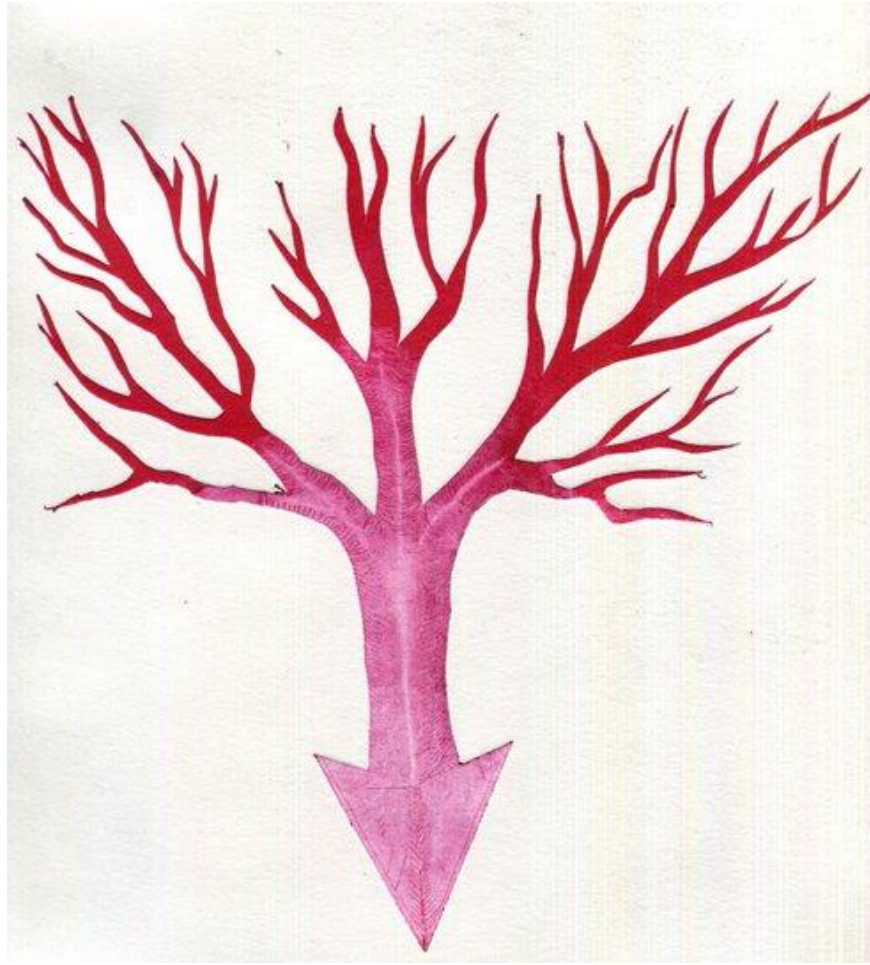


Una perilla, la antena expuesta, la localización de la onda, lo invisible. Ir en busca de lo que se sabe que existe pero no tiene una línea punteada para su seguimiento: la pista. Situarse en la frecuencia que permita escuchar lo que sucede al otro lado.

Pienso en la película música en el cuarto de al lado y algo similar a que el amor es estar en sintonía aún en el paso del tren, seguir tarareando la canción que sonaba en la habitación contigua. La distonía implica estar fuera de tono; estar en busca de la estación perdida: sintonizar el diagnóstico, ir tras la búsqueda de una cura, la solución, el origen, el medicamento, un rastreo hacia el llamado.

---

<sup>i</sup> Las citas incorporadas en cursiva, exceptuando las que se atribuyen a Marta Sanz o Mario Bojórquez, forman parte de la colaboración de Tish Roque, íntegra en los Anexos.



**El recorrido de los caminos inciertos:  
Flâneur moderno<sup>i</sup>**

## Rebobinar hasta la inexistencia de Google Maps

Bea, pienso en las endeble líneas de confianza que nos unen a la distancia. Nos conocimos en un espacio virtual compartido; lo que sé de ti, ha sido a través de los viajes en auto que aparecían frecuentemente en tus textos y nos regalaron crónicas, ensayos, diarios de viaje y algunas ficciones... Retomo lo que como leyentes te dijimos: la reiteración, no es sinónimo de repetirse, sino de identificar una línea narrativa, una promesa, tal vez la aclamada unidad temática; es encontrar el objeto de las obsesiones, quizá un poco de lo que va la escritura: deshebrar las ideas enredadas en la mente y dotarles de cierto orden en la hoja en blanco, trazar mapas, imaginar respuestas (por más imposibles que estas parezcan).

Escribir es dejar de rumiar una idea desde el individuo, desde una curiosidad que sea sostenible a lo largo de un texto o un conjunto de ellos, para el encuentro con otros (textos u ojos lectores). Es trasladarse de un punto a otro, en que eventualmente –insertos en comunidad– arribemos a un lugar en común. Elijo *trasladarse* (moverse o desplazarse de un sitio a otro) y no *avanzar*, pues para efectos literarios no anda menos quien retrocede o quien decide recorrer calles desconocidas, por la ramificación antes ignota, sin importar la dimensión o inclinación del trazo: partir de un punto A, a un punto Z, ante la imprecisión de dónde se ubique el resto del abecedario intermedio.

Pero al mismo tiempo, todo es avante, al frente, acumulación, una bolsa que se llena; cuando se da un paso más en el universo de las ideas, cuando se plantean nuevas dudas (aunque ya existan –incluso sus respuestas– fuera de



nosotros) se *abre camino* entre la maleza. Para la única mente que habitamos, no importa si el mundo ha sido descubierto por completo, antes de derivarse a los apartados del archivo imaginario que es la memoria, toda la información que ingresa es nueva; es ir aclarando la imagen tras la niebla, adentrarse en un sembradío en busca de la cosecha, de un paraje para el descanso o simplemente, saber que se ha llegado *al otro lado*.

Poco importa el medio de transporte físico o mental que utilizamos, hay trayecto aún en la quietud del cuerpo, en las ruedas que nos lleven a recorrer la ciudad, en el cuerpo descansando sobre el pasto, en la respiración que avanza de un punto a A a un punto B, que aunque para esta explicación se simplifiquen, no vuelven a ser idénticos aún en la repetición; cuando la caja torácica deja entrever el proceso de cómo respiramos, los pulmones –imperceptibles a la vista– han de ir cambiando, cuando la flexibilidad y entereza de las fibras que nos componen no son las mismas que las de ayer y cada día volvemos a andar a ciegas en este cuerpo que ya es uno nuevo<sup>1</sup>; en este medio en el que confiamos y creímos que sabíamos conducir, hasta que nos encontramos bajo las reglas y señales viales de un país nuevo, las calles que –antes recorridas– han cambiado de sentido, hasta que reconocemos el desconocimiento de esta cabina que dimos por sentado entender, como si se tratara de un objeto de instructivo único,

---

<sup>1</sup> *Carta de Bea: Estoy cansada de sentirlo todo el día, de dolerlo y sufrirlo porque no puedo escapar de él, ni él de mí y esta constante lucha en la que siempre pierdo. ¡Qué difícil es sentir un cuerpo enfermo! La mayoría del tiempo lo siento en silencio. Cansaría a la gente de escucharme hablar todo el día que siento el corazón, que siento la espalda, que me duelen las manos, que siento el estómago moverse y que a veces hasta escucho la electricidad en mi cerebro.*

donde incluso lo extraordinario, podría ser resuelto en un listado de *preguntas frecuentes*.

Recuerdo tu publicación de hace poco más de un año en alguna red social, la sinceridad con que compartiste el camino hacia el diagnóstico de Fibromialgia<sup>2</sup>, la búsqueda de rumbo que ahora encontraba cierto norte. Esbozaste el camino que había llevado hasta la consulta médica en que nombraron lo otrora desconocido; como un volante sin información, la certeza se vuelve una serie de preguntas sin una respuesta única, pues el diagnóstico<sup>3</sup> no es conclusión, sino línea de partida y no siempre hay un conjunto de características, medicamentos o puntos definitivos. La afección es aún un ente amorfo que no ha podido contenerse en un folleto, un libro, en una caja de porqués y remedios.

Pienso en los mapas y su simbología, en las carreteras y los cruces infinitos, que desde una vista aérea parecen laberintos de alta dificultad, un jardín borgiano de *senderos que se bifurcan*. En un estado entre el sueño lúcido y la imaginación, veo cómo se comienza a desdoblarse el mapa definitivo<sup>4</sup>; asocio el dolor con el frío e imagino que no hay

---

<sup>2</sup> La palabra fibromialgia es el nombre con que se reconoce a un padecimiento caracterizado por sensibilidad, dolor crónico en los músculos y los tejidos blandos que rodean las articulaciones; acompañado además de rigidez, trastornos del sueño, fatiga, ansiedad, etc. Se trata de un neologismo que etimológicamente pretende significar algo cercano a dolor de las fibras musculares.

<sup>3</sup> Carta de Bea: Una va controlando la enfermedad, las medicinas funcionan (a veces) y se va sintiendo dueña de su cuerpo otra vez. Pero todas las mañanas el cuerpo te recuerda que te tocó un cuerpo diferente. Atrofiado. Enfermo. ¡Ay, qué difícil es vivir un cuerpo enfermo!

<sup>4</sup> Al recurrir por segunda vez a esta palabra, caigo en lo imposible de su composición, en su ser hacha que fulmina, guillotina que solo aplica a la verdadera decapitación de lo humano; qué contrario usarlo en lo vivo, a lo que sale de la humanidad y significa la vida en general, las posibilidades que surgen de cualquier conclusión, donde aceptamos que cualquier límite o corte es parcial, hasta ver qué crece del otro lado, qué ramita comienza a asomarse entre el concreto y las construcciones abandonadas, qué ojo de agua vuelve a

otro sitio donde pudiera encontrarse ese mapa, que en un paraje en medio de la nada montañosa. En la melancolía de un lugar lluvioso, en el sereno incesante que después de un rato se va internando en lo más profundo de los huesos; el frío casi eterno, la punzada en la sien como reflejo de la mandíbula que se contrae al tiritar. Vuelvo al mapa, a la esperanza, a la confiada apertura que indique un rumbo cierto. A cómo descubrieron la dislexia de *Pennsatucky* cuando notaron que le resultaba imposible leer un plano (más, tratándose de una ciudad conocida); a la locura de twitter cuando el formato que habría de guiar a los asistentes a un concierto resultaba ininteligible por el exceso de formas, la duplicidad de ciertos símbolos, la superposición de otros, la representación ambigua e inconexa.

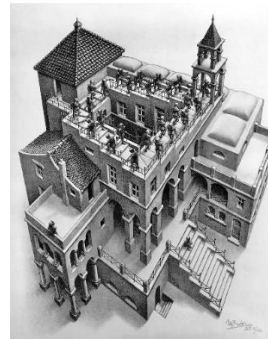
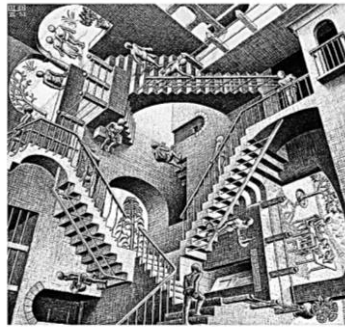
Cartografía sin rosa de los vientos, o de una lengua de ideogramas completamente distintos a los que componen los símbolos que hemos aprendido a decodificar, con la premura de quien sabe que se ha hecho de noche en medio del bosque. El desconocimiento<sup>5</sup> de la enfermedad implica el juego inesperado de encontrar que el mapa es retrato de un cuerpo, reflejo del buscador en que nos hemos convertido; porque la incertidumbre nos hace imaginativos y poetas, narradores, amos de la ficción que aún sin intenciones, comenzamos a crear ideas, historias, el bosquejo de los peores escenarios.

---

*brotar sobre la tierra en sequía, qué retoño –algún día fruto– rebrotará de la planta mutilada. El ajolote es un animal cuyas extremidades pueden regenerarse en caso de ser retiradas, pero hablo más de lo nuevo ante el vacío, de las formas en que el silencio vuelve a llenarse de palabra, sin pretender ser lo de antes.*

<sup>5</sup> *Carta de Bea: Me dicen que no me entienden, que menos me entenderán si no les digo que me duele. Contestó que me duele todo. Todo el tiempo. Vivo con dolor, uno con el que se aprende a vivir, pero que está ahí, recordándote que se queda y no planea irse. ¡Qué difícil es sentir un cuerpo enfermo!*

Lo incierto habita en el pecho, se sienta sobre nuestra respiración, nos gobierna y cuando creemos al fin tener noción de su forma, pareciera que todo fue una trampa en esta narración apócrifa de quien busca una guía y al desdoblarse encierra un cuadro de Escher, con la vacilación y el vértigo de los caminos y las escaleras que vienen y van. José Luis Martínez hace énfasis en la ausencia de las escaleras en la literatura y de pronto todas se reúnen de golpe en la cartografía de dimensiones confusas. Se pretende que el regreso sea el simple despertar pero al abrir los ojos, el consultorio sigue ahí con sus paredes prístinas: el nombre, la revelación. Unos folletos en blanco<sup>6</sup>, como las paredes que pulcras, solo detienen momentáneamente los títulos dinámicos que aseguran la experiencia del hablante como cartógrafo del cuerpo-viajante especialista, mapa que no se sabe aún si conducirá algún lado.



¿Qué sucedió al poner un pie afuera del hospital? Esta podría ser la breve historia del complejo andar a ciegas a través del dolor; un malestar antes de ser enunciado: la promesa de un viaje al sitio donde aún hay terreno escarpado. Algo me remite a *Muerte sin fin* de Gorostiza, a la noción de

---

<sup>6</sup> *Carta de Bea: Una va controlando la enfermedad, las medicinas funcionan (a veces) y se va sintiendo dueña de su cuerpo otra vez. Pero todas las mañanas el cuerpo te recuerda que te tocó un cuerpo diferente. Atrofiado. Enfermo. ¡Ay, que difícil es vivir un cuerpo enfermo!*

lo desconocido, al hombre cuyo camino no está trazado, o lo ignora:

*Lleno de mí, sitiado en mi epidermis  
por un dios inasible que me ahoga,  
mentido acaso  
por su radiante atmósfera de luces  
que oculta mi conciencia derramada,  
mis alas rotas en esquirlas de aire,  
mi torpe andar a tientas por el lodo.*

Cerca de las investigaciones, seguimos lejos de *las verdades*. La incertidumbre nos devuelve a la animalidad de lo primitivo; nos hallamos desnudos<sup>7</sup> de modernidad cuando reconocemos que algo sucede en la casa que creemos conocer; el primer hábito, el único lugar donde podemos resguardarnos del mundo, como si fuéramos ajenos.

### ***Dé vuelta en la rotonda. La glorieta del Ángel de la Independencia es recorrida en todos los sentidos***

En algún *meme* de la tiroides, le preguntan a la mujer si no la había alertado de que algo no andaba bien en su cuerpo –entre otros síntomas– el cansancio desmedido y responde que no distinguía los malestares causados por la enfermedad de los que provoca el capitalismo. Qué manera tan burda de conectar

---

<sup>7</sup> *Carta de Bea: De las cosas más difíciles que tenido que hacer en mi vida es aceptar a mi cuerpo. He estado en una batalla constante, creo quizás interminable, en donde me miro al espejo y no me gusto. Me veo en fotos ajenas y no me gusto. ¿Porque nací con este desapego? ¿Es la enfermedad una barrera insuperable entre mi cuerpo y yo?*

con un Sergio Loo que en *El cuerpo enfermo*, cuestiona, en un paralelismo entre cuerpo, salud - enfermedad, homosexualidad - heteronormatividad, qué es lo anormal (en el sentido más amplio de la palabra, que refiere a lo que entendemos por común); cómo –bajo el cuestionamiento y auscultación del médico– sería capaz de distinguir que algo ha estado cambiando, cuando de antemano tenemos presente que estamos conformados por un conjunto de órganos y sistemas que tienden no a la renovación sino al declive; cómo sabría, en el caso del poeta, que un tumor se iba albergando en la pantorrilla de forma silenciosa, aunque a vista de quien inspecciona con ojo “clínico” de quien dedica su vida a estudiar el cuerpo, resulta palpable o evidente.

Recuerdo en clases de idiomas suelen manifestar que ni los nativos de una lengua podrían describir a cabalidad – o incluso pasar un examen- la gramática de lo que hablan con naturalidad del entorno. A final de cuentas, en la riqueza del lenguaje, maleamos las formas de lo que se nombra, con el fin de que se cumpla el cometido de hacer llegar un mensaje al otro; añadimos vuelcos, eufemismos, el sabor propio de la región y eso no nos hace menos hablantes.

¿Por qué sentirnos los desterrados de nuestro cuerpo, en cuestionamientos propios o ajenos de lo que fuimos dejando pasar? ¿Dónde cabría la culpa por ignorar acciones, formas, movimientos, sensaciones, que en su agregarse paulatinamente, nunca estuvieron fuera de lo que consideramos cotidiano?... si se trata de situaciones con las que hemos ido conviviendo; si tanto tardamos –una niñez, una adolescencia, el camino a la adultez– en medianamente

tratar de no compararnos con las capacidades o habilidades<sup>8</sup> de otras personas.

Si se invita a ir más allá, a vencer nuestras propias dificultades, a no sobre esforzarnos, pero tampoco a conformarnos con el cansancio inicial, a convencernos de que el cuerpo pidiendo tregua es, de seguro, un grito de nuestro sedentarismo reclamando el trono que había ganado. En este tiempo de *body positive* pero también de los gimnasios, la flexibilidad y el pensar que todo parte de una buena actitud, me quedo con la reivindicación del descanso; con la necesidad y el derecho de estar quietos, la posibilidad (sin juicios) de atender solo a lo involuntario del cuerpo; así sin una justificación, pero con toda la exigencia, cuando la anomalía se expande y grita hasta lo imposible.

¿Es el dolor un llamado desesperado a la pausa, en tiempos de *productividad*? En *Desmorir*, Anne Boyer señala que: *Todo cuerpo sintiente es un recordatorio de que mañana no es hoy. Quizá sufrir el dolor sirva para algo, o sirva para algo más que nada: la educación del dolor es una educación en todo y un recordatorio del todo de la nada.*

¿Hay quietud en el dolor-espasmo? ¿Qué hay del reposo obligado? ¿Cómo se configura la percepción del dolor ante su presencia exacerbada?

---

<sup>8</sup> *Carta de Bea: Digo con orgullo que ya no usaré pantalones que me restrinjan. Me causan un dolor tal que quiero arriscármelos al instante de ponérmelos. Es orgullo enmascarado, uno disfrazado de entender la enfermedad que te habita. En cambio, mis pantalones me atormentan desde el closet. Me recuerdan el cuerpo que tuve, y el que tanto me pesa ahora. Me rehúso a poner la enfermedad como pretexto para aceptar a mi cuerpo porque en realidad ha sido la barrera más grande. Sentir un cuerpo enfermo es agotador. ¡Que agotador es sentir un cuerpo enfermo!*

## **Los letreros sobreviven ciertos huracanes. Si el mar se tragara las carreteras...**

*Los agotados siempre se están esforzando, incluso cuando no quieren, incluso cuando están demasiado agotados como para llamar esfuerzo al esfuerzo o pensar en él de ese modo.*

*Anne Boyer*

Nos hemos convencido de que parte de la crisis de los 30 es el conjunto de malestares físicos y emocionales que llegan al celebrar la tercera década de existencia. No se despierta un día sintiendo de golpe los achaques que modifican la ligereza de la vida como se conocía.

Obviamos que hay crisis a las que hemos sido bienvenidos por anticipado: una cadena de síntomas no atribuibles a la edad. El rompimiento; la estabilidad o lo que dimos sentado como norma, se quiebra para su estudio forzado. Una vasija que se rompe, nos hace plantear más preguntas que cuando existía en la totalidad de su entereza; rebuscamos en los fragmentos las terminaciones que ya le hacen imposible pertenecer a lo que fue; comparamos el filo de las esquirlas con la suave línea que antes conformaron, moldeados a fuego lento, objeto que fue contenedor y estética; la función visual y utilitaria de sus formas<sup>9</sup>.

\*

Pero el exterior es tan impredecible como las carreteras con puntos llenos de cruces, como los automovilistas cuando rompen la sincronización de nado urbano y su acto termina en la colisión con otro objeto (sin importar su persistencia

---

<sup>9</sup> Carta de Bea: *¿Qué se sentirá habitar un cuerpo sano? Envidio los cuerpos enteros que no se sienten a diario. Levantarse de la cama para sentirse pleno, cansado si, quizás por la cotidianidad que nos rodea, pero pleno. Sin la necesidad de sobarse el cuerpo para que vaya despertando, para apaciguar el dolor constante.*



móvil o estática). Uno da por hecho la existencia de las carreteras, de los caminos que se abren entre las montañas, como si siempre hubieran estado aquí y solo la construcción o reparación de una nueva nos hace comprender un poco de lo que hoy descansa bajo el asfalto. El mar, un huracán, la tierra sacudiendo su lomo despernado del letargo; los factores externos a la previsión humana por la edificación de nuevos caminos, nos hacen mirar las viejas fotografías, donde el hoy conducto no era nada.

Siempre es una nueva ciudad la que recorreremos en nuestra versión de *flâneur* moderno; las andancias móviles limitan la visión a la vida que cabe entre las ventanillas y los retrovisores, que siempre advierten el engaño a nuestra percepción cuando rezan: *los objetos pueden estar más cerca de lo que aparentan*. Los letreros siguen donde siempre y en caso de accidentes reiterados, van sumando señalética que busque hacer de prevención. Los factores externos nunca son inamovibles y añaden lo sorpresivo el juego vial que nos advierte que a pesar del *debería*, todo está cambiando.

Una vez en pie, fuera de cualquier medio que cumpla la función de transporte, reconocemos lo que hay en la siguiente altura de la calle que se extiende verticalmente para sostener a la ciudad tambaleante de anuncios y ventanas abandonadas. El cambio de perspectiva hace que la ciudad renazca<sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> *Carta de Bea: Ahora me presento con un adjetivo extra: ENFERMA. Ahora soy otra. Habitada por un cuerpo enfermo, que duele, pero que al final, es mío y no hay escapatoria.*

## Las señales preventivas (amarillas) prescindien del lenguaje escrito

*“No hace falta entrar en las tinieblas de ceniza de un bosque consumiéndose para sentir el ahogo.*

*Respirar, intentar digerir y respirar las resinas, la melaza, los granos de polen. Restos de espinas y durezas, gotas de heces de la miel.”*

*Alejandro Tarrab*

¿Cómo podríamos reconocer que nuestro umbral del dolor sea más corto que el de otra persona, si no hay comparación precisa? Conforme crecemos tenemos oportunidad –o eso creemos– de socializar la información, hacer contrastes de las vivencias, construir parámetros mentales a lo largo de los años, hablar a través de la unidad de medida que en años más tempranos, la madre hubiera traducido ante el médico. ¿Qué referencias existen del dolor, de los sentimientos, del cuerpo, más que la experiencia propia? Le Bretón señala que: *soportar el dolor en el propio ser es contradecir lo inaprensible, someter a la propia voluntad lo que aplasta al individuo corriente y lo deja sin más voz que el grito.* Tampoco resulta aplicable la medida de los decibeles, ¿qué hay del grito interno? Recuerdo haber escrito:

*Kurt lo entendería,  
él sabría del llanto que nace  
en la boca del estómago:  
el grito ahogado, la furia.  
Las palabras descansan en el vientre.  
Las palabras estallan en la boca  
cuando se devuelve el mundo  
que no pudo digerirse.*

*La paz no existe cuando el ácido  
acaba todo rezago de silencio  
y necesita romperse el efecto  
del veneno corrosivo, con la voz,  
el grito hablando en acordes  
a través de la guitarra rota,  
las libretas de los garabatos.  
Las libretas de una sola pieza,  
en que buscas unir  
el ser desperdigado en  
los suelos y los días.*

*Intentas entenderlo todo y no eres más  
que la viñeta, nudo en la garganta ronca:  
monstruo, tu única defensa es el grito*

*escribir canciones para calmar  
esta hambre de cordura.*

En Diario del dolor, María Luisa Puga va más allá del retrato; asigna un personaje a la Artritis Reumatoide Inflamatoria que le aqueja. Sustituye al dolor que ésta provoca, por “gato” y el yo lector avanza con la clave de lectura. Como el texto entre paréntesis, encierra una explicación de la que puede prescindir el texto principal. ¿Es posible, saludable o necesario sustituir el sustantivo antagónico pero propio como respirar? Marta Sanz enuncia en ‘Clavícula’: *Quiero domar el dolor como si fuera un animal salvaje. Prefigurar la dentellada amarilla. No sé si mi táctica servirá o, por el contrario, el efecto de prepararse para el futuro siempre resulta nocivo. Apesadumbra. Infecta.* Renombrarlo o personificarlo le independiza de nosotros para su análisis. Lo extrae momentáneamente; le cambia de la cómoda habitación del cuerpo; a la casa que nos resguarda, con espacios más abiertos, a la vista de nosotros.

El juicio de lo que se introyecta podría confundirse con la sentencia sobre el propio cuerpo que le contiene; entonces María Luisa Puga deja de ser dolor –en lo que sus días se han convertido– para ser observadora. Usa el gato como símil, por la convivencia con su mascota, impredecible y escurridiza, El dolor que no se ubica en ningún lugar específico, en un órgano al que se le pueda indicar una dosis de analgésico, un tumor que pueda extirparse como quien dice *afuera*, se convierte en algo sólido, único y tangible a través de la metonimia. Se vuelve agotable y finito –aunque sea en las posibilidades que la literatura permite– cuando asevera:

*Se ha terminado mi etapa conmigo. No tengo más que decirte y lo que tú dices es repetitivo. Me quiero ir a otras zonas de la existencia y tengo que cerrar este diario. Necesito que entiendas que este ciclo se acabó. Puedes no irte de mí nunca, peor de mi escritura sí te vas a tener que ir porque ya terminamos contigo*

Ante lo complicado de trazar un lenguaje o señalética aplicable a lo diverso, el primer paso quizá sea hacer comunidad, salir de uno para reconocerse en otros; buscar entre la diversidad de las ciudades.

### **En tiempos del GPS (Sistema de Posicionamiento Global)**

Para recorrer la ciudad, no basta la intuición, el espíritu animal en busca de alimento: es necesario el mapa, la ubicación, el recorrido previo. Pero alguna tuvo que ser la primera vez o lo son todas: nada es conocido ante lo que cambia. Siguen sucediendo accidentes en los mismos puntos de la carretera: el trazo sobre el asfalto, se envuelve en otros

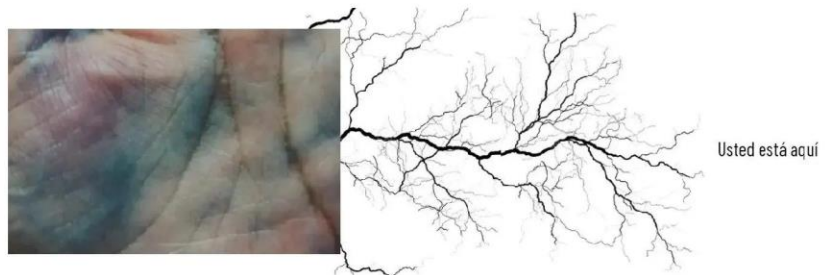
factores; el reconocimiento de las direcciones designadas en los nuevos señalamientos, el trazo de las carreteras.

Pienso en Conjunto Vacío (Gerber, Verónica): en los espacios para los que –no es que resultan insuficientes las palabras– al complementar con ilustraciones, lo acerca a nuestro entendimiento. ¿Lo acerca o es una ilusión? ¿Dónde se posiciona lo que no tiene un punto cierto?

---

<sup>i</sup> *Las citas incorporadas en cursiva, exceptuando las que se atribuyen a los autores ahí señalados, forman parte de la colaboración de Beatriz Manguen, íntegra en los Anexos.*

HABITAR



## **Postales<sup>i</sup> desde la liminalidad**

## **o. Coordinada o: ¿Por qué ensayo en estas postales?**

Una mujer ensaya literaria y visualmente acerca de su enfermedad. Se sitúa en los confines de la incertidumbre, repasa los caminos en los que ya no está, envía postales atemporales con que fue conformando el panorama del diagnóstico. Dana intenta dibujar una línea de tiempo, ir marcando lugares, aunque parezcan sitios de distintos mapas que se superponen; como el cuerpo, que al ilustrarlo para su entendimiento, se conforma por sistemas que podrían visualizarse como distintas capas que no pueden separarse una de la otra, por su interrelación no pueden aislarse en la periferia de la individualidad.

Ensayar implica el arte de practicar, de labrar la materia, no inventar a partir de la nada sino tallar material que existía previamente; comenzar a dotar de aparentes dimensiones algo que antes no lo tenía, modificar sus caras, multiplicarlas, trabajarlas al punto en que no se sepa reconocer los límites inicialmente burdos del trozo de madera y arcilla que pudo haber sido, o las ideas sueltas y enmarañadas en diversos rincones de la memoria. Que en las líneas nuevas que conforman la pieza, no queden rastros de la estructura que le sostiene... pretender que el descubrimiento sea tan sólido hasta parecer que esto siempre estuvo escrito y solo hacía falta su develación.

Intento no ensayar sobre el ensayo. Espero esto no sea dar vueltas alrededor de un tema –la enfermedad– por miedo a acercarme; hay precaución al asomarme en lo que no me pertenece, únicamente para dejarlo a la vista de todos: trazar los caminos de Dana.



## 1. Bosquejo de un mapa

*Nunca la reproducción de lo ocurrido ha bastado para comprenderlo. Para conseguirlo es menester generar una distancia, motivar una implicación mediada que permita encajar el dolor compartido. Esto es precisamente lo que hace el arte.*

*Ignacio Padilla*

Hablas de reivindicar la horizontalidad. Virginia Woolf se atrevió a hablar de su propia situación al decir: *dejamos de ser soldados del ejército de los erguidos; nos convertimos en desertores. Ellos marchan hacia la batalla. Nosotros flotamos con las ramas en la corriente; mezclados con las hojas muertas del prado, irresponsables y desinteresados y capaces, quizá por primera vez en años, de mirar a nuestro alrededor, de mirar hacia arriba: de mirar, por ejemplo, al cielo.*

Pienso en mi madre, quien dice no entender mucho de literatura, pero ha construido metáforas en el consultorio del médico intentando explicar la forma en que su piel y cada una de sus venas percibían la sensación de desdoblarse hacia afuera, de querer vomitar no un alimento sino un malestar, tal como el estómago rechaza algo que enciende las alertas del peligro, de lo incómodo, de lo descompuesto, de lo que no reconoce como suyo. Pienso en la propuesta de Woolf por reinventar el lenguaje, acrecentarlo para ampliar las posibilidades de describir al dolor, para que a otras personas les sea posible reconocerse en esa escritura.

Viene a mí la caja de postales de Dana, y la negación de sus médicos ante lo evidente, por los síntomas que no aparecían en el listado *oficial*, mientras ella decía: *miren cómo palpitan mis venas, serpentean bajo los relieves de esta piel;*

son un tren que avanza entre el músculo y la dermis. Van dejando marcado el trayecto al lugar que, aunque desconocido, me ha recibido una y otra vez.

Anne Boyer quería aprender a dibujar mapas para cartografiar la enfermedad: *publicaría un atlas ilustre de geografías infernales en el interior del cuerpo en múltiples formas de dolor, así como las ciudades, guerras, innovaciones agrícolas y erupciones topológicas que tenían lugar allí*. Aquí partimos de las fotografías, las notas sueltas, el retrato de tu cuerpo, las órtesis <sup>1</sup>con que se apoyan sus movimientos.

¿Qué palabra logra etiquetar correctamente los sitios de donde surgen estas postales de lo liminal?: estaciones, ciudades, intersecciones y cuando se está en ningún lugar, esto se acerca más a un punto en medio de la carretera, lejos de la civilización, a una roca en medio del mar, un puente del que no se vislumbra el otro extremo.

---

<sup>1</sup> Una órtesis es un dispositivo externo que sirve de ayuda y soporte en diferentes zonas del cuerpo que lo necesitan. Por lo tanto, son todos esos aparatos, dispositivos, ayudas técnicas y soportes que pueden corregir o facilitar la acción de un movimiento.

## 2. Postal 1, de Dana: Estación dolor

*¿Cómo se comunica una niña? Una niña que apenas habla.*

*¿De qué manera expresa una niña el alud de sensaciones extrañas que emite su propio cuerpo como si fuese una radio descompuesta?*

*¿Cómo distingue la misma niña entre un berrinche y una parestesia<sup>2</sup>? Más cuando ambas la incitan a tirarse en el suelo frío y a sacudirse con vehemencia hasta que la cara se le pinta de tonos púrpuras.*

*Tal vez, mi primera palabra debió ser Neuralgia, pero neuralgia no existe en una ciudad tan pequeña como en la que nací. Mis papás no podrían entenderla, los adultos no podrían pronunciarla. Todos dirían, en cambio, lo de siempre: “¡chillona!”, “¡exagerada!”. “¡Debiste haberte llamado Dolores!”. No importa qué tan pequeño sea el pueblo, siempre habrá una Dolores.*

*¿Qué se le dice a una niña de escasos 4 años, que no entiende la palabra síntoma?*

*¿De qué manera se le podría explicar la palabra neuropatía?*

---

<sup>2</sup> El término parestesia se refiere a una sensación de quemadura o de pinchazos que se suele sentir en las manos, brazos, piernas o pies y a veces en otras partes del cuerpo.

### 3. Esto que ahora es volcán

Los caminos se cimbraron. ¿Qué es un temblor sino un trayecto hacia ningún objetivo? Nadie ha podido predecir el desplazamiento de las placas tectónicas. No hay proyección de los sismos; la prevención se habla desde el actuar social y la planeación de las estructuras para prevenir derrumbes: caídas de edificios y humanos.

Tu cuerpo no estaba preparado para el desajuste que implica un terremoto, para el palpar de los caminos. Las placas, al estrellarse, logran dibujar los bordes en el espasmo: grieta, surco. El Río de la Lumbre hace de paso a la lava en la erupción del volcán de Colima.

Ni la tierra estuvo preparada. Y sin embargo... estamos aquí, sobre el volcán activo. Siempre en el borde.

#### **Postal:**

*Una afirmación que busca proteger a esa persona que alguna vez fueron, la identidad que existía antes de los síntomas: No soy mi enfermedad o no soy mi dolor, igual a: “no soy débil”, a “sigo siendo una persona normal” (cualquier cosa que eso signifique). Simples golpes a la puerta de un mundo al que ya no tienen permitido acceder.*

*Las enfermedades crónicas, [...] permanecen el resto de la vida. En la mayoría de los casos traen consigo un dolor que también permanece. [...] la frase que resulta irritante a las personas con una enfermedad crónica es sin duda “que te recuperes pronto”. La palabra crónico no parece significar nada en el ámbito cotidiano.*

#### **4. Coordenada o. Dilatación gravitacional de los cuerpos en cama.**

Recuerdo tu primera postal. Jugando con las luces que entraban por la ventana. El pie de foto pasaba de la descripción a lo poético y ensayístico.

*Según la teoría de la relatividad, el tiempo, al igual que el espacio, es una dimensión que se mide y se recorre. Por lo que cada cuerpo, en reposo o en movimiento, observará que todas las personas tienen su propio "aquí y ahora", en referencia a otros cuerpos.*

*Mis piernas y las ruedas recorren el espacio-tiempo, pero en reposo, me muevo sólo en el tiempo. Los cuerpos en movimiento constante, los que suben al transporte, trabajan, cumplen con sus obligaciones, observan en sus relojes que el tiempo transcurre más despacio. Para ellos, encontrarse con el atardecer resulta una sorpresa. Se les fue el tiempo, midiendo el tiempo.*

Cuando la necesidad de escribir se ha vuelto tan propia como esbozar una sonrisa ante un acto tierno o divertido, basta cualquier impulso para alentar el reflejo de retratar al mundo con imágenes propias.

*En cambio, para los cuerpos adoloridos y en reposo, como el mío, el tiempo es relativo. Lo único absoluto es la luz que se cuela por la ventana. Es decir, que los cuerpos que estamos sujetos al campo gravitacional de una cama, no miramos relojes. Es nuestra conciencia la que va avanzando hacia el futuro.*

A veces los detonantes son sutiles y luminosos, casi decorativos, como una bengala encendida en espera del año nuevo. Otras veces la palabra es resultante del choque de dos situaciones, dos realidades, dos esferas de pensamiento, dos

textos que contrastan y responden sin saberlo, comenzando una discusión imaginaria en la mente. Esa es la chispa a la que refieren quienes encuentran cómo replicar el fuego.

*En cama, las estaciones se sienten con los huesos, no con los calendarios; las alarmas suenan al ritmo de los anticonvulsivos y, resulta fácil confundir los relojes con los oxímetros. Juan llega, cuando se pone oscuro. Es fin de semana, cuando ya no lo veo.*

En otras ocasiones es una luz exterior, un sol que se asoma a través del lente propicio, del cristal, del fondo del vaso y multiplican la iluminación sobre objeto donde se posan. Cuando la luz es tan focalizada, incide en nuestros ojos-cristal, logra incendiar las hojas secas y otras señales de cierre de estaciones. Otras, un cigarro tirado al olvido en las orillas de un bosque, que solo necesita de otra voz, aliento, viento, para envolverle en llamas, para jugar competencias con el sol, intentando arañarle las costillas.

*Acostada, las alegrías o el dolor comprueban la teoría:*

*el tiempo no existe.*

*Netflix pregunta: ¿Sigues ahí?*

*El cuerpo en reposo, es sólo existencia.*

## 5. Coordinada 0. En algún punto en medio de la carretera

Encuentro sitios de internet con lo que denominan espacios liminales. Me siento identificada con el no estar, con lo intermedio que representan, pasillos, terminales, aeropuertos, lugares en los que se ha estado en sueños, un sitio vacío disonante con la realidad, la transición.

*Si jugamos con aquel concepto de Susan Sontag de su libro *La enfermedad y sus metáforas* en el que define a la enfermedad como el lado nocturno de la vida, un pasaporte malo, también podríamos decir que el proceso diagnóstico es una mudanza forzosa, llena de cajas con recuerdos y muebles pesados que nadie quiere cargar, un trance entre una ciudadanía y otra.*

¿Hacia dónde van las enfermedades crónicas que en su andanza, encontraron sitio en nuestro cuerpo y se sintieron cómodas hasta ir ganando espacio? Esto es la enfermedad o el camino incierto hacia su diagnóstico o lo que no es enfermedad pero es incapacitante, que Le Bretón describe como: *Ni enfermo ni sano, ni muerto ni del todo vivo, ni fuera de la sociedad ni en su interior*

*La enfermedad, esa ciudadanía más cara, el lado nocturno, el amanecer inesperado; la abrupta ruptura del sueño inconsciente que te escupe con la conciencia extraviada hacia un nuevo tiempo y un incambiable espacio. Las personas enfermas, se sumergen en un lago, donde el agua cubre su cuerpo, mientras su nariz y ojos se mantienen en la superficie, inmersas en la eminente alteridad de su nueva existencia. No están ni cerca, ni lejos de la orilla, sino divididos entre dos mundos que pone en peligro el sentimiento de identidad. El vaivén de la liminalidad, un barco sin navegante.*

Anne Boyer habla de sobrevivirse, de la forma en que escribe por otras que no lo hicieron que no lograron “ganarle la batalla al cáncer”. Coloca las comillas y habla ampliamente de esa lucha, ironiza sobre la frase, resalta que es dicha como si una de verdad tuviera la voluntad sobre lo que nos enferma, la causa entre las manos; que estamos a un perdón de ser curadas<sup>3</sup>.

*Por lo mismo, no podríamos pensar en la enfermedad y el dolor crónico como una transición institucionalizada en donde cada persona puede obtener un carnet que lo identifique como nuevo habitante. Debemos observarlos como un conjunto de fenómenos culturales y prácticas que pertenecen al ámbito de la liminalidad y persiguen el objetivo de la construcción de significado, identidades y de sujetos políticos activos.*

¿Qué somos quienes experimentamos el punto intermedio? El dolor, el de la incomodidad eterna, la desconexión anormal que ocasiona quizá otro tipo de muertes, como desaparecer por temporadas de la faz de la tierra; guardadas en la *seguridad* de las cuatro paredes, con la tecnología (si acaso) como ventana al mundo.

---

<sup>3</sup> Hablo en femenino porque el rasgo de culpa, casi implantado en la médula ósea, nos alcanza cuando la voluntad es maleada por el sistema al que pertenecemos, porque muchas decisiones, crianza, promesas, no dependen de nosotras y también nos llega hasta la enfermedad, hasta la incapacidad... el momento en que menos somos de nosotras y un poco más de lo que el sistema ofrece, la atención con todo y los juicios, sesgos y señalamientos inventando síntomas, con todo y la deficiencia de recursos que alcancen para la gente y su diversidad.



## 6. Postal: Lugares sin título.

*“She’s gone, my Love is gone”, escuché en mi cabeza, no en mis oídos. No había ni un sólo sonido alrededor. Menos un aparato, una radio, un televisor, nada era capaz de emitir esa música, sumamente clara, sumamente aterciopelada. Era como si el mismo Mark Lanegan y su banda se hubiera mudado a mi cabeza. De pronto, la nada. Una especie de apagón en mi cerebro me hizo perder el poco control que tenía sobre mi cuerpo. Regresé sudada, llena de contracturas musculares que se sentían como lanzas clavadas en mis vértebras. Comencé a llorar, lo supe porque mis lágrimas humedecieron mi cara y cuello, algunas escurrían hasta a los oídos. Pequeñas y molestas inundaciones. La incapacidad desesperante.*

*Miré el rostro del amigo que me cuidaba con cara pálida y llena de miedo, en ese momento me pregunté: ¿Esa es la mirada con la que despedí a mamá?, ¿con la que ayudaba en los cuidados de la tía, de la abuela, de mi mejor amiga? ¿Esta también es la crónica de otra muerte anunciada? La mía.*

*Tantas cosas pasan por tu cabeza cuando una parálisis extraña se aferra a tu cuerpo y te impide la comunicación con los otros. Esos segundos o extensos minutos de conciencia e inmovilidad, me forzaban a asomarme al pozo sin fondo de mis preguntas más existenciales. ¿Yo me provoqué esto?; ¿cómo fue que entré?; ¿cómo se supone que saldré?*

*¡Yo no me hice esto!, lo sé, pero ¿cómo lo compruebo?; ¿será tal o cual enfermedad?; ¿serán las dos?; ¿cómo se supone que confíe en mí, cuando no tengo las respuestas a lo que pasa en mi cuerpo?*

*Un pestañeo es sí, y dos son no. Fue el sistema que implementamos en casa para que pudiera darles algo de información a las personas que amablemente me cuidaban. Soy oaxaqueña, pero desde la universidad migré a la CDMX, y aquí me quedé, confiando en la gente y en los lazos que había formado por 18 años. Tras más de la mitad de mi vida siendo una mujer independiente y autónoma, me había convertido en una muñeca de trapo a la que había*

*que cambiar de lado de la cama, para evitar que se descosiera algo, ya fuera por parálisis o por la fatiga que me impedía respirar. Pero con la fatiga mental las preguntas y teorías se apagaban. Mis preocupaciones más mundanas, las personas a las que amo y aquel chico del que me había enamorado meses atrás desaparecían. Sin pasado, sin presente, sin futuro. Era una levadura de masa doliente, que respiraba, respiraba, se asfixiaba y volvía a respirar.*

*“Los animales contraen enfermedades, pero sólo el hombre cae radicalmente enfermo”, afirma el neurocientífico y escritor Oliver Sacks, al iniciar su obra, El hombre que confundió a su mujer con un sombrero. El autor analiza diferentes casos de sus pacientes con trastornos neurológicos, especialmente aquellos que alteran el Yo, y al reconocimiento de la realidad. Según Sacks, nuestra identidad es una construcción dinámica y multifacética que se forma a través de múltiples influencias, incluyendo nuestra biología, nuestro entorno social y cultural, y nuestras experiencias personales. En este sentido, Sacks ve a la identidad no como algo fijo e inmutable, sino como algo en constante evolución y cambio.*

*Durante los primeros años en cama, viví el cambio de una corporeidad a otra, una metamorfosis casi kafkiana. Cada acción que le ordenaba a mi cuerpo se volvían pensamientos conscientes, pero no movimientos, que antes daba por sentado. Aprendí que el cerebro tiene mecanismos complicados. Entre el pensamiento y el habla, hay un mundo de distancia; entre el habla y la escritura, todo se vuelve más enmarañado. ¿No habría sido mejor convertirme en cucaracha?, pensaba, sin ninguna expresión; y me causaba gracia recordar que esa misma tarde, mi jefa me había mandado mensajes que exigían mi renuncia. Reí, sin ninguna expresión. ¿Kafka sugería que las cucarachas, eran los otros?, reflexioné, sin ninguna expresión.*

*Esos años, hasta ahora, han sido los peores años que “La Bestia” me ha otorgado. La Bestia, fue el nombre con que bauticé a la sintomatología, en honor a el clásico del country, The beast in me (La Bestia en mí) de Johnny Cash. Hubo quienes sugirieron que era un nombre feo, dejaron de decirlo cuando me veían en un mal día. Además,*

*La bestia, que describe la canción, no siempre es la villana, a veces, como Sacks describe a las personas enfermas, es víctima, heroica, mártir, guerrera. Lo devora, y lo vomita todo.*

*“La bestia en mí, ha tenido que aprender a vivir con dolor, y a resguardarse de la lluvia. (...) A veces trata de engañarme, que es sólo un osito de peluche. E incluso, de alguna manera, logra desaparecer en el aire. Y ahí es cuando debo cuidarme, de la bestia en mí”. (Jhonny Cash,1994)*

*Partir de la idea de que toda mi vida experimenté un cuerpo múltiple, como lo plantea la etnógrafa y filósofa Annemarie Mol, quien sostiene que el cuerpo humano no es una entidad única e inmutable, sino que está compuesto por múltiples "cuerpos" que se solapan y se superponen en diferentes momentos y contextos. Mi cuerpo, aún manteniendo casi su misma figura, su esencia ha sido diferente a lo largo de los años. Al principio era una niña sin diagnóstico, culpable de sus males, hasta demostrar lo contrario. Después me encontraría como una mujer adulta, histérica, arrojada en la desolación de mi cama. Al principio, me preguntaba si yo sería uno de esos casos de éxito, ¿iría como Coaching por la vida, diciéndole a los demás que el poder de la sanación está en uno mismo?. Y, aunque, la idea me repugnaba, otra parte de mí lo veía como esperanza.*

*Con el tiempo, aún en los más difíciles, aprendí que en la cama se puede hacer de todo. Por ejemplo: un paseo, un café con las amigas, enamorarse y bailar un vals, amar hasta con los huesos, y sentimientos arrítmicos. Todo a la vez. Igual, me rompían el corazón, aunque a veces las bradicardias, hacen una pausa dramática a los duelos que no son del cuerpo. Mi vida enfrentaba su propio fin, y su nuevo comienzo, y no había más que admirar el paisaje. En la cama, la tierra es plana y se le puede dar la vuelta en 800 insomnios. No sales, pero igual vagabundeas por rutas que bien pueden ser imaginarias, o no. ¿Llegué?, ¿Me fui?, si la humanidad evolucionó para caminar, yo ¿desevolucioné?*

*Mi cuerpo mutaba, tal cual como el diagnóstico certero lo confirmó. Había nacido con una mutación genética. Ya no era percepción mía, como muchos médicos*

*lo aseguraron. Se me concedió el milagro de la credibilidad. El mundo me daba permiso, casi me otorgaba el derecho de mi existencia como enferma. La enfermedad como derecho, el sello en el pasaporte malo, que en el mejor de los casos te lleva a un tratamiento, en el peor, el más común, no habrá nada que hacer, y te convertirás en un conejillo de indias. Te recetan medicamentos a la suerte, que muchas veces hacen más mal que lo que ayudan, medicamentos que nunca se testearon en los cuerpos de las mujeres. El derecho a la nada. Sólo el sello, de que no mientes. El recordatorio exacto de que la lucha nunca fue contra tu cuerpo.*

*Los cuerpos múltiples, de Mol, pueden ser entendidos como diferentes configuraciones de sensaciones, percepciones y experiencias corporales que emergen en respuesta a los cambios en el entorno, la enfermedad, la cultura y otros factores. Cada cuerpo se compone de diferentes partes, funciones y sensaciones que pueden no estar siempre en sintonía, lo que puede generar un sentido de fragmentación y complejidad.*

*Boone (2022) dice que recibiendo el diagnóstico empieza verdadero camino del enfermo, ya no importa si es comprobable o no para la ciencia y la superstición, que sea avalada por sabios y la colectividad. “Ninguna curación empieza con las palabras ajenas, así provengan del curandero, sino con la creencia de que el sendero hacia la salud puede transitarse, hacerse propio”. Así, el diagnóstico nos hace emerger del submundo de las percepciones al de la experiencia humana, a la “zona narrativa” de la universalidad.*

*Con los años en cama, he dejado de verla menos trágica y más política. He conocido más mundo gracias a las personas con enfermedades crónicas, de las que me he acompañado en las redes sociales. Empecé a notar que la virtualidad no era sólo una herramienta, sino una extensión de mi cuerpo, para no desaparecer en narrativas ajenas. Comencé a apropiarme de mi historia por primera vez: enferma, triste, con estrés postraumático por maltrato infantil, pero, sobre todo, por el maltrato médico. Autónoma, depresiva, alegre, cansada, confundida, apenada.*

*Aprendí la diferencia entre taquicardia y ansiedad, y como a veces se mezclan. También, ha sido un proceso*

*largo no llamarle estrés o depresión a mi gran gama de dolores. Aún puedo sentarme sobre lápices pensando que la sensación y el dolor son psicomatización. Aún se me clavan cosas en los pies y lo confundo con parestesias. Estar sola en cama puede ser caminar por las rutas del aburrimiento, la nostalgia, o bien sentarse en un parque en pleno atardecer. La bestia, se pone creativa, a veces es el laberinto quieto, el hilo, otras Ariadne y algunas Teseo. Me pierdo con ella, jugamos a la cuerda con el hilo, extrañamos a Teseo, y a veces, Teseo sólo está en los medicamentos, las compresas, el clona, las ortesis, la weed. La bestia combate conmigo a la bestia, y nos ponemos a llorar por ella. La bestia en mí, soy yo.*

## 7. Postales de la infancia

*La cicatriz de la infancia, así como la de aquello que  
la precedió y se expande en el sonido nocturno,  
será el electroencefalograma plano.  
Pascal Quignard*

Comencé a escribir cartas por un consejo para hacer ensayo sin perder la perspectiva desde la que se habla o a quién se dirige. Más que un descuido, el error sería por la timidez o el miedo, o el querer salir corriendo de mi propio escrito, porque el ensayo es antes que nada, hablar en primera persona, a partir de lo que uno piensa, exponer la conexión mental que le ha llevado desde esa línea del poema hasta el punto que brilla en la antena y se distingue en medio de la noche, pero también pudo haber sido confundida con una estrella que mostrando en desfase los últimos y rojos años de su vida.

Tal vez ocultaba en un nosotros o en una tercera persona a la que atribuí la acción, el pensamiento o la tempestad, para no sentirme expuesta. Pudo haber sido el miedo de alzar los ojos y hablar de frente, tratando de ponerle nombre a los sentimientos, como quien agacha la vista y mira de reojo la expresión corporal del interlocutor, para no ser vencido con la expresión de la mirada que puede ser más sincera que la alineación errática –o de una amabilidad predeterminada– de las palabras, un *no te preocupes, todo va a estar bien, todo pasa*.

Así comenzaron las cartas sin destinatario; presentí que nadie sería capaz de descifrar las notas de esta angustia, pero me daba la tranquilidad de que la palabra estaba llegando a algún lado y que no iba a morir ahogada en mi

intento fallido por contener el llanto. ¿La carta que no cumple su misión de llegar al otro, se queda en diario? En las cartas

¿A quién enviaría cartas la niña que llora y su dolor resulta juzgado por desconocido?

*¿Cómo hablarle de fallas ortográficas en su código genético a la niña que aún no sabe leer?*

*¡Vuelta a la izquierda! ¡Vuelta a la derecha! ¡A la otra derecha Daniela! gritaban los maestros, mientras mis compañeros se reían. La operación me resultaba casi imposible. Mamá me reprendió cuando marqué mis zapatos, a uno le puse una letra “D” y al otro una “I” para evitar los constantes errores cardinales. Los zapatos se los llevaron al bolero, por con los tenis no hubo nada que hacer. La “D” y la “I” abarcaban casi todo el frente, usé plumones de aceite por si llovía. Los había arruinado, dijeron, pero hasta la fecha yo sigo sin saber que es derecha e izquierda. Esta falta de ortografía, mi falta ortográfica en el gen X, no distingue direcciones.*

*¿Qué se le dice a una niña que no encaja, ni a la hora de las formaciones escolares?*

*Irónicamente, aprendí a leer y a escribir rápido. Mi padre se esforzaba a gritos y lapizados para que mi letra fuera linda, todavía lo es, aún con los dedos luxados. Lo cierto es que las faltas ortográficas nunca faltaron ni en mi ADN, ni en mi vida, lo peor, sigue siendo poder detectarlas mucho tiempo después de escribir. Tal vez, por eso fue que hasta los 34 años di con la mala transcripción en el libro de mi genética.*

*Escribí 100 veces en mi cuaderno Villarreal, con “e”, porque insistía en escribir mi apellido VILLARRIAL, con “i”. Otra plana, me decía mi maestra. Luego fue la palabra Iglesia, no INGLESIA. Estoy segura que laico lo hubiera escrito bien.*

*¿Cómo decirle a una maestra de primaria, que no era una errata, sino una protesta en la sangre?*

## **8. Coordenada de lo liminal: la mente entre la niebla**

Te escribo de nuevo desde este no lugar. El recorrido de este pasillo. Se ve una habitación donde distingo un letrero borroso que supongo –o mi inconsciente nombra– como diagnóstico. No hay pasillo más largo que aquel cuyo final parece diluirse en otra temporalidad o densidad. Hay algo otras la pared de agua; el acuario abandonado; los peces de *Salón de belleza* de Bellatín muriendo en el entorno acuático infectado por sus propias respiraciones.

Han dicho que otros no nos mienten, que sólo lo hacen: mienten, aunque quizá su actividad se acerque más a proclamar su verdad (la única que conocen) como si fuera una sentencia. Pero él habló desde el agua, desde la profundidad que hace de pantalla, de divisor, de intermedio, pared de cristal que roza la solidez de lo invisible.

Nunca alcanzo a recorrer el pasillo entero y un plano diminuto colocado en la pared dice que esto es una sala de espera: el absurdo espacio de  $2 \times 6$  circulado casi en su totalidad por puertas que dirigen a espacios desconocidos. La pared casi desnuda, es lente detrás de la que alguien nos observa muy a lo *Truman Show*... ¿qué imagen se tiene de mí desde el otro lado? Depende del ojo con que se observe, como Verónica Gerber dice de la ambliopía y su forma diversa de mirar el entorno; que en la diferencia está la nueva perspectiva que nos invite a renombrar el mundo con la mirada.



Quizá esto es una nave flotando en el espacio, más no distingo las estrellas, entre la opacidad y el blindaje del sílice, de la arena condensada [aquí está la imposibilidad de llevar la materia a estados imposibles, a alteraciones que solo tienen cabida en este soñar despiertos.

O somos peces, el espacio que se habita detrás de uno de sus ojos y es imposible saber si del otro lado: la vida, el océano, los ríos, o el mercado donde Jean-Baptiste Grenouille se enteró de que no tenía aroma. Somos tal vez la vista de un gigante con lentes y qué peligro no mirar bien desde cierta altura.

## **Postal 2**

*Te conocí en medio de la tormenta, ¿recuerdas?, los cerros se desgajaban y tú decidiste que era buena época del año para conocer la ciudad, como una especie de turista de la destrucción. Igual, en medio del caos, me invitaste a pasear y yo acepté, como quién no tiene la casa inundada, ni los muebles derruidos. No sé si te diste cuenta de las veces que te mentí diciendo que todo estaba bien, escondiendo los temblores, granizos en la cadera y huracanes de dolor. Cada una de tus visitas sobrepasaba la dosis de la medicación. Nunca te lo dije, pero los fenómenos naturales me duraban hasta un mes después de tu partida, era el precio a pagar, pero yo no quería arruinar tus cortas visitas, ni los paseos silenciosos que lo llenaban todo, cada quien en su mundo de pensamientos. Lo que tú sientes por mí siempre ha sido muy cosa tuya, así como lo que yo siento por ti, es muy cosa mía, y cada quien hace con eso lo que puede.*

*En estos últimos meses, extrañarte se mezcla con las reparaciones, los libros nuevos, las plantas creciendo, el dolor tolerable y mi naturaleza en tensa calma. Pensé en escribirte en tu cumpleaños, no lo olvidé, pero tu silencio me pidió que no, ¿quién soy yo para romper silencios, cuando yo también los hago y son inmensos?. Nunca he*

*sido de pedir, ni tu de dar y, aún así, ¿querías que te pidiera para no darme?, ¿pensaste que por no pedirte nada a cambio, no te quería?*

*En fin, te escribo sin timbres postales, los quemé todos para evitar otro de nuestros desastres personales. Pero sigo escuchando tu silencio, así que te contesto, sin hacerlo, todo para contarte que en estos últimos meses ha habido muchos domingos entre semana, sin ningún martes en el calendario.*

## 9. Algún faro hace de referencia. La importancia de los diarios.

*Las enfermedades imaginarias nos postran de una manera ensimismada que destruye a los otros. Con desconsideración. Nos olvidamos del mundo y sus urgencias.*  
Marta Sanz

En *Cuaderno de faros* Jazmina Barrera habla de la imposibilidad de coleccionar aquello que de ser apropiado, deja de ser lo que se quiso, como los faros que dejan de ser guía y pasar a ser contenedores, cuando alguien los adquiere para un segundo uso. La salud no podría aprehenderse ni en textos porque habría que asegurar primero su existencia; los que no hablan de enfermedad, por eliminación, refieren a un genérico estar bien, pues Como observa Jorge Boone si en la escritura aparece un dolor de cabeza, terminará por significar algo más, tendrá trascendencia (...), resulta imposible disimular el potencial transformador del dolor y la enfermedad.

Barrera habla también de las bitácoras ininteligibles fuera del tema marítimo. Como la dispuesta en el faro para el registro, que *igual que la del navegante, [...] está organizada cronológicamente y en ella el farero consigna la Información técnica y climatológica, los desperfectos y las soluciones.* Dana hace de los diarios un registro de la individualidad de sus síntomas, indispensable en contra de la incredulidad de quienes debieran ir vislumbrando la enfermedad a partir de los elementos sueltos; construir la narrativa, armarle como al ensayo, que a partir de ideas aparentemente inconexas, encuentran un hilo de coincidencia. Acrecienta una bitácora sensitiva que mediante texto, autorretrato y collage, ahonda en los tecnicismos, los diagnósticos fallidos, la puntualización

de los síntomas, la constancia. Indaga en su propio cuerpo: ensaya su historia médica desde la experticia que le otorga habitar su propio cuerpo.

Llegó al médico [los médicos], que varias veces se vuelven un ente, el sistema personificado (metonimia del sistema, la historia en un hombre) y al nombrar sus síntomas, el receptor le interpretó como *i n e x i s t e n t e s*.

Y ella ha tenido la fuerza mental, la capacidad, la tenacidad para intentarlo de nuevo ¿habría otra opción? Y el punto no está en la capacidad para crear mundos hasta entonces desconocidos, para la negación de los incrédulos. Se acerca un poco más a lo que diría Borges: en 'La ceguera': *¿quién vive más consigo mismo? ¿Quién puede explorarse más? ¿Quién puede conocerse más a sí mismo? Según la sentencia socrática, ¿quién puede conocerse más que un ciego?*

### **Postal:**

*Desde hace 37 años, edad que tengo actualmente, vivo con dolor crónico. Hace 7 años, ese dolor comenzó a aumentar y al año siguiente, a los 31 años, dejé de salir de casa y la cama se volvió, tanto mi lugar seguro y a salvo, así como una mesa de tortura diaria. Pese a la compañía, que pocas veces ha faltado, me convertí en una isla solitaria alejada de cualquier continente, de su población, de su participación activa en el mundo. El lado oscuro de la vida o de la luna.*

*Durante una odisea de 34 años en búsqueda de diagnóstico, ese viaje peligroso que recorren los cuerpos enfermos crónicos, y que lo ponen bajo la lupa de ciclopes, jueces despiadados de un sólo ojo, recibí la negación tajante: "No tienes nada". Peor aún: "Es emocional". Pobres explicaciones para atajar el hecho que una niña de 4 años podría desatar tales demonios en su cuerpo. Al principio, culparon a la sobreprotección de mamá, a los 15 años a su muerte, a los 30 un duelo insatisfecho y a una*

*dependencia perpetuada a ella. Cuestiones injustificadas cuando me independicé a los 13 años.*

*Aún con la llegada de dolores severos, parálisis súbitas, convulsiones y una debilidad extrema, que me hizo perder mi trabajo y a algunos amigos escépticos, todos los estudios médicos no arrojaban sospecha de alguna patología. Para entonces, en plena adultez, me extrañaba demasiado que los médicos me mandaran hacer actividades a las cuales yo dedicaba buena parte de mi vida, ejercicio riguroso, dieta balanceada. No importaba si les decía que el dolor y los temblores me impedían ya siquiera bajar las escaleras. Los médicos me mandaban al psicólogo, aunque llevaba 5 años de terapia constante; la psicóloga me decía que hiciera Yoga, aunque llevaba años con un constante entrenamiento físico; y en el Yoga me decían que visitara a un médico.*

*[...]*

*Me convertí en la paciente difícil, aquella a la que los médicos corren de sus consultorios alegando que mi problema era no querer trabajar o hacer algo de mi vida. Hubo médicos que me dijeron que había sido abusada de pequeña y no lo recordaba, por lo que estaba psicomatizando mi trauma, hasta quién me aseguró que teniendo hijos me olvidaría de que tenía dolor. La brecha de género en la medicina había explotado en mi cara, como primera comprensión de lo que me estaba pasando.*

*[...]*

*Mi situación era muy similar a la que podría encontrar una mujer del siglo XIX, salvo que ahora, se me otorgaron dos diagnósticos psiquiátricos “funcionales”. El término funcional es el nombre elegante con el que se conoce actualmente a la histeria. El diagnóstico con el que, asegura David Le Breton, una masa de aquejados atestiguan el fracaso de la perspicacia científica, los procedimientos de la imagería médica o los análisis de laboratorio.*

*Cuando la ciencia falla, cuando no hay respuestas de ningún tipo, el paciente se ve sumergido en la anti-estructura, la anti-jerarquía, el No-lugar que había habitado durante 34 años.*

## **10. Coordinada 0. El ensayo que se agota antes de ser escrito**

*No hay dolor sin sufrimiento, es decir, sin significado afectivo que traduzca el desplazamiento de un fenómeno fisiológico al centro de la conciencia moral del individuo.*

David Le Breton

¿La tristeza nos llegó, o arribamos al pueblo que le lleva por nombre, del que no hay salida? Una Luvina se postra en nuestra cama. En Noticias desde la depresión, se habla de los libros que no se han escrito por los hundidos en los estragos del insomnio y la falta de concentración, navegamos la inestabilidad de los días. La depresión avanza en paralelo a la incertidumbre.

### **Postal:**

*<<No quiero que me editen>>, es ahora el pensamiento que surge cuando leo los avances en investigación genética, no quiero que me editen, que no toquen esa falta ortográfica. ¡Editen al mundo, perros!. Yo que.*

## 11. Coordinada: todas las ciudades llevan un nombre...

*A veces dar a una persona una palabra con la que nombrar su sufrimiento es el único tratamiento disponible.*

*Anne Boyer*

¿En qué se parece un ensayo a un diagnóstico? En la prueba y error que no se sabe si ha abarcado el panorama completo hasta tener un nombre, el resultado final, la idea redondeada. Si distancio al ensayo creativo de la obtención de un diagnóstico y me quedo con la generalidad de lo que se ensaya como lo que se practica, valora, sopesa, porque pretende acercarse a la revelación de algo existente, ver a través de otros ojos o perspectiva. Cuando Anne Boyer habla de su deseo de hacer mapas, pareciera que hay algo de cartografía en la construcción de un diagnóstico<sup>4</sup>. ¿Cómo se relaciona esto de ensayar, con diagnosticar, con hacer de explorador? Dana explora su propio cuerpo, los espacios recónditos a los que llevan sus síntomas...

A pesar de habitar este mismo espacio primario, casi siempre arribamos a la enfermedad como ajenos, como turistas pero nunca se sabe si de paso; eso se espera, que esto sea un recorrido de la ciudad que no planeamos habitar definitivamente y sin embargo nos ata y consume; nos comienza a exponer señales de que se ha arraigado y se multiplica, pequeñas venitas que nunca son inmunes a la luz y el paso de los días nos crece a pesar de nosotros; nos enraiza a su terruño fértil.

---

<sup>4</sup> Frances Palau dice que En el diagnóstico médico nos encontramos ante el problema inverso: conocemos los síntomas y los signos, y a partir de ellos hemos de inferir y proponer cuál es la enfermedad que padece la persona. El médico se encuentra frente a las consecuencias, no ante la causa.

Los médicos que buscan encuadrar síntomas que tal vez no habían sido mencionados, en la lista de los preexistentes, los que se agrupan bajo una determinada etiqueta, nos miran como quien dice una referencia de los edificios que existieron en la ciudad y ahora llevan otras fachadas, otros nombres.

### **Postal. En la conquista de ciertas cumbres:**

*¿Existe una identidad de enferma crónica? me he preguntado mientras los médicos me realizan sus auscultación de rutina.*

*Sacks afirma que cada persona es una narración singular, que se construye continuamente e inconscientemente, pero a través de, y en nosotros, a través de las percepciones, sentimientos, pensamientos, acciones; y, en nuestro discurso, nuestras narrativas habladas. “Biológica, fisiológicamente, no somos distintos unos de otros; históricamente, como narraciones, somos todos únicos”.*

*La identidad es un concepto complejo que se refiere a cómo uno se ve a sí mismo, y cómo los demás lo ven. Pero cuando una persona experimenta una enfermedad y el dolor crónico asociado, la construcción se resquebraja. Entramos en los ámbitos de la liminalidad, entendida como una sensación de inestabilidad, confusión y desconexión; pero también como una sensación de libertad. El cuerpo en cama, sale a caminar y reflexiona sobre la precariedad de la vida capitalista, o sobre la fragilidad humana, llegando así, a partir de nuevas corporeidades, (o bien, cuerpos múltiples), a ríos de oportunidad de una nueva organización del sufrimiento, a conservar o crear una nueva identidad, incluso, a acciones políticas.*

*Pero también, la politización del cuerpo enfermo lo coloca en una posición liminal, ya que, ésta comprende matices que nunca terminan por solidificarse y coexistir con las diferencias entre sanos y enfermos. La exclusión e incompreensión que sufren las personas enfermas, son posibilitadas por la negación de la sociedad a identificarse con ellas, a aceptar la existencia de cuerpos en cama, no productivos en la maquinaria neoliberal.*



*Actualmente, procuro vivir la enfermedad de una manera más certera y sin culpas. Hacerla mía, porque siempre lo fue, porque ha estado conmigo todo el tiempo. Mi enfermedad, fue la encargada, y sigue siendo a través de ella con la que me relaciono y percibo al mundo. No quiero decir que mi vida no sería más fácil sin ella, pero es mía, soy yo, y sin ella sería otra persona, no sé si mejor o peor, pero es lo que soy. Lo digo convencida, que todo hubiera sido mejor si me hubieran creído, sin el maltrato, sin los juicios. En un mundo ideal, perfecto, casi utópico, yo hubiera contado con los apoyos físicos y morales que una niña necesita o que una adulta joven, requiere para seguir sus proyectos de vida.*

*Las imágenes oníricas, como parte esencial de mi nueva narrativa, han logrado matices de simbolismos que han codificado y decodificado mis experiencias de vida. Soy un glitch, una falla en la matrix, una mutante crónica, un mapa de caminos vasculares con letreros que señalan: Usted está aquí. Es en la cama, donde me extravió por caminos azarosos que llegan a oasis en medio de desiertos. Es el espacio público a tomar, en el que me encuentro sola, pero también con miles de islas alejadas del mundo. A nosotros, los olmos que apenas damos una semilla; que ni a fruta llega, no nos queda si no es resistir. Si se me permite parafrasear una canción lejana.*

## **12. Desde alguna frontera. Toda frontera es política**

*La enfermedad nunca es neutra. El tratamiento nunca está libre de ideología. La mortalidad nunca está exenta.  
Anne Boyer.*

Quizá este texto ya había iniciado desde antes de ser nombrado, porque tus pies de foto fueron lo que es la palabra y lo que es el taller y lo que a veces es el mundo ante los ojos de quien quiere descubrirlo y describirlo, no porque crea que va a hacerlo de una manera única o que como se dice de la ciencia, aportará algo nuevo a la forma en que ya se ha interpretado antes; sino por ese impulso irrefrenable de que no se quede atorado en la garganta y en el pecho. Este ensayo ya había comenzado con alguna de tus frases y al mismo tiempo pretenden cerrar el ciclo con su regreso.

Comencé a seguirte quizá iniciando la pandemia, que encontré la forma literaria, pero también de estudio sociológico (señalas la etnografía como parte de tu recorrido), pero también como descripción médica y sus agobiantes tecnicismos, con la que has narrado la historia de tu vida y el camino hacia un diagnóstico.

### **Postal de Dana.**

*Como lo describe Pessoa, el dolor físico detiene la maquinaria no sólo de las actividades diarias, también el de las emociones. No hay migraña que permita sentir el desamor, no hay dolor de huesos que haga disfrutar de un atardecer, no hay una convulsión que no sea capaz de arruinar la vista al mar. Sin embargo, la persona con dolor sabe que llegará el tiempo para concederlo a las preocupaciones, al amor, las alegrías o la tristeza. Cuando el dolor “baje”, es decir, cuando sea soportable, la persona*

*regresa al Yo desvanecido con las molestias, para llevarlo a otros nuevos caminos.*

*La personalidad de quien enferma se transforma, las mismas consecuencias en el cuerpo, los juicios y metáforas externas se lo exigen, es decir, las metáforas a las que Sontag describe como fantasías punitivas o sentimentales; estereotipos de carácter nacional. Aquellas que culpan al enfermo de su propio mal y le exigen la auto-sanación. Sontag propone que la mejor forma de encarar la enfermedad es la que huye a este pensamiento metafórico. Sin embargo, la autora aclara que no intenta describir la experiencia personal de lo que es migrar al mundo de los enfermos, individuos con sus únicas y propias metáforas transformadoras.*

*El dolor crónico como una enfermedad, dice Melanie Thernstrom en su libro Las Crónicas del Dolor, es como cualquier situación límite: “saca a la luz lo mejor y lo peor de las personas, algunas se convierten en seres heroicos (...) Sin embargo, otros pacientes desarrollan tendencias suicidas y algunos (entre los que me incluyo) descubren que el dolor ha cambiado su forma de ser, para convertirlos en seres irreconocibles que colaboran con el dolor, en vez de combatirlo.”*

*Estos seres irreconocibles, son aquellos que han vislumbrado los confines de ese nuevo estado de la materia, en donde sólo existe la metáfora y la metonimia, como espacio de significación para generar nuevas narrativas. Aquellos que, como hemos visto, entienden que la enfermedad y el dolor no son transiciones institucionalizadas como podríamos asumir en un principio, no se tratan de fronteras delimitadas en donde cada persona puede obtener un carnet que lo identifique como nuevo habitante. Al contrario, la experiencia personal en estos estados de consciencia nos demanda observarlos como un conjunto de fenómenos culturales y prácticas liminales que persiguen el objetivo de construir significado y crear nuevas identidades políticas, a través de su mismo lenguaje y la experiencia.*

*La enfermedad y el dolor crónico asociado, representan un estado de transición, un estado liminal que puede ser también visto como una oportunidad para la transformación personal y la conexión con otros. Una*

*oportunidad para encontrar significado y propósito en la vida. Así, la enfermedad y el dolor pueden ser un firmamento, un lapso, un plazo, un pasillo, un sitio, un territorio lleno de misterio que embruja a sus colonos, para adentrarse en su propio bosque, un campo sin lenguaje, un viaje sin fin. Sin folletos, sin guías, ni mapas.*

Lo que se pone de manifiesto, es la incapacidad, sí, pero para reconocer que hay que indagar nuevos caminos, aceptar lo desconocido, lo que Montaigne referiría como la *locura de los que pretenden distinguir lo verdadero de lo falso con la aplicación de su exclusiva capacidad*. Frances Palau señala que una enfermedad no es rara (únicamente) por su prevalencia, sino por la individualización de sus síntomas, su coexistencia en una sola persona. La gran discapacidad, entonces: la falta de aceptación de lo diverso.

---

<sup>i</sup> Las citas incorporadas en cursiva, exceptuando las que se atribuyen a los autores ahí señalados, forman parte de la colaboración de Dana Herrera, íntegra en los Anexos.

## **Anexos**



## **Anexo I:**

Colaboración de Tish Roque

## Sentencia

El desahuciado vive de recuerdos, atesora dentro de sus manos -nostalgias,

-sonrisas,  
miradas.

Sentenciado a muerte clama por más horas en el reloj,

anhela su infancia como aquel niño que mirando una golosina

saliva sin poder comer.

El desahuciado huele a resignación y esperanza;

mira detrás de la ventana

los días que le han sido negados.

Atrás quedó la vanidad del cuerpo, el deseo tardío y las noches de bohemia; El desahuciado percibe su cama esterilizada como su última morada, oliendo a desinfectante y gasas oxigenadas.

El desahuciado huele a tierra mojada donde

dejará escrito su nombre

y su patria.

**Nota:** Cuando una enfermedad se vuelve una con el tiempo, el paciente comienza a vivir su vida detrás de la ventana, las paredes de la habitación se convierten en sus más fieles compañeras, la cama se funde dentro de sus huesos y con ello la esperanza vuelve dentro de su pecho para migrar a otro cuerpo, la ventana y la puerta son la conexión al mundo exterior que cada vez tiene menos relevancia, la supervivencia es por la que se lucha en medio de tantas sentencias médicas. Este escrito evoca a la enfermedad crónica como un desahucio, un agente que trae consigo resignación e ilusiones pasajeras.



## **I.**

Nunca pertenecí a ningún grupo social,  
Tampoco conocí personas importantes,  
Nunca entré a lugares donde sirvieran  
cortes finos, tampoco viaje en primera clase.

## **II.**

Entre y salí de la universidad,  
Aprobé todos los exámenes de admisión,  
Y nunca termine Diseño Industrial.  
Crecí entre Venustiano Carranza y Valerio Trujano,  
Vi pasar la vida entre pasillos blancos, médicos ausentes  
importantes de sí mismos,

## **III.**

Necesité ayuda hasta los 24 años,  
Volví a caminar a los 25,  
Nunca regresé al hospital principal de mi ciudad;  
Tampoco despedí a mis abuelas,  
Nunca caminé por calles y parques,  
También perdí identidad y patria.

## **VI.**

Nunca pertenecí a la danza de la vida,  
Tampoco escalé montañas,  
Nunca pertenecí al ritmo y tiempo,  
Tampoco recuerdo cuando los días  
Dejaron de ser nombrados.

Nota:

¿Qué es la pertenencia e identidad para el enfermo?; El enfermo desterrado del ciclo de la vida, vive sus días ausente en ratos de sí mismo, ausente de pláticas, risas, miradas y planes qué sabe que postergará sin tener certeza de días y fechas. ¿Qué es la pertenencia cuando se han pasado los días en la circunferencia de un hogar qué más que hogar parece la última morada?

¿Qué es identidad y pertenencia para el enfermo qué observa su cuerpo consumirse en recuerdos y anhelos?

¿Qué es la identidad cuándo un agente extraño habita dentro de las arterias, órganos, huesos y genes, cuándo la identidad muta con la enfermedad?

¿Qué es la pertenencia cuándo la enfermedad ha puesto un lazo en el cuello y tira cuesta abajo para dejar de ser y migrar a otros cielos?

**Las cuatro paredes que me rodean,**

menosprecian colores y adornos,  
llenándose de humedad ahuyentan  
a quienes desean sostenerse sobre ellas.

Cansadas de tener varillas y cemento  
que atraviesan cada una de sus capas,  
permanecen quietas.

Nadie les enseñó a llorar,

Tampoco a gritar,

desde el inicio cubrieron su boca con agua y cal.

**Nota:** Pensar en las paredes del hogar puede ser una metáfora de un cuerpo inerte, un cuerpo que no responde a estímulos exteriores, un cuerpo atrapado en quietud y movimiento, un cuerpo que prefiere guardar silencio, para no incomodar más de lo que ya lo hizo; también cubrir la boca con agua y cal, es una referencia a la voz que poco a poco pierde su valor como un gorrión en jaula que su canto no florece en el campo y pierde la fuerza de su voz.



## **Anexo II:**

Colaboración de Beatriz Manguen

¿Qué se sentirá habitar un cuerpo sano? Envidio los cuerpos enteros que no se sienten a diario. Levantarse de la cama para sentirse pleno... cansado, sí, quizás por la cotidianidad que nos rodea, pero pleno. Sin la necesidad de sobarse el cuerpo para que vaya despertando, para apaciguar el dolor constante.

Me dicen que no me entienden, que menos me entenderán si no les digo qué me duele. Contesto que me duele todo. Todo el tiempo. Vivo con dolor, uno con el que se aprende a vivir, pero que está ahí, recordándote que se queda y no planea irse.

¡Qué difícil es sentir un cuerpo enfermo!

Una va controlando la enfermedad, las medicinas funcionan (a veces) y se va sintiendo dueña de su cuerpo otra vez. Pero todas las mañanas el cuerpo te recuerda que te tocó un cuerpo diferente. Atrofiado. Enfermo.

¡Ay, qué difícil es vivir un cuerpo enfermo!

De las cosas más difíciles que tengo que hacer en mi vida es aceptar a mi cuerpo. He estado en una batalla constante, creo quizás interminable, en donde me miro al espejo y no me gusto. Me veo en fotos ajenas y no me gusto.

¿Porque nací con este desapego? ¿Es la enfermedad una barrera insuperable entre mi cuerpo y yo?

Estoy cansada de sentirlo todo el día, de dolerlo y sufrirlo porque no puedo escapar de él ni el de mí y esta constante lucha en la que siempre pierdo.

¡Qué difícil es sentir un cuerpo enfermo!

La mayoría del tiempo lo siento en silencio. Cansaría a la gente de escucharme hablar todo el día que siento el

corazón, que siento la espalda, que me duelen las manos, que siento el estómago moverse y que a veces hasta escucho la electricidad en mi cerebro.

¡Qué agotador es habitar un cuerpo enfermo!

Un cuerpo que ya no es nuevo, pero se siente reciente. Empiezas a entenderlo con el diagnóstico dicho en un consultorio frío. En donde los panfletos informativos te dicen como deberías sentirte. ¿Dónde caben todos mis síntomas, dónde están esos dolores inexplicables en lugares nunca mencionados? ¿Cómo, ahora, me encuentro en un cuerpo enfermo?

Ahora me presento con un adjetivo extra: ENFERMA. Ahora soy otra. Habitada por un cuerpo enfermo, que duele, pero que al final, es mío y no hay escapatoria.

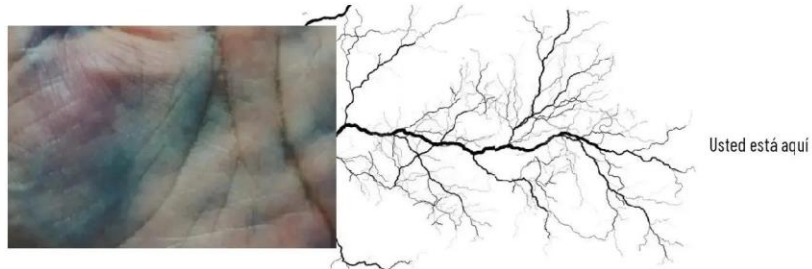




### **Anexo III:**

Colaboración de Dana Herrera

**HABITAR**



*¿Cómo se comunica una niña? Una niña que apenas habla.*

*¿De qué manera expresa una niña el alud de sensaciones extrañas que emite su propio cuerpo como si fuese una radio descompuesta?*

*¿Cómo distingue la misma niña entre un berrinche y una parestesia? Más cuando ambas la incitan a tirarse en el suelo frío y a sacudirse con vehemencia hasta que la cara se le pinta de tonos púrpuras.*

*Tal vez, mi primera palabra debió ser Neuralgia, pero neuralgia no existe en una ciudad tan pequeña como en la que nací. Mis papás no podrían entenderla, los adultos no podrían pronunciarla. Todos dirían, en cambio, lo de siempre: "¡chillona!, "¡exagerada!". "¡Debiste haberte llamado Dolores!". No importa qué tan pequeño sea el pueblo, siempre habrá una Dolores.*

*¿Qué se le dice a una niña de escasos 4 años, que no entiende la palabra síntoma?*

*¿De qué manera se le podría explicar la palabra neuropatía?*

*¿Cómo hablarle de fallas ortográficas en su código genético a la niña que aún no sabe leer?*

*¡Vuelta a la izquierda! ¡Vuelta a la derecha! ¡A la otra derecha Daniela! gritaban los maestros, mientras mis compañeros se reían. La operación me resultaba casi imposible. Mamá me reprendió cuando marqué mis zapatos, a uno le puse una letra "D" y al otro una "I" para evitar los constantes errores cardinales. Los zapatos se los llevaron al bolero, por con los tenis no hubo*

nada que hacer. La "D" y la "I" abarcaban casi todo el frente, usé plumones de aceite por si llovía. Los había arruinado, dijeron, pero hasta la fecha yo sigo sin saber que es derecha e izquierda. Esta falta de ortografía, mi falta ortográfica en el gen X, no distingue direcciones.

¿Qué se le dice a una niña que no encaja, ni a la hora de las formaciones escolares?

Irónicamente, aprendí a leer y a escribir rápido. Mi padre se esforzaba a gritos y lapizazos para que mi letra fuera linda, todavía lo es, aún con los dedos luxados. Lo cierto es que las faltas ortográficas nunca faltaron ni en mi ADN, ni en mi vida, lo peor, sigue siendo poder detectarlas mucho tiempo después de escribir. Tal vez, por eso fue que hasta los 34 años di con la mala transcripción en el libro de mi genética.

Escribí 100 veces en mi cuaderno Villarreal, con "e", porque insistía en escribir mi apellido VILLARRIAL, con "i". Otra plana, me decía mi maestra. Luego fue la palabra Iglesia, no INGLESIA. Estoy segura que laico lo hubiera escrito bien.

¿Cómo decirle a una maestra de primaria, que no era una errata, sino una protesta en la sangre?



**Cuando llega la enfermedad y el dolor crónico, las personas afectadas se repiten a sí mismas y a los demás: “no soy mi enfermedad”; “no soy mi dolor”.**

Una afirmación que busca proteger a esa persona que alguna vez fueron, la identidad que existía antes de los síntomas. No soy mi enfermedad o no soy mi dolor, igual a: “no soy débil”, a “sigo siendo una persona normal” (cualquier cosa que eso signifique). Simples golpes a la puerta de un mundo al que ya no tienen permitido acceder.

Las enfermedades crónicas, según la Organización Mundial de la Salud (OMS) son aquellas que duran más de 6 meses y permanecen el resto de la vida. En la mayoría de los casos traen consigo un dolor que también permanece. En comparación con los siglos pasados, los avances médicos y tecnológicos, han disminuido la mortalidad humana. Para sorpresa de una sociedad determinista, la permanencia de uno o varios malestares desafía nuestros usos sociales. En pocas palabras, nuestro entendimiento más convencional de la enfermedad pertenece a la dualidad mística de la salud y la muerte. No por nada, la frase que resulta irritante a las personas con una enfermedad crónica es sin duda “que te recuperes pronto”. La palabra crónico no parece significar nada en el ámbito cotidiano.

Irremediablemente, la búsqueda de la raíz de dichas dolencias, a lo que el sistema médico nombra como diagnóstico, siempre resulta controversial, tanto entre el personal de salud, como en la constante desconfianza del

relato del paciente. El dolor como enfermedad o parte de una enfermedad, no se limita al cuerpo, sino que se encuentra adscrito a un entramado social y cultural, por lo que está interrelacionado a la convivencia con los otros.

Si jugamos con aquel concepto de Susan Sontag de su libro *La enfermedad y sus metáforas* en el que define a la enfermedad como el lado nocturno de la vida, un pasaporte malo, también podríamos decir que el proceso diagnóstico es una mudanza forzosa, llena de cajas con recuerdos y muebles pesados que nadie quiere cargar, un trance entre una ciudadanía y otra.

La enfermedad, esa ciudadanía más cara, el lado nocturno, el amanecer inesperado; la abrupta ruptura del sueño inconsciente que te escope con la conciencia extraviada hacia un nuevo tiempo y un incambiable espacio. Las personas enfermas, se sumergen en un lago, donde el agua cubre su cuerpo, mientras su nariz y ojos se mantienen en la superficie, inmersas en la eminente alteridad de su nueva existencia. No están ni cerca, ni lejos de la orilla, sino divididos entre dos mundos que pone en peligro el sentimiento de identidad. El vaivén de la liminalidad, un barco sin navegante.

Por lo mismo, no podríamos pensar en la enfermedad y el dolor crónico como una transición institucionalizada en donde cada persona puede obtener un carnet que lo identifique como nuevo habitante. Debemos observarlos como un conjunto de fenómenos culturales y prácticas que pertenecen al ámbito de la liminalidad y persiguen el objetivo de la construcción de significado, identidades y de sujetos políticos activos.

El término de liminalidad, fue acuñado por el antropólogo Arnold Van Gennep en su obra Ritos de paso y popularizado por el antropólogo Victor Turner en la década de 1960, el cual alude que la liminalidad puede ser entendida como un momento de incertidumbre y transformación, en el que las personas se encuentran en un estado de transición entre un estado anterior y un estado futuro.

La liminalidad desde el punto de vista antropológico, se refiere a menudo a rituales o eventos que marcan una transición en la vida, como la pubertad, el matrimonio o la muerte. Sin embargo, ésta no se limita solo a los rituales culturales. También se experimenta en situaciones personales, como la pérdida de un trabajo, una relación o la salud.

David Le Breton, antropólogo francés, es uno de los autores que ha explorado la noción de liminalidad desde una perspectiva sociocultural, centrándose sobre todo en la relación entre cuerpo, cultura y la sociedad, y en cómo la liminalidad se relaciona con estas tres dimensiones de la experiencia humana. En sus obras, Antropología del cuerpo y modernidad y Antropología del dolor, Le Breton ve el dolor crónico y a la enfermedad como una experiencia liminal en la que el paciente se encuentra en un estado de transición y transformación, en el que debe aprender a adaptarse a su nueva realidad y encontrar nuevos significados y propósitos en su vida.

Antropología del cuerpo y modernidad evidencia que la aparición del dolor y la enfermedad es una gran amenaza para la identidad de una persona. “Todo dolor, incluso el mas modesto, induce a la metamorfosis”. Se altera la relación del

yo con el cuerpo y se expande más allá de él. “Atraviesa los pensamientos: contamina la totalidad de la relación con el mundo. Rompe las amarras que ataban al individuo a sus actividades familiares, hace difícil su relación con los más próximos, elimina o disminuye el placer de vivir. Ningún refugio escapa a su acoso. El dolor paraliza la actividad del pensamiento o el ejercicio de la vida”.

En el capítulo tercero de la temporada cinco del melodrama Grey's Anatomy, un hombre aquejado por 7 años de migrañas intensas, y tras haber pasado por diferentes especialistas, finalmente encuentra el origen de su dolencia gracias a los protagonistas de la serie que, aún tras encontrar la raíz de su dolor, dudaban que este fuera tan intenso como él lo describe. Al final del episodio, aliviado de saber que la tortura acabaría con un simple procedimiento médico, el paciente le cuenta a la más escéptica de las doctoras que lo atienden, que su dolor de cabeza le había quitado hasta la facultad de vivir el dolor emocional de la muerte de su esposa, años atrás. Fue entonces que la mujer con bata, pudo magnificar el dolor de su paciente.

Tal vez, el episodio puede pasar por innecesariamente dramático, sin embargo, no hay persona con dolor crónico intenso que no haya lamentado no haber podido asistir, lo mismo a una boda o al funeral de un ser amado, o quien no haya dejado más de un duelo suspendido, incluyendo los amorosos.

Los dolores crónicos, señala Le Breton *a menudo evidencian la impotencia de la medicina para comprenderlos y curarlos; se designan con el elegante término de «enfermedades funcionales» y afectan a una numerosa*



*población de enfermos, una masa de aquejados que atestiguan el fracaso de la perspicacia de los médicos, los procedimientos de la imaginación médica o los análisis.*

El dolor crónico como experiencia no sólo desestructura el conocimiento formal médico, sino que avanza hasta los cauces de la racionalidad normada y el lenguaje. Es recurrente que las personas expliquen su dolor a partir de experiencias similares a la que todos los cuerpos viven alguna vez, no obstante, estas no alcanzan a ser entendidas por su interlocutor, quien se encarga de reformular la información, a sus propias experiencias y creencias. Desgraciadamente, en ninguna biblioteca existe el diccionario Español-Dolor/Dolor-Español, pues la experiencia del dolor está enmarcada por las condiciones sociales y culturales, la edad, el género y el contexto particular en el que se manifiesta.

Por lo que Le Breton afirma que *El dolor es un fracaso del lenguaje. Encerrado en la oscuridad de la carne, se reserva a la deliberación íntima del individuo. (...) Incomunicable, no es el continente cuya tangible geografía pudieran dibujar los exploradores más audaces.*

El mismo Fernando Pessoa, en su obra más reconocida El libro del Desasosiego escribía:

*Los males de la inteligencia, infelizmente, duelen menos que los del sentimiento, y los del sentimiento, infelizmente, menos que los del cuerpo. Digo infelizmente, porque la dignidad humana exigiría lo contrario. No hay sensación angustiosa del misterio que pueda doler como el amor, los celos o la saudade, que pueda ahogar como el miedo físico intenso, que pueda transformar como la cólera*

*o la ambición. Pero también ningún dolor de los que despedazan el alma consigue ser tan realmente dolor como el dolor de muelas, o el de los cólicos, o (supongo) el dolor del parto. (Pessoa, 2022, p.151)*

Como lo describe Pessoa, el dolor físico detiene la maquinaria no sólo de las actividades diarias, también el de las emociones. No hay migraña que permita sentir el desamor, no hay dolor de huesos que haga disfrutar de un atardecer, no hay una convulsión que no sea capaz de arruinar la vista al mar. Sin embargo, la persona con dolor sabe que llegará el tiempo para concederlo a las preocupaciones, al amor, las alegrías o la tristeza. Cuando el dolor “baje”, es decir, cuando sea soportable, la persona regresa al Yo desvanecido con las molestias, para llevarlo a otros nuevos caminos.

La personalidad de quien enferma se transforma, las mismas consecuencias en el cuerpo, los juicios y metáforas externas se lo exigen, es decir, las metáforas a las que Sontag describe como fantasías punitivas o sentimentales; estereotipos de carácter nacional. Aquellas que culpan al enfermo de su propio mal y le exigen la auto-sanación. Sontag propone que la mejor forma de encarar la enfermedad es la que huye a este pensamiento metafórico. Sin embargo, la autora aclara que no intenta describir la experiencia personal de lo que es migrar al mundo de los enfermos, individuos con sus únicas y propias metáforas transformadoras.

El dolor crónico como una enfermedad, dice Melanie Thernstrom en su libro *Las Crónicas del Dolor*, es como cualquier situación límite: *saca a la luz lo mejor y lo peor de las personas, algunas se convierten en seres heroicos (...) Sin embargo, otros pacientes desarrollan tendencias suicidas y*

*algunos (entre los que me incluyo) descubren que el dolor ha cambiado su forma de ser, para convertirlos en seres irreconocibles que colaboran con el dolor, en vez de combatirlo.”*

Estos seres irreconocibles, son aquellos que han vislumbrado los confines de ese nuevo estado de la materia, en donde sólo existe la metáfora y la metonimia, como espacio de significación para generar nuevas narrativas. Aquellos que, como hemos visto, entienden que la enfermedad y el dolor no son transiciones institucionalizadas como podríamos asumir en un principio, no se tratan de fronteras delimitadas en donde cada persona puede obtener un carnet que lo identifique como nuevo habitante. Al contrario, la experiencia personal en estos estados de consciencia nos demanda observarlos como un conjunto de fenómenos culturales y prácticas liminales que persiguen el objetivo de construir significado y crear nuevas identidades políticas, a través de su mismo lenguaje y la experiencia.

La enfermedad y el dolor crónico asociado, representan un estado de transición, un estado liminal que puede ser también visto como una oportunidad para la transformación personal y la conexión con otros. Una oportunidad para encontrar significado y propósito en la vida. Así, la enfermedad y el dolor pueden ser un firmamento, un lapso, un plazo, un pasillo, un sitio, un territorio lleno de misterio que embruja a sus colonos, para adentrarse en su propio bosque, un campo sin lenguaje, un viaje sin fin. Sin folletos, sin guías, ni mapas.



La Luna

Te conocí en medio de la tormenta, ¿recuerdas?, los cerros se desgajaban y tú decidiste que era buena época del año para conocer la ciudad, como una especie de turista de la destrucción.

Igual, en medio del caos, me invitaste a pasear y yo acepté, como quién no tiene la casa inundada, ni los muebles derruidos. No sé si te diste cuenta de las veces que te mentí diciendo que todo estaba bien, escondiendo los temblores, granizos en la cadera y huracanes de dolor. Cada una de tus visitas sobrepasaba la dosis de la medicación. Nunca te lo dije, pero los fenómenos naturales me duraban hasta un mes después de tu partida, era el precio a pagar, pero yo no quería arruinar tus cortas visitas, ni los paseos silenciosos que lo llenaban todo, cada quien en su mundo de pensamientos. Lo que tú sientes por mí siempre ha sido muy cosa tuya, así como lo que yo siento por ti, es muy cosa mía, y cada quien hace con eso lo que puede.

En estos últimos meses, extrañarte se mezcla con las reparaciones, los libros nuevos, las plantas creciendo, el dolor tolerable y mi naturaleza en tensa calma. Pensé en escribirte en tu cumpleaños, no lo olvidé, pero tu silencio me pidió que no, ¿quién soy yo para romper silencios, cuando yo también los hago y son inmensos? Nunca he sido de pedir, ni tú de dar y, aun así, ¿querías que te pidiera para no darme?, ¿pensaste que por no pedirte nada a cambio, no te quería?

En fin, te escribo sin timbres postales, los quemé todos para evitar otro de nuestros desastres personales. Pero sigo escuchando tu silencio, así que te contesto, sin hacerlo, todo para contarte que en estos últimos meses ha habido muchos domingos entre semana, sin ningún martes en el calendario.



**Desde hace 37 años, edad que tengo actualmente, vivo con dolor crónico.** Hace 7 años, ese dolor comenzó a aumentar y al año siguiente, a los 31 años, dejé de salir de casa y la cama se volvió, tanto mi lugar seguro y a salvo, así como una mesa de tortura diaria. Pese a la compañía, que pocas veces ha faltado, me convertí en una isla solitaria alejada de cualquier continente, de su población, de su participación activa en el mundo. El lado oscuro de la vida o de la luna.

Durante una odisea de 34 años en búsqueda de diagnóstico, ese viaje peligroso que recorren los cuerpos enfermos crónicos, y que lo ponen bajo la lupa de cíclopes, jueces despiadados de un sólo ojo, recibí la negación tajante: “No tienes nada”. Peor aún: “Es emocional”. Pobres explicaciones para atajar el hecho que una niña de 4 años podría desatar tales demonios en su cuerpo. Al principio, culparon a la sobreprotección de mamá, a los 15 años a su muerte, a los 30 un duelo insatisfecho y a una dependencia perpetuada a ella. Cuestiones injustificadas cuando me independicé a los 13 años.

Aún con la llegada de dolores severos, parálisis súbitas, convulsiones y una debilidad extrema, que me hizo perder mi trabajo y a algunos amigos escépticos, todos los estudios médicos no arrojaban sospecha de alguna patología. Para entonces, en plena adultez, me extrañaba demasiado que los médicos me mandaran hacer actividades a las cuales yo dedicaba buena parte de mi vida, ejercicio riguroso, dieta balanceada. No importaba si les decía que el dolor y los

temblores me impedían ya siquiera bajar las escaleras. Los médicos me mandaban al psicólogo, aunque llevaba 5 años de terapia constante; la psicóloga me decía que hiciera Yoga, aunque llevaba años con un constante entrenamiento físico; y en el Yoga me decían que visitara a un médico.

La cineasta y activista Jennifer Brea, en su documental *Unrest* (2017) relata su transición al mundo del confinamiento por enfermedad y su odisea diagnóstica, afirma que vale más un médico que te diga: “No sé qué tienes”, al que te dice: “No tienes nada”. Afirmación a la que nos podemos sumar millones de mujeres que hemos pasado por ese espinoso camino, el cual, las similitudes no son casualidad o coincidencia. Basta con leer un poco de la historia de la medicina, mezclarla con un poco de visión de género para llegar a las mismas conclusiones, esas a las que se llega en la cama cuando el dolor no te deja dormir. Mucho de este problema se resume en estereotipos de género.

Me convertí en la paciente difícil, aquella a la que los médicos corren de sus consultorios alegando que mi problema era no querer trabajar o hacer algo de mi vida. Hubo médicos que me dijeron que había sido abusada de pequeña y no lo recordaba, por lo que estaba psicomatizando mi trauma, hasta quién me aseguró que teniendo hijos me olvidaría de que tenía dolor. La brecha de género en la medicina había explotado en mi cara, como primera comprensión de lo que me estaba pasando.

En su libro, *Doing Harm*, Maya Dusembery, periodista y escritora estadounidense, relata su propio andar en búsqueda de diagnóstico, y hace un recorrido histórico por la medicina y el sesgo de género que ha llevado a que las mujeres

sean desatendidas y maltratadas en el sistema médico. Estructuralmente, las mujeres se enfrentan a una mala atención médica, a la falta de investigación de sus males, y en la parte clínica a malos e ineficaces diagnósticos y tratamientos. Basta mencionar que la investigación históricamente se ha centrado en hombres, lo que ha tenido como consecuencia la falta de comprensión de las enfermedades que afectan predominantemente a las mujeres, como es el caso de enfermedades crónicas. A esto se suma que la sintomatología de muchas enfermedades en las mujeres, son diferentes de los síntomas en los hombres, lo que puede llevar a un diagnóstico erróneo o tardío.

La autora también discute cómo el sesgo de género influye en la forma en que los médicos tratan a las mujeres, quienes a menudo describen como "emocionales" o "histéricas", atribuyendo sus síntomas a problemas psicológicos, en lugar de buscar la causa física. Mi situación era muy similar a la que podría encontrar una mujer del siglo XIX, salvo que ahora, se me otorgaron dos diagnósticos psiquiátricos "funcionales". El término funcional es el nombre elegante con el que se conoce actualmente a la histeria. El diagnóstico con el que, asegura David Le Breton, una masa de aquejados atestiguan el fracaso de la perspicacia científica, los procedimientos de la imagería médica o los análisis de laboratorio.

Cuando la ciencia falla, cuando no hay respuestas de ningún tipo, el paciente se ve sumergido en la anti-estructura, la anti-jerarquía, el No-lugar que había habitado durante 34 años.





## *Dilatación gravitacional de los cuerpos en cama.*

Según la teoría de la relatividad, el tiempo, al igual que el espacio, es una dimensión que se mide y se recorre. Por lo que cada cuerpo, en reposo o en movimiento, observará que todas las personas tienen su propio "aquí y ahora", en referencia a otros cuerpos.

Mis piernas y las ruedas recorren el espacio-tiempo, pero en reposo, me muevo sólo en el tiempo. Los cuerpos en movimiento constante, los que suben al transporte, trabajan, cumplen con sus obligaciones, observan en sus relojes que el tiempo transcurre más despacio. Para ellos, encontrarse con el atardecer resulta una sorpresa. Se les fue el tiempo, midiendo el tiempo.

En cambio, para los cuerpos adoloridos y en reposo, como el mío, el tiempo es relativo. Lo único absoluto es la luz que se cuele por la ventana. Es decir, que los cuerpos que estamos sujetos al campo gravitacional de una cama, no miramos relojes. Es nuestra conciencia la que va avanzando hacia el futuro.

En cama, las estaciones se sienten con los huesos, no con los calendarios; las alarmas suenan al ritmo de los anticonvulsivos y, resulta fácil confundir los relojes con los oxímetros. Juan llega, cuando se pone oscuro. Es fin de semana, cuando ya no lo veo.

Acostada, las alegrías o el dolor comprueban la teoría. El tiempo no existe.

Netflix pregunta: ¿Sigues ahí?.

El cuerpo en reposo, es sólo existencia.



***She's gone, my Love is gone, escuché en mi cabeza, no en mis oídos.*** No había ni un sólo sonido alrededor. Menos un aparato, una radio, un televisor, nada era capaz de emitir esa música, sumamente clara, sumamente aterciopelada. Era como si el mismo Mark Lanegan y su banda se hubiera mudado a mi cabeza. De pronto, la nada. Una especie de apagón en mi cerebro me hizo perder el poco control que tenía sobre mi cuerpo. Regresé sudada, llena de contracturas musculares que se sentían como lanzas clavadas en mis vértebras. Comencé a llorar, lo supe porque mis lágrimas humedecieron mi cara y cuello, algunas escurrían hasta a los oídos. Pequeñas y molestas inundaciones. La incapacidad desesperante.

Miré el rostro del amigo que me cuidaba con cara pálida y llena de miedo, en ese momento me pregunté: ¿Esa es la mirada con la que despedí a mamá?, ¿con la que ayudaba en los cuidados de la tía, de la abuela, de mi mejor amiga? ¿Esta también es la crónica de otra muerte anunciada? La mía.

Tantas cosas pasan por tu cabeza cuando una parálisis extraña se aferra a tu cuerpo y te impide la comunicación con los otros. Esos segundos o extensos minutos de conciencia e inmovilidad, me forzaban a asomarme al pozo sin fondo de mis preguntas más existenciales. *¿Yo me provoqué esto?; ¿cómo fue que entré?; ¿cómo se supone que saldré?*

*¡Yo no me hice esto!, lo sé, pero ¿cómo lo compruebo?; ¿será tal o cual enfermedad?; ¿serán las dos?; ¿cómo se*

*supone que confíe en mí, cuando no tengo las respuestas a lo que pasa en mi cuerpo?*

Un pestañeo es *sí*, y dos son *no*. Fue el sistema que implementamos en casa para que pudiera darles algo de información a las personas que amablemente me cuidaban. Soy oaxaqueña, pero desde la universidad migré a la CDMX, y aquí me quedé, confiando en la gente y en los lazos que había formado por 18 años. Tras más de la mitad de mi vida siendo una mujer independiente y autónoma, me había convertido en una muñeca de trapo a la que había que cambiar de lado de la cama, para evitar que se descosiera algo, ya fuera por parálisis o por la fatiga que me impedía respirar. Pero con la fatiga mental las preguntas y teorías se apagaban. Mis preocupaciones más mundanas, las personas a las que amo y aquel chico del que me había enamorado meses atrás desaparecían. Sin pasado, sin presente, sin futuro. Era una levadura de masa doliente, que respiraba, respiraba, se asfixiaba y volvía a respirar.

*Los animales contraen enfermedades, pero sólo el hombre cae radicalmente enfermo*, afirma el neurocientífico y escritor Oliver Sacks, al iniciar su obra, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*. El autor analiza diferentes casos de sus pacientes con trastornos neurológicos, especialmente aquellos que alteran el Yo, y al reconocimiento de la realidad. Según Sacks, nuestra identidad es una construcción dinámica y multifacética que se forma a través de múltiples influencias, incluyendo nuestra biología, nuestro entorno social y cultural, y nuestras experiencias personales. En este sentido, Sacks ve a la identidad no como algo fijo e inmutable, sino como algo en constante evolución y cambio.

Durante los primeros años en cama, viví el cambio de una corporeidad a otra, una metamorfosis casi kafkiana. Cada acción que le ordenaba a mi cuerpo se volvían pensamientos conscientes, pero no movimientos, que antes daba por sentado. Aprendí que el cerebro tiene mecanismos complicados. Entre el pensamiento y el habla, hay un mundo de distancia; entre el habla y la escritura, todo se vuelve más enmarañado. ¿No habría sido mejor convertirme en cucaracha?, pensaba, sin ninguna expresión; y me causaba gracia recordar que esa misma tarde, mi jefa me había mandado mensajes que exigían mi renuncia. Reí, sin ninguna expresión. ¿Kafka sugería que las cucarachas, eran los otros?, reflexioné, sin ninguna expresión.

Esos años, hasta ahora, han sido los peores años que *La Bestia* me ha otorgado. La Bestia, fue el nombre con que bauticé a la sintomatología, en honor a el clásico del country, The beast in me (La Bestia en mí) de Johnny Cash. Hubo quienes sugirieron que era un nombre feo, dejaron de decirlo cuando me veían en un mal día. Además, La bestia, que describe la canción, no siempre es la villana, a veces, como Sacks describe a las personas enfermas, es víctima, heroica, mártir, guerrera. Lo devora, y lo vomita todo.

*La bestia en mí, ha tenido que aprender a vivir con dolor, y a resguardarse de la lluvia. (...) A veces trata de engañarme, que es sólo un osito de peluche. E incluso, de alguna manera, logra desaparecer en el aire. Y ahí es cuando debo cuidarme, de la bestia en mí. (Jhonny Cash,1994)*

Partir de la idea de que toda mi vida experimenté un cuerpo múltiple, como lo plantea la etnógrafa y filósofa Annemarie Mol, quien sostiene que el cuerpo humano no es

una entidad única e inmutable, sino que está compuesto por múltiples "cuerpos" que se solapan y se superponen en diferentes momentos y contextos. Mi cuerpo, aun manteniendo casi su misma figura, su esencia ha sido diferente a lo largo de los años. Al principio era una niña sin diagnóstico, culpable de sus males, hasta demostrar lo contrario. Después me encontraría como una mujer adulta, histérica, arrojada en la desolación de mi cama. Al principio, me preguntaba si yo sería uno de esos casos de éxito, ¿iría como Coaching por la vida, diciéndole a los demás que el poder de la sanación está en uno mismo? Y, aunque, la idea me repugnaba, otra parte de mí lo veía como esperanza.

Con el tiempo, aún en los más difíciles, aprendí que en la cama se puede hacer de todo. Por ejemplo: un paseo, un café con las amigas, enamorarse y bailar un vals, amar hasta con los huesos, y sentimientos arrítmicos. Todo a la vez. Igual, me rompían el corazón, aunque a veces las bradicardias, hacen una pausa dramática a los duelos que no son del cuerpo. Mi vida enfrentaba su propio fin, y su nuevo comienzo, y no había más que admirar el paisaje. En la cama, la tierra es plana y se le puede dar la vuelta en 800 insomnios. No sales, pero igual vagabundeas por rutas que bien pueden ser imaginarias, o no. ¿Llegué?, ¿Me fui?, si la humanidad evolucionó para caminar, yo ¿desevolucioné?

Mi cuerpo mutaba, tal cual como el diagnóstico certero lo confirmó. Había nacido con una mutación genética. Ya no era percepción mía, como muchos médicos lo aseguraron. Se me concedió el milagro de la credibilidad. El mundo me daba permiso, casi me otorgaba el derecho de mi existencia como enferma. La enfermedad como derecho, el sello en el pasaporte malo, que en el mejor de los casos te lleva a un

tratamiento, en el peor, el más común, no habrá nada que hacer, y te convertirás en un conejillo de indias. Te recetan medicamentos a la suerte, que muchas veces hacen más mal que lo que ayudan, medicamentos que nunca se testaron en los cuerpos de las mujeres. El derecho a la nada. Sólo el sello, de que no mientes. El recordatorio exacto de que la lucha nunca fue contra tu cuerpo.

Los cuerpos múltiples, de Mol, pueden ser entendidos como diferentes configuraciones de sensaciones, percepciones y experiencias corporales que emergen en respuesta a los cambios en el entorno, la enfermedad, la cultura y otros factores. Cada cuerpo se compone de diferentes partes, funciones y sensaciones que pueden no estar siempre en sintonía, lo que puede generar un sentido de fragmentación y complejidad.

Boone (2022) dice que recibiendo el diagnóstico empieza verdadero camino del enfermo, ya no importa si es comprobable o no para la ciencia y la superstición, que sea avalada por sabios y la colectividad. “Ninguna curación empieza con las palabras ajenas, así provengan del curandero, sino con la creencia de que el sendero hacia la salud puede transitarse, hacerse propio”. Así, el diagnóstico nos hace emerger del submundo de las percepciones al de la experiencia humana, a la “zona narrativa” de la universalidad.

Con los años en cama, he dejado de verla menos trágica y más política. He conocido más mundo gracias a las personas con enfermedades crónicas, de las que me he acompañado en las redes sociales. Empecé a notar que la virtualidad no era sólo una herramienta, sino una extensión de mi cuerpo, para no desaparecer en narrativas ajenas. Comencé a apropiarme

de mi historia por primera vez: enferma, triste, con estrés postraumático por maltrato infantil, pero, sobre todo, por el maltrato médico. Autónoma, depresiva, alegre, cansada, confundida, apendejada.

Aprendí la diferencia entre taquicardia y ansiedad, y como a veces se mezclan. También, ha sido un proceso largo no llamarle estrés o depresión a mi gran gama de dolores. Aún puedo sentarme sobre lápices pensando que la sensación y el dolor son psicomatización. Aún se me clavan cosas en los pies y lo confundo con parestesias. Estar sola en cama puede ser caminar por las rutas del aburrimiento, la nostalgia, o bien sentarse en un parque en pleno atardecer. La bestia, se pone creativa, a veces es el laberinto quieto, el hilo, otras Ariadne y algunas Teseo. Me pierdo con ella, jugamos a la cuerda con el hilo, extrañamos a Teseo, y a veces, Teseo sólo está en los medicamentos, las compresas, el clona, las ortesis, la weed. La bestia combate conmigo a la bestia, y nos ponemos a llorar por ella. La bestia en mí, soy yo.





**¿Existe una identidad de enferma crónica?** me he preguntado mientras los médicos me realizan sus auscultación de rutina.

Sacks afirma que cada persona es una narración singular, que se construye continuamente e inconscientemente, pero a través de, y en nosotros, a través de las percepciones, sentimientos, pensamientos, acciones; y, en nuestro discurso, nuestras narrativas habladas. “Biológica, fisiológicamente, no somos distintos unos de otros; históricamente, como narraciones, somos todos únicos”.

La identidad es un concepto complejo que se refiere a cómo uno se ve a sí mismo, y cómo los demás lo ven. Pero cuando una persona experimenta una enfermedad y el dolor crónico asociado, la construcción se resquebraja. Entramos en los ámbitos de la liminalidad, entendida como una sensación de inestabilidad, confusión y desconexión; pero también como una sensación de libertad. El cuerpo en cama, sale a caminar y reflexiona sobre la precariedad de la vida capitalista, o sobre la fragilidad humana, llegando así, a partir de nuevas corporeidades, (o bien, cuerpos múltiples), a ríos de oportunidad de una nueva organización del sufrimiento, a conservar o crear una nueva identidad, incluso, a acciones políticas.

Pero también, la politización del cuerpo enfermo lo coloca en una posición liminal, ya que, ésta comprende matices que nunca terminan por solidificarse y coexistir con las diferencias entre sanos y enfermos. La exclusión e

incomprensión que sufren las personas enfermas, son posibilitadas por la negación de la sociedad a identificarse con ellas, a aceptar la existencia de cuerpos en cama, no productivos en la maquinaria neoliberal.

Actualmente, procuro vivir la enfermedad de una manera más certera y sin culpas. Hacerla mía, porque siempre lo fue, porque ha estado conmigo todo el tiempo. Mi enfermedad, fue la encargada, y sigue siendo a través de ella con la que me relaciono y percibo al mundo. No quiero decir que mi vida no sería más fácil sin ella, pero es mía, soy yo, y sin ella sería otra persona, no sé si mejor o peor, pero es lo que soy. Lo digo convencida, que todo hubiera sido mejor si me hubieran creído, sin el maltrato, sin los juicios. En un mundo ideal, perfecto, casi utópico, yo hubiera contado con los apoyos físicos y morales que una niña necesita o que una adulta joven, requiere para seguir sus proyectos de vida.

Las imágenes oníricas, como parte esencial de mi nueva narrativa, han logrado matices de simbolismos que han codificado y decodificado mis experiencias de vida. Soy un glitch, una falla en la matrix, una mutante crónica, un mapa de caminos vasculares con letreros que señalan: Usted está aquí. Es en la cama, donde me extravió por caminos azarosos que llegan a oasis en medio de desiertos. Es el espacio público a tomar, en el que me encuentro sola, pero también con miles de islas alejadas del mundo. A nosotros, los olmos que apenas damos una semilla; que ni a fruta llega, no nos queda si no es resistir. Si se me permite parafrasear una canción lejana.

Cuando hablamos de lo horizontal nos referimos a una posición paralela a la línea del horizonte, es decir, aquella línea que visualmente aparece cuando vemos el cielo juntándose con la tierra o -con suerte- el mar.

Lo horizontal se presenta todo en un mismo plano que no asciende ni desciende, teniendo todos sus puntos a igual altura. Alguien está en posición horizontal cuando está acostado.

Un enfermo es un horizonte.



*<<No quiero que me editen>>, es ahora el pensamiento que surge cuando leo los avances en investigación genética, no quiero que me editen, que no toquen esa falta ortográfica. ¡Editen al mundo, perros! Yo qué.*

## **Semblanzas**

**Sugey Navarro** (Colima, 1991). Becaria INTERFAZ 2016. Entre 2017 y 2021 exploró diversos géneros literarios en *Divagaciones de una mente sin reposo*, columna del suplemento cultural de la Universidad de Colima. Publicó la plaquette digital de poesía *Contrastes de lo eterno* (Bitácora de vuelos ediciones, 2021). Egresada en 2021 de la XVII generación del Diplomado en Creación Literaria, por el INBAL. Seleccionada en 2021 por Mantis Editores en el Certamen de ensayo *Erradumbre*, forma parte de la antología del mismo nombre. Becaria PECDA 2022: Literatura - ensayo.

**Tish Roque** ha formado parte de talleres en poesía y cuento impartidos por el Maestro Víctor Manuel Cárdenas, Roberto Villa, Eduardo Antonio Parra y Guillermina Cuevas Peña. Participante de las veladas literarias un montón de piedras por parte de la Secretaría de Cultura del estado de Colima 2012-2015. Becaria por parte del Festival Cultural Interfaz del ISSSTE San Luis Potosí 2017. Participó en el II Coloquio Internacional El Volcán de Colima Miradas en el tiempo: Sesión Lahar de versos: poesía y volcán del 2018 en el estado de Colima; y en el café literario por parte de la Universidad de Colima en el Museo María Teresa Pomar 2019.

Estudió pintura y dibujo del año 2012- 2014, formó parte del taller sobre soportes y preparación de materiales pictóricos, práctica pictórica impartido por el maestro Juan Pablo Rulfo Aparicio en el Centro Estatal de las Artes Comala. Estudió el diplomado en Literatura Mexicana del Siglo XX por parte del Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura. Participó en el XI Coloquio Arreolino, Juan José Arreola en el 2019 en el área

de música, recientemente (2021) participó en las giras artísticas de Raíz México en el estado de Colima por parte de la Secretaría de Cultura del Estado de Colima en música y poesía.

**Beatriz Manguen** (CDMX, 1995) es Licenciada en Letras Hispánicas por UAM. Comparte sus lecturas en su página de Instagram @el.librero.de.bea donde también tiene un club de lectura. Durante la pandemia le diagnosticaron Fibromialgia y desde entonces busca habitar su cuerpo de manera distinta, y dar a conocer la enfermedad que afecta a tantas.

**Daniela Herrera - Le Petit Riot:** Mujer enferma y con discapacidad. CyberActivista contrapatriarcal por la visibilidad y el reconocimiento de los derechos de las mujeres que viven con enfermedades crónicas.

Comunicóloga, periodista e investigadora social. Es parte de la Red Nacional de Feministas con discapacidad '*Femidiscas*' y de la organización mundial *Millions Missing* México. Trabaja temas relacionados a la discapacidad, cuerpo enfermo, confinamiento por enfermedad, violencia de género médica, comunidad y activismo virtual de mujeres con enfermedades crónicas.

**Rogelio Silva Cerna** (1986) es un artista visual y escritor jalisciense que vive en la ciudad de Colima, México. Es licenciado en Diseño Artesanal por la Universidad de Colima. Su obra ha sido exhibida en importantes recintos culturales de

Colima. En 2017, obtuvo el estímulo para la creación de Jóvenes Creadores del PECDA en el área de Artes Visuales y en el 2021 en la categoría de Creadores con Trayectoria. Es docente, y autor del libro de cuentos Anatomía transparente (2018).



## **Bibliografía**

- Abenshushan, V. (2011). *Contraensayo. Luvina*.
- AFIBROM (Asociación de Fibromialgia, SFCem y SQM de la Comunidad de Madrid). (23 de febrero de 2021). *Las Enfermedades raras, cada día, una batalla*. Recuperado el 30 de octubre de 2022, de AFIBROM (Asociación de Fibromialgia, SFCem y SQM de la Comunidad de Madrid): <https://afibrom.org/las-enfermedades-raras-cada-dia-una-batalla/>
- Alzati, A. (2022). Escrituras. *Periódico de Poesía UNAM*.  
Obtenido de <https://periodicodepoesia.unam.mx/autor/andrea-alzati-2/>
- Amara, L. (2013). *Los disidentes del universo*. México: Sexto Piso.
- Barerra, J. (2019). *Cuaderno de faros*. México: Fondo Editorial Tierra Adentro .
- Barragán, A. (10 de junio de 2020). *El arte y la enfermedad un retrato a lo largo del tiempo*. Recuperado el 22 de octubre de 2022, de El País: [https://verne.elpais.com/verne/2020/06/11/mexico/1591837762\\_215182.html](https://verne.elpais.com/verne/2020/06/11/mexico/1591837762_215182.html)
- Borges, J. (1977). La ceguera - transcripción de conferencia. Argentina, Teatro Coliseo de Buenos Aires, Argentina.  
Obtenido de <https://borgestodoelanio.blogspot.com/2015/08/jorge-luis-borges-la-ceguera.html>
- Boyer, A. (2019). *Desmorir - versión Bookmate*. (P. Gonzalo de Jesús, Trad.) Madrid: Sexto Piso.
- Bravo Varela, H. (2017). *Historia de mi hígado y otros ensayos - versión Bookmate*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bryson, B. (2019). *El cuerpo humano*. (F. Ramos Mena, Trad.) España: RBA.
- Cabañas Osorio, J. (2020). *Cuerpo y capitalismo: del cuerpo moderno al neoliberal (un ensayo sobre el cuerpo como el lugar de apropiación capitalista)*. México: Universidad Iberoamericana.
- Castellanos, N. (2022). *Neurociencia del cuerpo. Cómo el organismo esculpe el cerebro - versión Bookmate*. España: Kairós.
- Chapela, A. (2019). *Grados de miopía*. CDMX: Programa Cultural Tierra Adentro.

- Cirlot, J. E. (1969). *Diccionario de Símbolos* (En formato digital (marzo 2018) ed.). Madrid: Siruela.
- Compañ Felipe, V., Feixas Viaplana, G., & Cutillas Arroyo, B. (2014). 43. *En torno a la fibromialgia*. España: Octaedro.
- Coordinado por Diego Lizarazo Arias y Fabián Giménez Gatto. (2021). *Cuerpos inciertos : potencias, discursos y dislocaciones en las corporalidades contemporáneas*. México: Siglo XXI .
- Corominas, J. (1961 (3a ed. 1987)). *Título: Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*. Gredos.
- Diccionario Oxford Languages*. (diciembre de 2022). Obtenido de Oxford University Press: <https://languages.oup.com/google-dictionary-es/>
- Discapacidad Neurológica - Espasticidad*. (s.f.). Obtenido de Fundación Caser: <https://www.fundacioncaser.org/discapacidad/neurologica/espasticidad>
- dolor.com. (01 de septiembre de 2020). *Nueva definición del dolor según la IASP (Asociación Internacional para el Estudio del Dolor)*. Recuperado el 24 de octubre de 2022, de dolor.com: <https://www.dolor.com/es-es/para-sus-pacientes/tipos-de-dolor/nueva-definicion-dolor>
- El intestino, ¿nuestro segundo cerebro?* (s.f.). Obtenido de PiLeje Laboratoire: <https://www.pileje.es/revista-salud/intestino-segundo-cerebro>
- Enfermedad de Charcot-Marie-Tooth*. (s.f.). Obtenido de Mayo Clinic: <https://www.mayoclinic.org/es-es/diseases-conditions/charcot-marie-tooth-disease/symptoms-causes/syc-20350517#:~:text=La%20enfermedad%20de%20Charcot%20Marie,neuropat%C3%ADa%20motora%20y%20sensitiva%20hereditaria.>
- feder: Federación Española de Enfermedades Raras. (12 de mayo de 2022). *El 12 de mayo se celebró el día de la fibromialgia, el síndrome de fatiga crónica / encefalomielitis miálgica y la sensibilidad química múltiple*. Recuperado el 30 de octubre de 2022, de feder: Federación Española de Enfermedades Raras: <https://www.enfermedades-raras.org/movimiento-asociativo/actualidad-asociativa/el-12-de-mayo-se-celebro-el-dia-de-la-fibromialgia%2C-el-sindrome-de->

fatiga-cronica-encefalomielitis-mialgica-y-la-sensibilidad-quimica-multiple

- Gerber Bicecci, V. (2017). *Mudanza*. Oaxaca: Almadía.
- Gerber Bicecci, Verónica. (2021). *Viaje al país del silencio. Refugios y experiencias interiores en el mundo contemporáneo* (1a ed.). (J. M. Velasco, Ed.) Querétaro, México: gris tormenta. Obtenido de pirateca.com
- Ginzburg, N. (2019). *Las pequeñas virtudes*. (C. Filepetto , Trad.) Barcelona: Acantilado.
- Glantz, M. (2020). *Cuerpo contra cuerpo*. Ciudad de México: Sexto Piso.
- Guerra, L. (2012). *Mujer, cuerpo y escritura en la narrativa de María Luisa Bombal*. Chile: Universidad Católica de Chile.
- Gutiérrez, M. (2006). *El país*. Recuperado el octubre de 2022, de Crónica:  
[https://elpais.com/diario/2006/06/03/babelia/1149290242\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2006/06/03/babelia/1149290242_850215.html)
- Gutiérrez, M. (3 de junio de 2006). Un pulso herido. *El país*. Obtenido de  
[https://elpais.com/diario/2006/06/03/babelia/1149290242\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2006/06/03/babelia/1149290242_850215.html)
- Hazlitt, W. (2016). El placer de odiar. En V. Autores, *Ensayistas ingleses* (1a ed. en libro electrónico ed.). Barcelona, España: Océano. Obtenido de  
<https://es.scribd.com/read/465271451/Ensayistas-ingleses>
- Hedva, J. (s.f.). *Teoría de la mujer enferma de Johanna Hedva y teoría de la chica triste de Audrey Wollen - Edición fanzine Jauría Ediciones*. Obtenido de  
<https://bibliolaperse.noblogs.org/files/2018/08/mujer-enferma-internet.pdf>
- Hiriart, H. (2010). *El arte de perdurar*. Oaxaca: Almadía.
- INEGI. (2021). *ENCUESTA NACIONAL SOBRE DISPONIBILIDAD Y USO DE TECNOLOGÍAS DE LA INFORMACIÓN EN LOS HOGARES (ENDUTIH) 2021*. Obtenido de INEGI:  
[https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2022/OtrTemEcon/ENDUTIH\\_21.pdf](https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2022/OtrTemEcon/ENDUTIH_21.pdf)

- Le Breton, D. (1990). *Antropología del cuerpo y la modernidad* (1a 2002 ed.). Argentina, Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Le Breton, D. (1998). *Antropología del dolor* (diciembre 2019 ed.). (D. Alcoba, Trad.) Chile: Metales pesados.
- Le Bretón, D. (2018). *La sociología del cuerpo - versión Bookmate*. (H. Castignani, Trad.) Francia: Siruela.
- Loo, S. (2015). *Operación al cuerpo enfermo - libro póstumo*. CDMX: Ediciones Acapulco.
- Lopate, P. (2013). *Mostrar y decir*. (A. Diéguez, Trad.) Barcelona: Alba editorial.
- López Mills, T. (2012). *Libro de las explicaciones*. Oaxaca: Almadía.
- Lowen, A. (1958). *El lenguaje del cuerpo. Dinámica física de la estructura del carácter*. (Diorki, Trad.) Nueva York: Herder Editorial.
- Marcher, L., & Fich, S. (2012). *Enciclopedia del cuerpo. Guía de las funciones psicomotrices del sistema muscular*. España: Paidotribo.
- Martínez, José Luis. (1958). *El ensayo mexicano moderno I*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- MedlinePlus. (15 de octubre de 2022). *MedlinePlus enciclopedia médica*. Obtenido de <https://medlineplus.gov>
- Miranda Terrés, D. (2016). *Anatomía del fracaso*. México: Mantis editores.
- Miranda Terrés, D. (2017). *Libro de la enfermedad*. México: Ediciones Cuadrivio.
- Montaigne, M. d. (1580). *Ensayos de Montaigne*. Recuperado el octubre de 2022, de Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/ensayos-de-montaigne--o/html/>
- Müller, H. (2003). *El rey se inclina y mata*. (I. G. Adánez, Trad.) Digital: Titivillus.
- Nettel, G. (2011 - versión Bookmate). *El cuerpo en que nació*. España: Anagrama.
- OMS. (22 de octubre de 2022). *Directrices sobre el manejo del dolor crónico en niños. Informe ejecutivo 2021*. Obtenido de Organización Mundial de la Salud: <https://apps.who.int/iris/handle/10665/341468>

- Oviedo, J. (2015). Enfermedades. *Luvina* (80).
- Padilla, I. (2010). *Arte y olvido del terremoto*. Oaxaca: Almadía.
- Palau, F. (2020). *Qué sabemos de las enfermedades raras. Ciencia y realidad de la rareza en medicina - versión Bookmate*. Madrid: Los libros de la Catarata.
- Puga, M. (2020). *Diario del dolor*. CDMX: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Quignard, P. (1998). *El odio a la música*. (P. Jacomet, Trad.) Santiago de Chile: Andrés Bello.
- Quintana, L. (2020). *Política de los cuerpos - versión Bookmate*. España: Herder Editorial.
- Restrepo, M. (2018). *Cuerpo: Deleuze, líneas que conquistan territorios*. Colombia: Unisalle.
- Rivero, L. (Junio de 2018). *La nutria tiene cosquillas*. Obtenido de Revista de la Universidad de México: <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/62d6e111-95e0-4357-85d9-ff0b34fa65d1/la-nutria-tiene-cosquillas>
- Rivero, L. (2021). *Dios tiene tripas*. CDMX: Programa Cultural Tierra Adentro.
- Rodrigo, B. (2013). *Braille para sordos*. México: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México.
- Sanz, M. (2017). *Cavícula - versión Bookmate*. Barcelona: Anagrama.
- Solana, I. (2014). *Barrio Verbo*. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes [CONACULTA] (Fondo Editorial Tierra Adentro; 508).
- Sontag, S. (1977). *La enfermedad y sus metáforas*. (M. Muchnik, Trad.) (Digital) Titivillus.
- Šteger, A. (2014). *El libro de las cosas y los cuerpos*. Jalisco, México: Arlequín.
- Swamy, S. (2021). *Una casa es un cuerpo*. (P. Ingberg, Trad.) Argentina: Edhasa.
- Tanizaki, J. (1933). *Elogio de la sombra*. Madrid: Siruela.
- Tarrab, A. (2017). *Caída del búfalo sin nombre; ensayos sobre el suicidio*. CDMX: Malpaís ediciones.
- Tarrab, A. (2018 - 2019). *Serie AMUD - Alejandro Tarrab*. Obtenido de Periódico de Poesía UNAM: <https://periodicodepoesia.unam.mx/texto/amud/>

- Trosman, C. (julio de 2009). *David Le Breton: "pensar el cuerpo es pensar el mundo*. Obtenido de Topía: Unsitio de psicoanálisis, sociedad y cultura: <https://www.topia.com.ar/articulos/david-le-breton%E2%80%9Cpensar-el-cuerpo-es-pensar-el-mundo%E2%80%9D#:~:text=%E2%80%9CPensar%20el%20cuerpo%20es%20pensar%20el%20mundo%3B%20es%20un%20tema,tambi%C3%A9n%20plantearse%20oprescindir%20del%20cuerpo.>
- Wegner, R. (30 de octubre de 2019). *El cuerpo sin órganos de A. Artaud y G. Deleuze*. Obtenido de Perspectivas estéticas: <https://perspectivasesteticas.blogspot.com/2019/10/el-cuerpo-sin-organos-de-artaud-y-g.html>
- Weinberger, E. (2010). *Algo elemental*. (A. Major, Trad.) Atalanta.
- Woolf, V. (1930). *Estar enfermo*. Barcelona: Alba editorial.
- Xu Lizhi, p. F. (16 de junio de 2016). *Xu Lizhi: su suicidio y poemas que revelan el mundo que hemos creado*. Recuperado el 22 de diciembre de 2022, de El quinto poder: <https://www.elquintopoder.cl/sociedad/xu-lizhi-su-suicidio-y-poemas-que-revelan-el-mundo-que-hemos-creado/#:~:text=Poema%20%C2%ABMe%20duermo%20de%20pie,c%C3%B3mo%20gritar%20o%20rebelarme%2C%2F%20quejarme>





## **Agradecimientos**

Dana Herrera, Tish Roque y Bea Manguen, gracias por confiar en el proyecto desde que era un montón de notas sueltas, por la luz de su palabra.

Por alimentar esta idea –todavía sin saber bien de qué se trataba– y ser partícipes en la creación, mediante la escucha de mis divagaciones estos últimos meses, las imágenes, las lecturas propuestas, la conversación, la preocupación por los avances, el interés genuino: Gallo Paraíso, Brendi Rosales, Yun Torres, Pau López, Alfonso Del Toro, Rogelio Silva, Saraid García, Kari Ortiz, Eren Cortés, Mary Carmen Ambriz, Ángel Cadena, Alan Rolón, Psic. Natalia Gómez, Adán Cruz Kareniki Cabrera y a quienes se me pase enunciar.

Por sostenerme desde el amor más puro y siempre impulsar mis caminos –por más diversos y misteriosos que sean– Ma, Pa, Wizzy, Abues, Canela, Rita y toda la familia: me hacen sentir cobijada.

